

EL AFRICA BIZANTINA
Reconquista y ocaso

Francisco Aguado Blázquez

Deseo dedicar todos estos humildes apuntes en torno a la historia del África bizantina, a una pareja de “simples” ceutíes; el señor Doroteo y la señora África, jubilados que viven a la ladera del monte Hacho, allí donde también habitaron sus abuelos y los padres de sus tatarabuelos, entre las piedras semienterradas de lo que en tiempos fue una fortaleza de Bizancio y no lejos de una basílica paleocristiana del siglo IV, hechos de los que ellos no tienen clara conciencia. Cada mañana ven el levantar del sol africano con el brillo y la cálida suavidad del Estrecho y se preguntan hasta cuando les otorgará su Dios, simbolizado en una cruz, la facultad de poder hacerlo; maravilla que no tiene parangón en ningún otro lugar del mundo. También para sus nietos, la pequeña África que sigue honrando en tradición a la Virgen de Justiniano, y a Rafael; en la esperanza de que nunca venga el día que no puedan vivir en su hogar, su tierra, su íntima raigambre africano-española.

Francisco Aguado Blázquez
18/01/2005

INDICE

PARTE I:

El interludio vándalo y la reconquista justiniana

- 1- La irrupción de los vándalos
- 2- Bajo el reinado de los germanos
- 3- La reconquista de Justiniano, 533
- 4- Dificultades y superación

PARTE II

Del África romana al Magreb bereber y árabe

El período de Justiniano I (527-565)

- 1- La guerra “mora”
- 2- Los moros en el África al principio del periodo romano-bizantino
- 3- Los esfuerzos bizantinos iniciales por recuperar la integridad del África: obra y campañas de Solomon
- 4- Guerra civil y segunda campaña
- 5- La reconquista de la cordillera del Aurés
- 6- La grave crisis de los años 545-546
- 7- La estabilización de Juan Troglita. Previos
- 8- Las campañas de Juan Troglita. I. Primera victoria sobre Antalas
- 9- Las campañas de Juan Troglita. II. Guerra en el desierto
- 10- Las campañas de Juan Troglita. III. La gran victoria de los “Campos de Catón”
- 11- Balance del gobierno de Juan Troglitas después de los “Campos de Catón”

El periodo de Justino II (565-578)

- 12- Justino II y el patricio Tomás. Una esperanza renovada.
- 13- Algunas consideraciones sobre la economía y la sociedad africanas de la época
- 14- La amenaza altavo-visigoda

El periodo de Tiberio Constantino (578-582)

- 15- La destrucción del reino de Altava (577-578)

El periodo de Mauricio (582-602)

- 16- La creación del exarcado de África
- 17- La época dorada: Heraclio el Viejo, y su hijo homónimo, el Joven

El periodo de Focas (602-610)

- 18- Focas, el tirano, augusto en Bizancio y Heraclio el Viejo, exarca en Cartago

El periodo de Heraclio (610-641)

- 19- África reconquista Constantinopla. Año 610
- 20- África durante la primera fase de la gran guerra bizantino-persa (610-617).
Primeras cesiones en Hispania

- 21- África en el cenit de la guerra persa de Heraclio (617-626). La pérdida de Cartagena
- 22- Un pírrico triunfo sobre Persia. La Romanía retrocede en los Balcanes

PARTE III

La conquista árabe. El final del África bizantina

- 1- Consideraciones iniciales: previos

El periodo de Constante II (641-668)

- 2- Desertización y pavor en Cirenaica y Tripolitania. Años 641-646
- 3- La batalla de Sufetula. Primer asalto a Bizacena. Año 647
- 4- África en rebeldía. La conspiración de Máximo el Confesor (648-650)
- 5- Una década de densa calma: 651-661.
- 6- El fracaso de una “gran idea”: años 662-668
- 7- Las grandes líneas de la geoestrategia del primer imperialismo árabe: terror versus tolerancia

El periodo de Constantino IV (668-685)

- 8- La rotura del limes en Bizacena, toma sangrienta de Cululis y fundación de Kairouan
- 9- África contemporánea al gran asedio y la batalla de Constantinopla: el “Stalingrado del siglo VII”
- 10- Periodo 675-683. Victorias bizantinas en África. Batalla de Tabudeus

El periodo de Justiniano II (685-695)

- 11- La batalla de Mamma y la nueva base en Kairouan

El periodo de Leoncio (695-698)

- 12- La primera caída de Cartago (695-696)
- 13- Contraofensiva bizantina y último esfuerzo árabe. La guerra total

El periodo de Tiberio II Apsimar (698-705)

- 14- África en llamas. La aniquilación de la resistencia latina en el exarcado africano

El periodo de Justiniano II (705-711)

- 15- Septem (Ceuta): última fortaleza de la romanización africana
- 16- Primeros asaltos a Sicilia y Córcega. Guerra en Tingitana. Musa contra Julián
- 17- El último armisticio. El pacto de Julián (710-711)

Periodos subsiguientes

- 18- Penúltimas noticias de Septem (Ceuta)
- 19- Perspectiva bizantina del África convertida en Magreb
- 20- Últimas noticias del África bizantina
- 21- Septem-Ceuta y los rumis cristianos (mozárabes), ¿una larga historia?

EPILOGO

Anexo I:

Algunas consideraciones referentes a la cuantificación de efectivos en las guerras arabo-bizantinas del siglo VII:

- a. Los ejércitos enfrentados en Constantinopla
- b. La destrucción de Cartago y sus “cifras”

Anexo II:

Santa Salsa; reliquias, iglesia y la ciudad de Tipasa. Crónica de un destino perdido al borde del Mediterráneo

Anexo III:

Ceuta, el Estrecho y Tingitana

Anexo IV:

Oración del general Juan Troglita en vísperas de la batalla de Hadrumetum

Anexo V: Mapas

África a finales del siglo V (topónimos y distribución de vegetación)

El África vándala

El Imperio Romano de Oriente a la muerte de Justiniano I (565)

La expansión del Islam hacia el 700.

Autoría y Colaboraciones

PARTE I
El interludio vándalo y la reconquista justiniana

1 La irrupción de los vándalos:

Diez años después de cruzar el estrecho, en octubre del 439, los vándalos tomaron la ciudad de Cartago. Tal margen de tiempo fue el que necesitó aquel pueblo germano para dominar por completo las provincias de la *Proconsular*, *Numidia*, *Byzacena* y la *Mauritania Sitifense*; y asentarse sobre ellas con voluntad de no volver a emigrar hacia ningún otro lado¹.

No había sido tarea difícil, porque el comandante en jefe del ejército romano, capitán en Cartago, el comes Africae Bonifacio, se había trasladado a Italia con la mayor parte de sus fuerzas comitatenses en el 432 (en plena crisis de la diócesis que no pareció importarle), para sostener su propia candidatura al Imperio. Tal vez suponía que la superioridad técnica de las escasas guarniciones que restaban en las urbes a resguardo de precarias y precipitadas murallas sería suficiente y que los vándalos, tras agotarse por su desconocimiento de la poliorcética, continuarían camino hacia *Tripolitania* y *Egipto* donde otros se harían cargo del problema. Grueso error estratégico que pagarían los hombres y mujeres del África romana, a precio sin medida, porque su derrota y sometimiento tuvieron rasgos ciertos de extrema dureza; algo que trastornó para siempre la naturaleza de aquella, hasta entonces, brillante sociedad.

Los vándalos, a diferencia de godos y francos, parecieron haber mantenido con pertinaz voluntad una escrupulosa y altiva política de independencia y afirmación nacional. No cabe duda de que se empeñaron en hacer respetar una estricta separación jerárquico-racial, manteniendo una cohesión firme y solidaria entre los miembros de la “*gens vándala*”, grupo fuerte que dominaba a la masa romano-africana, muchos en rango de esclavitud, con mano de hierro. Pese a interpretaciones “dulces” de algunos autores, que parecen seducidos por la vitalidad romántica de un “germanismo viril superior a la latinidad”; los hechos y datos, tanto arqueológicos como escritos, dan terca prueba de todo ello y dejan, de seguro, muy escaso margen para otras interpretaciones.

La personalidad de un líder irreplicable como Genserico (428-477), y las improntas de su pueblo, acosado y a riesgo de desaparecer en varios lustros de continuas guerras, a veces a manos de otros germanos a sueldo del Imperio, tal vez estuvieron en el origen de esa peculiar forma de instalación. El enérgico monarca -celoso Volkskönig- nunca se conformó con la ficción del *foedus*, aquel socorrido pacto de “colaboración” que guardaba las formas. En el 442, después de asolar Sicilia hizo

¹ Un fenómeno, la fijación en un espacio, que significaba una novedad entre ellos. Desde el 407, año en el que habían cruzado el Rin, su devenir consistiría en depredar, siempre en movimiento con enseres y familia, la diócesis de Hispania; desde los Pirineos hasta la Bética, región donde su estancia sería recordada durante siglos como especialmente cruel y funesta. La literatura y lengua se han hecho notable eco de ello; darán su nombre a unos modos (“*vandalismo*”) y también, según ciertas opiniones, a esa tierra que hubo de sufrirlo algo más de dos décadas (¿*Vandalucía*?). A destacar que, tal vez, la *Mauritania Cesariana* y la *Tingitana* quedarán en el ínterin como áreas sin definir en la titularidad, con un dominio si acaso precario de los vándalos y una semi-independencia de facto en muchas comarcas.

reconocer en tratado escrito la ausencia de ningún compromiso “confederativo” con Roma; se ciñó así una corona totalmente independiente y soberana.

A fin de mantener la supremacía frente a la abrumadora mayoría que pretendían dominar, los invasores impusieron el terror y lo que hoy no dudaríamos en catalogar como un régimen de “apartheid”. En una etapa inicial, que no fue breve, se procuró la eliminación física de la élite precedente. Lo cierto es que fueron muy pocos o ninguno los potentados romanos que pudieron sobrevivir a los primeros años y que los profesionales (abogados, arquitectos, ingenieros, médicos, etc.), pronto se vieron privados de sus tradicionales exenciones y ventajas. De ambos grupos, muchos fueron asesinados, otros esclavizados y bastantes más huyeron hacia regiones aún imperiales; en particular su presencia lastimosa se haría sentir especialmente en las calles de Constantinopla. En cuanto a los “*mesoi*” o propietarios mediano-pequeños, fueron en su mayoría privados de la titularidad y pasaron a tener condición de siervos a favor de nuevos “amos” más altos y rubios².

Genserico se empeñó en masivas confiscaciones, en lugar de adoptar, como los demás reyes bárbaros, el principio de un reparto. Una porción de la tierra se dividió en lotes (*sortes Vandalarum*) y el resto quedó para la corona. Los vándalos vivían con sus familias en reductos fortificados dentro de algunas ciudades (constancia existe de ello en Cartago, Tipasa, Orán y Tánger), sólo dedicados a las armas y organizados en “regimientos” de unos mil individuos, a cargo de los llamados *optimates millenarius*, o nobles (DIESNER, H. *Das Vandalenreich*, pág. 59); el campo lo trabajaban romano-africanos con capataces que debían dar cuentas y entregar el beneficio al correspondiente dueño germano. Desaparecieron la mayor parte de los cuadros de la administración, pues se impuso un orden social rígido donde los cambios eran anécdota; con unos pocos *notarii* fue suficiente. Las ciudades, como no podía ser de otro modo, entraron en decadencia.

Consta la prohibición de que las mujeres vándalas tomaran esposos romanos (aunque no lo contrario, pues se tenía por valor fundamental la línea paterna y con todo esos casos serían también excepcionales), la pena de muerte para el latino que portara armas y el derribo intencionado (aún en caso de que no habían ofrecido resistencia), de las murallas en las ciudades. Las brechas amplias en los lienzos serán huella del periodo, prolongado en años, pese a que ello significará quedar a merced de bandas de malhechores y/o incursiones de nómadas. En fin, entre los vencedores se siguió usando una jerga latino-germana diferenciada y practicando la versión arriana, distintiva de los dominados que, por contra, se servían de su latín común y eran católicos.

² Así se expresan coincidentes las fuentes, VICTOR DE VITA, PROCOPIO DE CESAREA, la VITA FULGENTII y TEODORETO DE CIRO entre otros: “... en África se expropiaron tierras y en África, al menos en un principio sí se atropelló a la población sin importar demasiado el mantener las buenas formas...” “... el eco de las quejas de los desposeídos se difundió por todo el Imperio”, Gil Egea, M.E.: *África en tiempos de los vándalos*, pág. 285. “África conoció una primera oleada de salidas en 437 y una segunda en 442. Se marcharon hacia Italia y sobre todo hacia Oriente... Otros que habían sido torturados o deportados por los vándalos acabaron refugiados en Constantinopla. Así fue como África perdió a todas sus elites”, Rouche, M.: *Historia de las Poblaciones de Europa*. La Alta Edad Media, pág. 137.

2

Bajo el reinado de los germanos

No es de extrañar que, con tal forma de gobierno, los vándalos fueran harto incapaces de dar cohesión social, bienestar económico y seguridad a su territorio. La *bagauda* o rebelión en el campo se hizo endémica hasta que nada tuvo ya sentido en un agro depauperado al extremo. Ya en el 445 una ley que regulaba los asuntos de las provincias de *Mauritania* y *Numidia*, de forma transitoria devueltas al Imperio, fijaba los impuestos en un octavo de lo que eran antes de la invasión (Novelas de Valentiniano, III, 13). Cesó el comercio de granos y aceites hacia Italia y Oriente, desastre que arrastró a otros sectores productivos y de mercadeo; en particular a artesanos que ya no podían exportar y a navieros, que tampoco se atrevían a salir en un mar inseguro. Los antaño puertos plenos de actividad y riqueza declinaron aceleradamente.

Por lo que respecta a la defensa, el abandono del exterior para ceñirse a la vigilancia policial de los sometidos abrió un peligrosísimo nuevo panorama. La mayoría de las fortalezas fronterizas quedaron desiertas³, amén de roto el intercambio que hacía vivir en paz a comunidades que servían de colchón. Las bandas de beréberes entraron sin dificultad hasta muy al interior del país, incluso pudieron merodear a la rapiña en lugares que llevaban siglos sin ver tales desgracias. En las siguientes décadas, a principios ya del siglo V, el deterioro será muy notable y pese a enfrentamientos ocasionales, los germanos acabarán conformándose con dominar la costa y los más fértiles valles o en compartir el tributo de los indefensos habitantes de comarcas intermedias con nuevos jefes “*mauri*”, aparecidos por entonces en las crónicas, y asentados en lo que antes eran distritos romanos muy prósperos y seguros.

Frente al nuevo poder que persistía en ser “extranjero”, sólo encontró cauce la oposición en el marco de la Iglesia católica, que sufrió por ello la implacable y harto cruel persecución. El patriarca de Cartago, Quodvultdeus, junto a un número indeterminado pero sin duda elevado de otros preladados, debió partir al exilio en Campania, en el año 440. Allí tendría ocasión de escribir una crónica sobre aquellos terribles años -material que ha llegado hasta nosotros (QUODVULTDEUS, De Tempore Barbarico)- antes de morir sin regresar a su tierra, en el 454. La sede sería ocupada a renglón seguido por el obispo *Deogratias*, que apenas morirá en el 457 sin poder hacer otra cosa que interceder por los prisioneros esclavizados que Genserico había hecho traer desde la recién asolada, por segunda vez, ciudad de Roma. Entonces el rey vándalo creyó llegado el momento de imponer el arrianismo entre todos, para que los “romanos” estuvieran “pastoreados” por obispos arrianos-germanos y cortar de una vez por todas la “escuela y semillero de resistencia” que parecía ser la Iglesia. La cacería del clero católico fue brutal y sangrienta. Los que ocupaban cargos públicos

³ Parece que algunos romanos intentaron por sus propios medios salvaguardar la frontera y sus tierras. Así se explican las inscripciones abundantes, datando de este periodo y aún del posterior bizantino, en el que algunos personajes han dejado constancia de su esfuerzo por custodiar y mantener su terruño y las áreas fronterizas como aislados limitanei. Véase por ej. el caso de ese Caletamera en Burgus Speculatorius al sur de Numidia. **Pringle, D.** *The Defence of Byzantine Africa*, pág. 78-79.

debieron expresar a viva voz su nueva dogmática, mientras los privados eran objeto de revisión en sus hogares a la búsqueda de elementos litúrgicos no idóneos. Los sacerdotes fueron asesinados por millares. Las matanzas alcanzaron en ocasiones a comunidades enteras (en la ciudad de *Regiae*, cuando el pueblo forzó las puertas de la iglesia, clausurada por orden real, para celebrar la misa católica de Pascua, los vándalos entraron para arrasar el centro y a sus ocupantes; cebándose luego con el resto de los habitantes sin importar su condición y deteniéndose solo cuando tuvieron claro que no quedaba nadie vivo).

La quiebra del comercio y los relatos de infortunio que llevaron los exiliados - muchos podrán mostrar en el *Augusteion* de Constantinopla sus lenguas cortadas y las marcas al metal ardiente en sus espaldas- supusieron un acicate considerable para el deseo natural de volver a fijar la provincia al orden imperial. Los romanos, occidentales y orientales, intentarían a partir de entonces, con más voluntad que medios, recuperar el África. En el 465 y en el 470 se ejecutaron las más serias operaciones con resultado desastroso en ambas fechas. Solamente sirvieron para exacerbar el miedo, el rencor y la feroz represalia entre la sufrida población latina.

El monarca Hunerico (477-484) pasará a la historia como uno de los más hábiles, arteros y terribles represores. En los años 480 y 481, mostrando una aparente y repentina tolerancia, permitió el culto católico en público, abogando incluso por el nombramiento de un nuevo obispo de tal doctrina en Cartago (paralelo al arriano siempre preeminente), cargo que recayó en el sabio Eugenio. Aunque resulte inaudito, tales medidas tenían por objeto “sacar a la luz la organización clandestina de la que se habían dotado los católicos, a la vez que desenmascaraba a sus fieles, incluidos servidores de su palacio” (**Diaz, P.** *El Cristianismo y los pueblos bárbaros*, pág. 733). En el 484, el 1 de febrero, se preocupó de reunir a casi 484 obispos católicos-romanos con la minoría de arrianos-germanos, para “llegar a un consenso”. Tal concilio fue una pantomima. Apenas seis días más tarde se presentó un primer edicto de persecución. Casi cinco mil sacerdotes y monjes, además de la mayoría de los obispos, fueron encadenados en una larga columna y llevados sin agua ni alimentos en una travesía hacia el desierto donde se les dejaría inermes para morir atrozmente. El 25 de febrero se publicó una orden por la cual se conminaba a todos los súbditos católicos a convertirse al arrianismo y a ponerse a disposición de los obispos germanos arrianos, antes del siguiente 1 de junio. Expropiaciones de bienes, tortura y muerte fueron la secuencia que siguió a la entereza. “Se alcanzaba el punto más bajo de una de las cristiandades con mayor tradición en el Occidente romano”. (**Diaz, P.** *El Cristianismo y los pueblos bárbaros*, pág. 734). Aunque Hunerico murió ese mismo año, sus sucesores, Guntamundo (484-496) y Trasamundo (496-523) no parecieron haber aflojado de manera significativa en la misma dirección.

No hay duda de que todo ese tiempo significó un retroceso muy considerable de la romanidad, de la economía y de la civilización en el África. Y, “en pescadilla que se muerde la cola”, a resultas, las circunstancias cada vez fueron menos apropiadas precisamente para el mantenimiento de tal sistema del tipo “dórico-espartano”, tan esclerótico y etnocéntrico.

Cuando alcanza el poder Hilderico (523-530), la situación se había deteriorado ya de manera alarmante incluso desde la perspectiva de los ablandados *optimates millenarius* vándalos. Los beréberes campeaban por sus respetos en la mayor parte de los términos rurales y el campo no era capaz ya de producir ni la quinta parte de lo que había producido apenas cincuenta años atrás. Las ciudades languidecían, los romanos preferían vagar o emigrar antes que ser víctimas de unos u otros y la casta guerrera vándala, que percibía cómo sus ingresos disminuían peligrosamente, en la última generación dejó súbitamente de sentirse tan “racistas” y belicosa como sus abuelos y padres. De cierto, los vándalos de esta época fueron incapaces de emprender una guerra en serio contra los nómadas del sur, que para ese momento les estaban mermando el bocado a cada día.

Por ello Hilderico (él más “latinizado” de los vándalos) inició una aproximación al elemento romano y al Imperio de Bizancio, referente siempre de esa nacionalidad que, aunque en declinación, seguía siendo mayoría en el norte africano, por entonces. Con ese fin, proclamó la libertad de culto para los católicos, enviando acto seguido embajadores con halagüeñas perspectivas a Constantinopla. Tal vez se planteaba una renuncia a la tradición xenófoba y pretendía constituir un “reino de vándalos y romanos” unificados, al estilo de lo que ocurría en la vecina Hispania; y, porqué no, con una nueva “nacionalidad africana”, como aquella “hispana” que San Isidoro había puesto por escrito, si no ideado, para la vieja península al servicio de los godos. Pero el foso de odio que se había excavado era profundo, insalvable. No quedaban elementos en Cartago con los que congraciarse salvo un puñado de clérigos asustados; los “exiliados”, por el contrario, formaban un “lobby” en Bizancio que clamaba por la fuerza, intentar por enésima vez la reconquista y expulsión del cruel invasor.

Para más complicación, parece que no todos los nobles vándalos opinaban del mismo modo. Había una poderosa facción de renuentes y partidarios de seguir con las mismas normas arcaicas de riguroso sometimiento e implacable intolerancia. Éstos dieron un golpe palaciego y se hicieron con el poder en la primavera del 530, nombrando a Gelimer como rey. Tal vez, estaban dispuestos a conformarse con un reducido reino en el más extremo sector a la costa del viejo África, dejando libre el camino a beréberes en el resto (con los que es posible establecieran pactos tácitos de reparto), antesala de un final definitivo de la romanía africana.

No sucederá tal cosa. Justo entonces gobernaba en el Imperio Romano Oriental el atento y enérgico Justiniano I (527-565). No habrá éste de parar en mientes y, con el apoyo entusiasta de italianos y de los deudos africanos que habían sobrevivido en tercera generación, desencadenará la campaña definitiva, tantas veces frustrada y anhelada por la romanidad. Y, al final, la empresa no resultará tan difícil como los pesimistas habían pronosticado; bastará enviar a su general Belisario con un cuerpo expedicionario muy reducido (pero apoyado por la sufrida población local); y, aunque tarde, se vengarán algunas afrentas: el biznieto del terrible y antiromano Genserico se arrastrará por el hipódromo de la Nueva Roma cargado de cadenas. El cambio de rumbo, tan inminentemente tenebroso por entonces de aquellas tierras, que a la postre

serían latinas, aunque en difíciles condiciones, durante otros dos siglos más, se tornará evidente. Incluso conocerán un último aunque pálido renacer espiritual y literario.

La herencia del “Reino vándalo del África” es imposible de fijar en términos tangibles; un balance que no puede ser peor y muy difícil resultará a los historiadores elevar conclusiones un poco más risueñas. Lucien Musset, un especialista en la “dislocación de la unidad romana” nos ha dejado escrito: “*La principal huella que dejaron los vándalos fue negativa: el África romana perdió, durante este siglo de un régimen brutal, lo mejor de sus fuerzas espirituales y de su clase dirigente, así como parte de sus territorios periféricos*” (MUSSET, L. *Las invasiones, las oleadas germánicas*, pág. 54).

3 La reconquista de Justiniano, 533

“Quod beneficium dei antecessores nostri non meruerunt, quibus non solum Africam liberare non licuit, sed et ipsam Roman viderunt, ab eisdem Vandalis captam et omnia imperialia ornamenta in Africam exinde traslata. Nunc vero deus per suam misericordiam non solum Africam et omnes eius provincias nobis tradidit, sed et ipsa imperialia ornamenta, quae capta Roma fuerant ablata, nobis restituit.”

Cod. Just. I, 27, 1, 6-7.

Para la reconquista del África, empresa que se llevó a cabo por voluntad del emperador Justiniano I, se han aducido dos tipos de factores desencadenantes: los llamados *ideológicos* (político-sentimentales) y aquellos otros de orden *económico-estratégico*. Desde luego, no son menores los primeros, al menos si atendemos a los antecedentes, documentos y personalidad del líder que puso tanto énfasis en la *Renovatio Imperii*. Los segundos, pese a ser los que mayor solicitud y atención han recibido por parte de autores modernos, no terminan de quedar bien precisados a la hora del análisis y se muestran esquivos. No parece tener sólida base el argumento de una búsqueda de nuevos mercados, población o recursos en las áreas de Occidente que, tanto en el caso de Italia como el África o Hispania, hay pocas dudas de que padecían graves crisis en todos esos órdenes y difícilmente fueran fuentes de riqueza alguna, al menos en breve tiempo⁴. Los mercaderes orientales presentes en el Mediterráneo de poniente tampoco deberían tener esperanzas de mejorar mucho sus expectativas en aras a un dominio de facto bizantino. Tal vez, la hipótesis menos descabellada sea aquella de un proyecto personal justiniano, a largo plazo, que

⁴ Resulta muy significativo a este respecto que el ministro del Tesoro, Juan de Capadocia, un hombre pragmático, inteligente y buen conocedor de la realidad, se opusiera con vehemencia a dicha empresa, para la que no veía más que inconvenientes y graves riesgos.

buscaba una renovación de la original “*comunidad del Mare Nostrum*”, proyecto ambicioso como pocos y, seguramente, excesivo para los recursos del Imperio Romano Oriental.

La expedición que salió de Constantinopla en junio del año 533 alcanzó primero la isla de Sicilia, sumida entonces en el desorden y con poderes locales difíciles de adscribir a ninguna otra dependencia. Es probable que la maniobra estratégica de Justiniano incluyera una insurrección de las áreas bajo control de señores vándalos, que obligara a la distracción de tropas o, al menos, permitiera una toma de tierra inicial en África en las mejores condiciones posibles. Desde *Cirenaica* y *Tripolitania* (ésta última ya en rebeldía y libre), algunos destacamentos también avanzarían en dirección Oeste; aunque formaban parte de la maniobra de distracción habitual, como la que se repetiría en Italia a través del corredor Ilirio.

Y así parece que ocurrió, muy conforme a las conjeturas que arriesgamos. Los soldados romanos desembarcaron en el *Caput Vada* (hoy “Ras Kaboudia”), hacia mediados de septiembre; y Gelimer, que estaba convencido de su superioridad en todos los órdenes, preparó una maniobra de convergencia en el paso estrecho de *Ad Decimum*. Allí, la falta de coordinación de sus fuerzas y los méritos romanos le hicieron sufrir su primera derrota. Y, una vez regresados los expedicionarios, reunidos todos los efectivos germanos, se entablaría combate de nuevo en *Tricamarum*, escenario de una terrible jornada donde los vencidos no podrían confiar en sobrevivir; al parecer, no menos de 30.000 germanos cruzaron sus armas con apenas 10.000 bizantinos, de los cuales el cronista nos sugiere que algunos millares no eran soldados de fiar. El resultado, mediada una novedosa y demoledora forma de emplear la caballería pesada romana, fue una rotunda victoria de Belisario y los suyos, que quebró en un sólo día todo el poder de los herederos de Genserico. Salvo la persecución y asedio local de Gelimer en los confines de *Numidia*, protegido por una tribu mauri aliada, no hubo más combates. África entera se sumó esperanzada a la Romanía⁵.

Parece también que Justiniano tenía preparada con antelación y a conciencia una amplia batería de medidas organizativas-jurídicas y estructurales para restaurar el África. Las *Novelae* y, en particular, un impresionante elenco de obras civiles y militares que en un tiempo record se llevarían a efecto son prueba fehaciente. Para el muy ortodoxo emperador “que no dormía”, la antigua *Diocesis Africae* debería incluir de nuevo la *Proconsular*, *Byzacena*, *Tripolitania*, *Numidia*, *Mauritania Sitifisiana* y la *Mauritania Cesariana*; y alcanzar el antiguo limes en la línea al sur del Aurés y del macizo Ouarsenis⁶. Un territorio polémico resultaba la *Mauritania Tingitana*

⁵ No debe sorprender la aparente facilidad y cambio de título en el orden de gobierno. El desarme moral y material de las poblaciones ubicadas bajo férula de los bárbaros es la única causa capaz de explicar el fenómeno y, sin duda, ello debería aplicarse también al caso de los árabes tiempo después en Hispania; frente a la dificultad en el “Magreb” romano y mauri no les resulta tan árduo llegar a los Pirineos. El genio militar de Belisario, considerado por muchos especialistas como “el mejor de los tácticos medievales” completa el cuadro.

⁶ “Y vigilen todos diligentemente en las provincias encomendadas a sus cuidados, conserven a nuestros súbditos ileso de toda incursión de enemigos, y apresúrense invocando día y noche el auxilio de Dios y trabajando con constancia, a extender las provincias africanas hasta los confines donde antes de la invasión de los Vándalos y de los Moros tenía su frontera la

(correspondiente hoy a la mitad norte del reino alauita de Marruecos), dependencia económico-histórica de la antigua Hispania: ¿debería Bizancio respetar ese *foedus* para los visigodos? No sería el caso. Precisamente la toma y fortificación de *Septem* (Ceuta) y su hinterland, apunta con claridad a lo que el emperador ya tenía en mente: continuar la tarea hacia la reconquista de la *Hispaniae* en su totalidad, con siguiente escalón en la *Bética* (Andalucía), rancia unidad en el *Fretum Gaditanum*. No es de extrañar que ello ocasionara, casi de inmediato, enfrentamientos entre los godos y la guarnición bizantina en el estrecho, donde cursaban y vigilaban poderosos dromones con el estandarte imperial.

En cualquier caso, durante los meses que siguieron, una ola de esperanza y alegría recorrió la romanía. Los soldados tracios, ilirios, isaurianos y cilicios, recuperaron en Cartago el tesoro que Genserico había profanado en el *palatium* de la vieja Roma, entre ellos los estandartes y diademas augusteas. Una comisión de notables africanos llegó al Bósforo para dar gracias al emperador, y ello quedó reflejado en cierto texto jurídico (Nov. Just. apend. II).

Con todo, la esperanzada ilusión de Justiniano no resultó tarea sencilla. Incluso se sospecha un abultado error de apreciación; que quedó en evidencia cuando los funcionarios se encontraron con un agro más depauperado de lo que suponían, ciudades en profunda crisis y, lo peor: “bárbaros del sur” (beréberes), muy al interior del país en una cantidad y con tales medios que se erigirían de inmediato en la principal amenaza para la supervivencia. Las necesidades civiles debieron supeditarse a la urgente reestructuración militar de toda la provincia.

4

Dificultades y superación

Ubi est Africa, quae toto mundo fuit, velut hortus deliciarum?

Ubi tot regiones? Ubi tantae splendidissimae ciuitates?

QUODVULTDEO, De Temp. Barb. II, V, 4.

La realidad africana al alba de la era bizantina se acercaba a lo trágico. El obispo Quodvultdeus, aunque no falte quien le acuse de exagerar por “animadversión antivándala”, ya lo señalaba en torno al 450 y desde entonces no había sido, a buen seguro, más que “una cuesta abajo”. Porque no son sólo los testimonios de clérigos católicos que manejan la escritura, también las señales arqueológicas nos hablan de tal retroceso.

república romana, y donde estaban estacionadas las antiguas avanzadas, como se ve por los atrincheramientos y fuertes”, Cod. Just. 1. 27. 2: 4

La buena disposición “revisionista” de Justiniano, un incondicional de la justicia y el orden, tropezó a poco con muy serios obstáculos. Las primeras medidas pretendían restituir a los antiguos propietarios, grandes y pequeños, las tierras que habían usurpado los vándalos. Tal resarcimiento afectaba a una cantidad inusitada de ciudadanos; decenas de millares, como poco. Y resultó, desde luego, una tarea imposible. Muy difícil era presentar documentos acreditativos, los viejos catastros y censos flaqueaban o eran torticeramente enmendados. Se presentaban pergaminos falsos ante los tribunales que, casi de inmediato, se vieron desbordados. Para más confusión, los soldados bizantinos que habían tomado por esposas a las mujeres vándalas pretendían ahora asumir la titularidad de los dominios que ellas y sus anteriores maridos germanos poseían. Hubo que reducir el derecho sólo hasta la tercera generación y, al final, dictar sentencias muy polémicas. No es de extrañar que muchos agravios germinaran y que el mismo emperador debiera reconocer que aquello fue principio de una verdadera “guerra intestina” (Nov. 36, praef.).

A tales cuestiones, que no eran menores pues se trataba de articular el territorio y su rendimiento, se sumaba la inseguridad. Pocos meses después de la marcha de Belisario comenzaron los combates serios con tribus mauri. El Prefecto del Pretorio y *magister millitum* Solomon concentró en sus manos los poderes civiles y militares, algo a lo que era reacia la administración bizantina de aquel tiempo, salvo circunstancias muy graves.

“Limpiar” el territorio de hordas getulii, laguantan, o austoriani no fue tarea sencilla. Parece que los nómadas utilizaban por entonces con maestría el camello y se desplazaban con toda la familia y enseres (lo que era una novedad), con objeto evidente no ya de rapiña y fuga sino de hacerse cargo de forma permanente de ciertas tierras para pastoreo. Se encararon con las tropas limitaneis romano-bizantinas utilizando una secuencia táctica peculiar: formaban un círculo defensivo con los animales y carromatos (parece que en muchas ocasiones el olor de los camellos llegaba a espantar a los caballos bizantinos), en el centro se ubicaban las mujeres y niños, en el exterior la infantería con lanzas y algunos jinetes se alejaban para volver, si era posible, y caer sorpresivamente sobre la retaguardia del enemigo. Aquellos desplazamientos en masa, tribus y confederaciones, fueron la antesala de una transformación radical de la realidad socio-demográfica del África. Los Rum o los Afariqa⁷ sufrieron desde entonces la presión que sobre ellos ejercieron los nuevos invasores, más nocivos aún que los vándalos porque, deseosos de ganar espacio para su método principal de vida, la ganadería nómada; no dudarían en destruir vitales infraestructuras para el sostenimiento de cultivos sedentarios que fijaban el terreno. La obtención de esclavos, que venderían en mercados al otro lado del desierto (las crónicas citan “africanos” en los mercados de Bagdag y aún más al oriente), mermará junto a la peste bubónica las ya débiles y desmoralizadas poblaciones romano-cristianas.

⁷ Las fuentes árabes denominaron así a los “autóctonos” del África romana, diferenciándolos de los beréberes a los que tomaban por “recientes” ocupantes de áreas al sur de la región.

Solomon, un militar eficiente y leal, fue el encargado de llevar a cabo las tareas encomendadas por el mismo Justiniano y de las que tenemos buena constancia gracias a sus edictos legislativos. No se escatimaron recursos y los ingenieros se esmeraron en el diseño y ejecución de obras defensivas, amén de iglesias y servicios municipales. La moderna arqueología con medios aéreos nos ha desvelado la abundancia de fortines bizantinos que señalan de manera nítida una línea defensiva al sur de la cordillera del Aurés. No obstante se optó, a diferencia del periodo romano clásico, por varios estratos (defensa pasiva en profundidad) con núcleos incluso muy al interior que podían servir de refugio a poblaciones enteras, (una estrategia que también se plasmaba en otras áreas como el Danubio, Persia o Siria). Inscripciones y piedras nos hablan con fiel memoria, pese a “olvidos” más o menos intencionados, a día de hoy, de semejante ejercicio de restauración y defensa.

Todo apunta a que, pese a dificultades y quebrantos, la labor edilicia de las autoridades bizantinas en África, ya en los primeros años, fue muy importante. Justiniano puso también mucho empeño en ello. Pretendía revitalizar la vida urbana y poner de nuevo en funcionamiento los servicios. Del mismo modo reparar las vitales infraestructuras agrarias que tanta y proverbial riqueza habían generado en la época clásica.

Según la norma publicada en abril del 534 (**Cod. Just.** I, 27, 1-2), las curias municipales fueron las encargadas de recoger los impuestos. Tal es un dato harto significativo sobre el papel y la trascendencia de esa *renovatio polis* y del afán de hacer partícipe a la población en el Imperio. Aún más, el testimonio del cronista Evagrio Póntico no deja margen a duda: señala que no menos de 150 ciudades fueron refundadas por Justiniano en África, dotadas de murallas y también basílicas, monasterios, pretorios, termas e hipódromos⁸. El *De Aedificis* de Procopio de Cesarea remarca la misma realidad. Que se pone cada día más de manifiesto en las excavaciones y exploraciones arqueológicas in situ (véase el artículo de puesta al día a cargo de **Duval, Noël**: *l'Afrique dans l'empire byzantin, Anciennes et nouvelles perspectives*, 2001)

Al contrario de lo que se suele exponer en textos poco documentados⁹, en la actualidad los especialistas no tienen dudas sobre el hecho de un pronto y notable renacimiento de la vida social y económica africano-bizantina; en particular en las áreas más próximas a la costa. Las listas cívicas y la fiscalidad (*censura* y *cives*), la organización política (*status*), el derecho municipal (*ius*), el álbum municipal (*fasti*) y los servicios-cuidados de monumentos (*moenia*) se restablecieron, abundando pruebas epigráficas de todo ello.

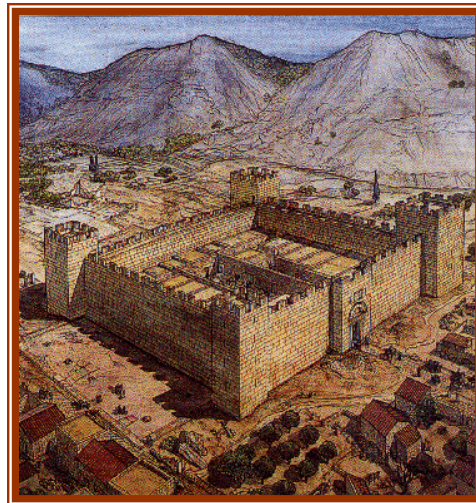
⁸ No faltarán en el África ciudades con el nombre justiniano. La más importante, Felicissima Iustiniana Capsa, (actual Gafsa en el sudoeste tunecino), debió ser un emporio muy notable. Como otra patrocinada por su esposa, aquella Cululis rebautizada a Teodorapolis (actual Aïn Jelloula), según reza en una inscripción recientemente publicada.

⁹ v.gr. esos nocivos “compendios” de pseudo-historia ad hoc para consumo de las masas en algunas modernas naciones del área o artículos ligeros de recio “ideario anticolonialista”.

Las obras de defensa (las que han dejado huellas más a la superficie excluyendo las iglesias), fueron articuladas en tres opciones, aplicadas según lo que las circunstancias aconsejaban. Las *Civitates* eran recintos amurallados que englobaban los núcleos de ciertos municipios (edificios administrativos, catedrales y foros), dejando fuera los suburbios (sería el caso de Teveste, Telepto y Septem o Rusadir, las actuales ciudades españolas de Ceuta y Melilla). Las *Ciudadelae* eran fortalezas en las cercanías de otras urbes de mayor entidad y más pobladas, que seguían siendo “ciudades abiertas” (ejemplos en Madaura, Timgad, Sétif o Ammaedara). Por último estarían los *Castella* o *Bursi*, plazas fuertes aisladas con o sin población adyacente (como el Ksar Lemsa y la mayoría en el entorno del limes).



Imagen de la fortaleza bizantina de Ksar Lemsa, (actual villa de Limisa). Este tipo de estructuras defensivas servía para acuartelar tropas y como refugio, en época de razias beréberes, para los habitantes de las proximidades.



Dibujo de Jean-Claude Golbin que representa la fortaleza de Ksar Lemsa en los años del África bizantina. Es notorio el empobrecimiento del entorno, antaño tan rico, monumental y clásico, realidad que parece presentarse de manera harto frecuente en toda la antigua pars occidentis del Imperio, acosada por la barbarie.

En Teveste, la fortificación bizantina fue muy notable y algunos fragmentos se cuentan entre los que en mejores condiciones han llegado hasta nuestros días. La muralla elevada por el patricio Solomon para proteger a la ciudad de las correrías beréberes cubría un perímetro de 320 sobre 280 metros, tenía una altura de 8 a 10 metros y estaba flanqueada por 14 torres cuadradas de 14 a 18 metros, con tres grandes puertas. La del lado norte no era otra cosa que el antiguo arco de Caracalla. Las catas arqueológicas muestran que alrededor se servía el mercado principal de la ciudad: ganado, frutas, legumbres, tejidos y cerámica.



La inscripción, en latín, sobre la puerta principal, bien visible todavía, reza:

“Con la benevolencia divina, en tiempos muy felices de nuestros emperadores Justiniano y Teodora augustos, después de la expulsión de los vándalos del África y la aniquilación del pueblo moro por Solomon, muy glorioso y muy excelente magister militum, ex-cónsul, prefecto de libia; esta villa de Teveste ha sido construída desde sus cimientos por la previsión de este mismo muy eminente personaje”. Tal inscripción se ha datado en el periodo comprendido entre los años 539-544. **Jean Durliat:** *Les dédicaces d'ouvrages de défense dans l'Afrique byzantine, Rome: École française de Rome, n° 49, 1981, pág. 24.*

A la sombra de tales lugares, el artesanado, la cerealocultura y la arboricultura conocieron muy pronto un renovado esplendor; los horrea de Antioquía y Constantinopla acogieron, en cantidades más que notables, ánforas y recipientes de aceite y grano que llevaban marcas africanas. Los cronistas bizantinos se felicitaban de las maravillas que procedían del valle del Bagradas y de las llanuras de Constantina, como en los “felices tiempos”, graneros del Imperio.

PARTE II
Del Africa romana al Magreb beréber y árabe

El periodo de Justiniano I (527-565)

1

La guerra “mora”

Tal vez es posible fijar un momento histórico en el que la transformación del África romana hacia una nueva configuración humana y socio-económica, el “Magreb bereber”, se acelera y toma ya un camino sin retorno. Coincide con la llegada de los bizantinos y se muestra en una primera fase álgida entre el 520 y 540. Por entonces, una población invasora procedente del pre-desierto y aún del desierto desde el sureste, fijó residencia en lo que antaño y durante cinco siglos habían sido territorios latinos de tan fuerte como brillante romanización. Sin ninguna duda, a este hecho histórico memorable, por diversas y espurias razones no se le ha dado el relieve que merece. No en balde, dentro del lejano y trascendental proceso se han querido ver y barajar cuestiones de índole demasiado actual; el colonialismo frente a cierto celo neo-nacionalista que, en desgraciado conjunto, han acertado a distorsionar mucho la cuestión, cuando no obligado al simple y radical silencio, para merma de la investigación y ciencia históricas, que sólo con grandes dificultades y prudente tacto se ha ido abriendo paso desde hace relativamente pocas décadas hasta nuestros días.

La llamada de auxilio de los africanos a Justiniano en los años finales de aquella década del 520, no fue sólo una más entre las ya habituales generadas por el dilatado y gravoso peso de la “tiranía” vándala. La alarma había crecido por el hecho de que éstos últimos no ofrecían garantía alguna de defensa frente a otro invasor mucho más primitivo: las tribus llamadas “moras”; una denominación seguramente equívoca en origen aunque alcanzaría fortuna. A tenor de las fuentes y de la arqueología, parece muy claro que bien al comienzo del siglo VI aquellos pueblos que habían aparecido siempre en oleadas (al igual que los germanos en el “otro extremo del mundo”), pretendían ahora “quedarse” en la debilitada África, sin que la romanidad atisbara tiempo ni medios para integrarlos antes de que pudieran destruir su renqueante civilización. Urgía una reacción que sólo la mayor y única potencia romana que quedaba, Bizancio, estaba en condiciones de dar. Tal vez no era una tarea “rentable” para el Imperio regido desde Constantinopla-Nueva Roma, pero la ideología nacionalista y la enorme visión estratégica de un personaje excepcional como Justiniano pondrían a favor de África una difícil empresa de salvación. Que bien o mal otorgaría otros dos siglos de vida a la latinidad africana o mutatis mutandis retrasando la hegemonía bereber sobre tales tierras, las que papel tan primordial habían representado en la cultura y vida del “romanismo” y la cristiandad¹⁰.

No hay ninguna duda de que los bizantinos tenían cabal conocimiento sobre la presencia de “moros” en África. De hecho conocían a estos enemigos por haber tenido ya contacto con ellos en territorios orientales (aparecen descritos con detalle en varios

¹⁰ Sobre las peculiaridades y el balance del África romana, entre un abundante elenco de tratados, se puede consultar el texto clásico, esquemático y a la vez perfilado, de **Charles Picard**, *La Civilisation de l'afrique romaine*, Paris. 1959.

textos de orden diferente, entre los que destacan ciertos de PROCOPIO y SINESIO). Pero, ¿cuándo habían irrumpido sobre la romanía aquellos “*barbari*” del desierto? Aunque los autores clásicos siempre mostraron tener especial empeño en nominar de la misma manera a los bárbaros que llegaban desde el mismo lado¹¹, es notorio que los “moros” del siglo IV son una reciente oleada humana que se desplazaba desde el sureste atraída por la riqueza de las riberas del *Mare Nostrum*, sin conexión ninguna con las pretéritas tribus númeras o “*mauri*” preromanas, que ya estaban, hacía siglos, perfectamente insertas y sumadas en el *totum populi romanus*.

En *Cirenaica* (norte del actual estado de la República de Libia), gracias a que a que la autoridad imperial no había cedido a la presión vándala, no faltaron fuentes para informar de la primera llegada de tales nuevos moros. Entre el 405 y el 412, los llamados Austuriani llevaron a cabo raids violentos de los que da fiel noticia Sinesio de Cirene (Sinesio, *Letras*, 41 y 78. También *Catastase*, II). En el 449 la misma tribu volvió a intentarlo y Constantinopla debió enviar al general Armatius, que pareció haberlos expulsado y perseguido hasta muy dentro del desierto. El emperador Anastasio llegó a emitir varios decretos para reforzar el limes, con la pretensión de hacerlo impermeable al prohibir cualquier paso de extranjeros desde el sur (ello sugiere que la entrada se hacía por pequeños destacamentos que simulaban mercadeo), salvo para una tribu en concreto que se juzga como “amiga” (Edit d’Anastase sur la Libye, II, ed. G. Olivero, Trad. en A. Chastagnol, *La fin du monde antique*, Paris, 1976, pág. 313). Tales medidas debieron ser efectivas porque recién en el 512-513 surgió otra horda, la llamada de los Mazikes, atacando la zona rural de la *Pentápolis*, aunque fueron igualmente rechazados de modo que su rastro se perdió en las arenas y para la historia.

Así, durante un siglo, los romano-bizantinos habían tenido ocasión de conocer bien a los “proto-beréberes” siendo capaces, sin demasiado esfuerzo, de mantenerlos a raya en *Cirenaica*. Y con esa experiencia les resultará difícil de imaginar que otra, muy distinta, será la situación en la cercana África, cuando derriben el reino vándalo.

2

Los moros en el África al principio del periodo romano-bizantino

Aunque no abundan las reseñas de los decenios vándalos, parece fuera de duda que hacia mediados del siglo V los proto-beréberes llegaron también al África y que los guerreros germanos tampoco tuvieron dificultad en rechazarlos. Pero las condiciones eran más difíciles que en la *Cirenaica* porque las ciudades y la mayoría de la población estaban inertes, sin armas ni murallas. Será con los descendientes de Genserico que amanecerá el gran peligro. Sabemos que en el año 489 la tribu que tenía por rey a un tal Iabdas y que presumiblemente procedía de un territorio incluido en el

¹¹ Los romanos y después los bizantinos llamarán “germanos” en general a diversas oleadas del Norte, desde los alamanes a los godos, que desde luego tenían cosas en común pero a los que separaban siglos y muchas diferencias, de la misma manera que distinguirán como “sármatas” a los del Oriente, incluidos los primeros turcos que aparecen en Anatolia

actual estado del Chad, se había adueñado de la cordillera del Aurés, ligeramente al interior del limes romano en el África. En el 529 la tribu de los Laguatan hizo su aparición en el área de *Tripolitana*, tal vez coincidiendo con la sublevación de la población romana contra los vándalos, dirigidos los latinos por el notable Pudencio que entabla relación, buscando imprescindible apoyo, con Justiniano. Los Laguatan se establecerán entonces sólidamente en el pre-desierto y sobre una parte de las llanuras tripolitanas; desde allí lanzarán raids intermitentes sobre las ciudades costeras (Leptis Magna y Sabrata sufrirán mucho con tales asaltos que citan cronistas tan dispares como PROCOPIO o MALALAS, **Modéran, Y**; “*Les premiers raids des tribus sahariennes en Afrique et la Johannide de Corippus*”, en *L’Armée et les affaires militaires. Actes du I^{er} Colloque international sur l’histoire et l’archéologie de l’Afrique du Nord, Strasbourg, 1988, Tomo 2, Paris, 1992, págs: 481-482*).

Parece que *Byzacena* y la *Proconsular* (norte de Argelia y estado de Túnez actual), *Cesariana* y *Tingitana* (parte noroccidental de Argelia y norte del Reino alauita de Marruecos, a día de hoy) estuvieron relativamente tranquilas hasta la víspera de la llegada de los bizantinos. Pero justo por esas fechas ocurrió lo peor. A todas ellas convergieron en el 529 otros grupos, particularmente violentos y peligrosos. Los Frexas, dirigidos por un líder intrépido, el jefe Antalas, y los que seguían al caudillo Cutcina se establecieron con todos sus hombres, mujeres y prole en los antaño fértiles pagos del sudoeste de la *Byzacena*. Una parte de los habitantes romanos huyeron hacia el interior y la costa donde hay señales y documentos que manifiestan la incertidumbre y los graves problemas de ubicación para tantos desplazados. Otros todavía se mantuvieron firmes en sus hogares a cambio de pagar en especies un tributo a los nuevos “bárbaros”, repitiendo el arquetipo que antes protagonizaran los germanos. Ciudades como Ammaedara (la patria chica de Apuleyo), Telepto, Cululis y Mames se convirtieron entonces en “ciudades frontera”. Pero los nómadas no se establecieron; todo lo contrario, buscaron nuevas presas aún más en profundidad. Ruspe, la ciudad episcopal de San Fulgencio fue saqueada poco después de la muerte del santo (532-533), según relata la *Vita Fulgentii*, por aquella *Gens Inimica Maurorum* que causará “*muchas devastaciones por el pillaje, la muerte y el incendio, degollando en el recinto mismo de las iglesias a todos aquéllos que pudieron encontrar*”. En otras urbes muy importantes como Hadrumetum y Sullectum los habitantes hubieron de improvisar muros de fortuna uniendo sus casas con barricadas.

Algunos autores como el clásico Dile, sugieren que, a pesar del indudable buen servicio de información que tenían, los bizantinos se vieron sorprendidos por el volumen, el vigor y la audacia de los moros, a los que suponían menos, más torpes y propensos a la fuga o retorno a sus tierras de origen en el intervalo entre el Gran Erg Oriental y Occidental o más allá del Gran Atlas. Lo cierto es que se habían atrevido a grandes aventuras y aprovechando la indefensión forzada por los germanos en los campos y ciudades, se habían atrincherado en varias regiones montañosas o vagaban sin cesar en las más abiertas llanuras.

Los romano-africanos que daban noticias y presionaban a la corte de Justiniano para retomar la provincia, insistieron en la oportunidad del momento, porque los

vándalos estaban comprometidos con una nueva oleada de hordas del desierto. Un pasaje de la Crónica de Zacarías el Retor, contemporáneo de los hechos, es bien explícita:

“Pero estaban entonces en Constantinopla ciertos nobles del África quienes, a causa de una querrela que ellos tenían con el príncipe tirano de aquella tierra [Gelimer el vándalo], habían abandonado su país y buscado refugio junto al emperador; y ellos le darían informaciones sobre este país y le empujarán a actuar, diciéndole que este país era muy vasto y muy apacible y que ellos [los vándalos] no desearían de ninguna manera una guerra con los romanos, porque estaban enfrascados en un combate con los moros, un pueblo establecido en el desierto y que vivía como los árabes, del robo y la rapiña. Y ellos insistirán delante del emperador que este país había sido arrancado y hurtado al Imperio Romano desde los tiempos de Genserico, el mismo que tomó Roma también, recogiendo los objetos de valor en oro y en plata, y que se retira a Cartago, en África, una hermosa ciudad de la cual él se apropia y ocupa” (Zacarías el Retor, Chronica Siriaca, IX, 17, Trad. al inglés de F.J. Hamilton y E. W. Brooks, London, 1899, pág. 261).

Sea como fuere, el caso es que en junio del 534 los soldados romano-bizantinos desembarcan en *Caput Vada* y los beréberes tienen noticia de ello. Sin duda temen a los nuevos estandartes de Roma y envían embajadores a Belisario para solicitarle un acuerdo: acatan la soberanía del emperador Justiniano y a cambio solicitan que se les reconozca el dominio “statu quo” sobre las tierras que ocupan. El sabio comandante parece aceptar en principio tales pretensiones porque no desea tener más enemigos enfrente de los necesarios. Más tarde, las cosas habrán de cambiar radicalmente cuando el poder ya esté firme en manos de los prefectos y, como el mismo emperador se encarga de poner por escrito, no se regatearán esfuerzos para reconducir toda la situación y expulsar a los moros al otro lado, “extendiendo las provincias africanas hasta los confines donde antes de la invasión de los Vándalos y de los Moros tenía su frontera la república romana, y donde estaban estacionadas las antiguas avanzadas, como se ve por los atrincheramientos y fuertes” (*Cod. Just.* 1. 27. 2: 4)

Una tarea difícil, como veremos.

3

Los esfuerzos bizantinos iniciales por recuperar la integridad del África: obra y campañas de Solomon

No hubo periodo de paz. Apenas desmantelado el poder vándalo, los bizantinos emprendieron la labor de limpieza y reconstrucción. Para ello hubo que jugar a muchas bandas y, en la mejor tradición romana, se echó mano al “divide y vencerás”. Lo más temible eran las “confederaciones” de tribus y Solomón, primer gobernador bizantino en África, intentó a todo trance evitarlas mientras eliminaba una a una las hordas beréberes. Tuvo éxito sólo parcialmente, aunque no por falta de dotes y méritos; hay

que reconocer que se enfrentó a verdaderas situaciones “imposibles” en el marco de un Mediterráneo incendiado, con guerras que Justiniano, con más voluntad que medios, llevaba a cabo simultáneamente en *Sicilia*, *Italia* y los *Balcanes* (ampliadas luego a *Hispania*, sin perder nunca de vista la región de *Mesopotamia* y *Persia*), de donde no podía distraer ningún recurso militar. Pese a todo, entre el 534 y 539, el general originario de Dara (en Asia Menor) consiguió estabilizar o “fijar” a las principales tribus y asegurar la mayor cuantía del territorio.

Y ello a pesar de que partió de una situación muy delicada. En el mismo año de 534, cuatro tribus confederadas (tal vez 10.000 combatientes), subiendo desde *Nemencha* se abatieron sobre la *Byzacena*, bajo el mando de cuatro jefes, Coutsinia, Esdilasa, Iouphrout y Medesinisa; mientras que por el sur de *Numidia*, los habitantes de la llanura daban la voz de alarma porque arriba otro grupo a cargo de Iabdas, quien, bajando de la cordillera del Aurés, comenzaba a pillar los fértiles campos. El destacamento de caballería bizantina que en primera instancia se les opuso¹², fue aniquilado hasta el último hombre. Cundió el pánico entre la población romana, incluso en Cartago. Pero Solomon era un hombre audaz y valiente, de una experiencia militar enorme en la que siempre había probado su temple. Reunió las menguadas tropas y añadió algunos civiles armados para enfrentarse a los beréberes en la llanura de *Mamma*. Eran realmente pocos y los moros aceptaron la batalla campal porque presumían que, dada su superioridad en número, la ventaja en técnica de los romanos no sería tan decisiva. Afirma el historiador PROCOPPIO que Solomon, espada en mano, con 500 infantes, despedazó los cuerpos de los camellos que servían de “fortín” al reducto circular moro. Estos huyeron entonces; y pudieron hacerlo en gran cantidad porque eran sólo jinetes, las familias entretanto, habían quedado atrás, más cerca del limes. No hubo persecución “en caliente”. No resultaba necesaria ni prudente pues, con tamaña victoria prácticamente toda la *Byzacena* quedaba libre de beréberes y urgía reforzar el ejército. *Numidia*, sin embargo, debió esperar y las ciudades valerse por sí mismas durante algún tiempo. Luego de la fulgurante victoria, el prefecto regresó a Cartago para demandar ayuda a Constantinopla y proceder a formar y armar nuevos soldados entre los autóctonos.

Muy pronto, a principios del 535, Solomon salió en busca del grupo que restaba, el cual se encontraba en la montaña de Burgaon, casi en la vieja frontera del Sur. Les ofreció batalla, pero los moros ahora no se atrevieron a enfrentarle, permaneciendo apostados en una formidable posición, en la pendiente y al amparo de las crestas. De nuevo la intrépida mente del daraense dio a luz una estratagema. Escaló en la noche por la otra cara con un millar de escogidos y a la mañana siguiente los que recién se sentían seguros vieron con espanto que estaban pillados por dos frentes. Comenzó una huida loca donde caballos, hombres, mujeres y niños se pisaban y mataban unos a otros para salir de la ratonera. La mortandad fue enorme, el mismo cronista habla de 50.000 moros muertos (sin duda una exageración), pero en cualquier caso, debió ser una gran jornada que aportó un enorme botín (lo recogido en las razias anteriores), y muchos esclavos (PROCOPIO señala que un niño moro se vendía días después en el mercado al mismo precio que un cordero). En el verano del 535, *Byzacena* estaba sin

¹² Muy limitado, de apenas 500 hombres, pero seguramente el corazón de los coraceros que quedaban en África

beréberes, los supervivientes se escondían donde podían de la sed de venganza que afloraba entre los romanos del campo, muy poco antes esquilados y maltratados. Del desbande resultante, unos volvieron al pre-desierto y otros corrieron a unirse con el grupo de Iabdas, en *Numidia*.

4 Guerra civil y segunda campaña

No hay duda de que Solomon era eficiente y recto, pero tampoco puede ocultarse que no contaba con buenos soldados ni con el monetario suficiente para su sostén, al menos si pretendía evitar que se comportaran como “otros depredadores” frente a los romano-africanos. La falta de disciplina era una constante en todo el ejército bizantino del siglo VI. Abundaban los mercenarios, la superstición y la ignorancia más extremos. La agilidad y el rigor del general no le rendían popular entre las filas asalariadas. Cuando apetecía gozar de las comodidades de la vida urbana y otras riquezas usurpadas, el jefe exigía mantenerse alerta y vivaquear con austeridad. Hubiera bien valido para legionarios de César o Trajano pero no en aquel siglo de la Antigüedad Tardía. Los gastos de reconstrucción de la provincia debieron ser grandes y para peor aún, muchos de los mejores hombres fueron enviados a Italia para reforzar los regimientos de Belisario, quién a la sazón se hallaba inmerso en otra contienda contra los ostrogodos.

No sorprende que en la Navidad del 535, mientras Solomon preparaba su campaña para expulsar a los moros del Aurés, estallara la rebelión. Ya se había intentado asesinar al prefecto en la misma misa del gallo, pero no fue sino a finales de febrero cuando cuajó la tremenda ruptura. La soldadesca asesinó a sus oficiales, asaltó el palacio y entró primero en las casas más opulentas y luego en las restantes, sin distinguir nivel. Durante varios días cundió la anarquía total. Aunque el Estado Mayor escapó a la ciudad de Missura (Solomon incluido), algunos destacamentos mostraron al fin lealtad y lograron afirmar cierto orden en la capital. Los restantes la abandonaron para reunirse en la llanura de Bulla Regia donde resolvieron nombrar jefe a un decurión (sargento) llamado Stotzas. Un personaje brutal que, no obstante, demostraría tener poco de incompetente.

Aquel soldado curtido en mil batallas a uno y otro lado del Mediterráneo supo establecer nuevos rangos entre sus *conmiliones* y actuó como un verdadero “emperador del África”. Liberó a prisioneros vándalos para encuadrarlos en un batallón y recibió embajadores de los moros que seguían a Iabdas y Rotáis; ambos jefes le juraron sumisión y apoyo. Con tales huestes Stotzas rodeó Cartago, apostando por el terror, al más puro estilo “vándalo”. Prometió perdón si los leales se unían a su causa y horror si no era así. Los africanos empezaron a temblar y cuando tanto notables como oficiales comenzaban a jugar con la idea de la rendición llegó al puerto una pequeña flota que capitaneaba Belisario, al que había ido a buscar Solomon en persona. Los refuerzos no eran gran cosa. Apenas 1000 soldados salieron al encuentro

de los rebeldes; una carga “en lanza acorazada” en el paso de *Medjerda* (hoy Medjez-el-Bab), y el nombre del gran general fueron suficientes para ponerles en fuga. Belisario retornó raudo a Sicilia, convencido de haber resuelto el grave asunto.

Pero, prueba del enorme deterioro en pagas y condiciones, justo entonces también la guarnición de otra provincia, la *Tripolitania*, se alzó en rebeldía, uniéndose a Stotzas, cuyas fuerzas pudieron cifrarse entonces en casi 4000 combatientes, una tercera parte del total de *milites* en el África. La marea avanzó de nuevo contra las cabezas de departamento, que se encerraron tras los muros recién reconstruidos y reforzados. A Constantinopla se enviaron lastimosas y apremiantes peticiones de ayuda.

A falta de efectivos, Justiniano despachó sólo a un hombre, bien conocido y respetado, Germanos, quien había sido *magíster militum per Traciam* y se había distinguido por la manera juiciosa de enfrentarse a la invasión de los eslavos en el Danubio. El general asumió parte de las reivindicaciones; retiró algunos comandantes poco “populares” (como Martín y Valeriano, que luego actuarían con eficacia en Italia), y prometió pagar todas las soldadas que se adeudaban, incluso las de tiempos “insumisos”. El invierno transcurrió en negociaciones y a la primavera vino el inevitable enfrentamiento. Germanos mantuvo el pulso con Stotzas en una memorable batalla, sobre la llanura de *Cellas Vatari*. Fue una terrible carnicería entre bizantinos donde todos perdieron. Stotzas sobrevivió acogido por unos nómadas al borde del Erg. Cuando Germanos retornó a la capital no dudó en aplicar mano dura contra aquellos soldados que pretendían sostener el espíritu “sindicalista” anterior; un número importante fue ejecutado.

En todo este tiempo, tres cruciales años, los moros permanecieron quietos y a la expectativa pero fortalecidos progresivamente por la migración de nuevas tribus o clanes del desierto, que acudían al socaire de las noticias sobre la “guerra civil romana” y la realidad, que daba prestigio, de esos otros hermanos que habían logrado establecerse conformando “reinos” en tierras antaño inalcanzables y ricas.

5

La reconquista de la cordillera del Aurés

En el año 539 la situación en Italia estaba más segura y Justiniano pudo ya enviar un ejército serio al África, al mando otra vez del enérgico Solomon. Tocaba el turno precisamente de los moros amparados en la cordillera del Aurés. Aunque no hubiera sido descabellado dejar tal región montañosa fuera del limes y hacer una nueva línea de fortalezas al norte de la misma, las ordenes imperiales que querían situar las fronteras en el mismo lugar que antaño y, tal vez, otros condicionantes económico-tácticos (algunas ciudades y villas ricas se encontraban en la región) hicieron que el inagotable patricio se empeñara en volver a reubicarlo al sur y ello implicaba “limpiar” el difícil territorio.

La campaña se inició con la reconstrucción de los viejos fortines, que fueron provistos de adecuadas guarniciones. Una impresionante línea fue bien elevada o restaurada. De este tiempo datan los lienzos de Tagoura, Madaura, Tipasa, Ad Centenarium y Tigisis; obras que cerraban el acceso al rico Tell desde el Sur y constituían una base de operaciones contra los acantonados en el Aurés.

Y ahora no hubo contratiempos. Las esposas vándalas (fuente de discordias) fueron expulsadas y llevadas en masa hasta el Asia Menor, y se conformaron destacamentos nuevos con un número cada vez mayor de africano-romanos. Con un sistema militar que aún copiarían ejércitos modernos en el siglo XIX y XX en las llamadas “operaciones antiguerrilleras”, se optó en esta ocasión por acechar y seccionar los distritos mediante “columnas” autónomas que surcaron el territorio hostil ciñendo y reduciendo progresivamente el espacio por donde podían circular los enemigos.

Al fin, varias secciones romanas encontraron a los jinetes guerreros moros más activos y los batieron cerca del Oued Bou Rougal. Ello significó anular la capacidad de hacer daño por parte de los nómadas, lo que no conformó al comandante romano. Hizo escalar a sus hombres y se enfrentó al grueso de la tribu en el corazón de la cordillera. Los beréberes fueron masacrados y apenas Iabdas consiguió huir herido hasta algún oasis del desierto, en lo que hoy es la frontera entre Libia y Chad. Las ciudades honraron la victoria con estatuas y placas conmemorativas, algunas aún hoy visibles y legibles, en el esqueleto de piedras que es el testimonial legado *in situ* del África romano-bizantina.

6

La grave crisis de los años 545-546

En el año 541, los delegados africanos de visita en Constantinopla se atrevieron a declarar delante de Justiniano que, bajo su benemérita autoridad, la provincia había ya recobrado su pretérita y famosa prosperidad (Nov. app. II). Tal vez fuera una exageración, pero algo de cierto parecía que había en tan agradecidas como solemnes palabras. Lo que parece innegable es que las mismas surtieron un doble efecto: por un lado avivaron el deseo del inquieto emperador a jugar su suerte en otras empresas castrenses y por otro, le alentaron a reducir drásticamente las tropas en *Cartago* y las *Mauritanias*, apenas un año y medio después. Para mayor yerro, esto último se produjo justo cuando la gran plaga de peste bubónica alcanzaba el área.

Insisten mucho los cronistas bizantinos en señalar la terrible mortandad que originó entre los romanos tal plaga y la escasa o nula incidencia que tuvo sobre los beréberes. Lo cual, en conocimiento hoy de la etiopatogenia exacta del mal, no extraña. Las pulgas, el vector que porta el germen, se refugiaban en pajares y cosechas, amén de cuadras y hogares. Algunas pieles eran especialmente atractivas para el artrópodo pero otras les resultaban hostiles. Es la “inmunidad” a la picadura que

protege a ciertas poblaciones ya habituadas a la presencia, en generaciones, de similares parásitos. En el desierto y bajo tiendas, sin almacenes de ninguna clase y en perpetuo movimiento bajo sol y entre la aridez, la *yersinia pestis* gozaba de muchas menos oportunidades.

Desde luego es temerario asignar cifras, ni siquiera aproximadas, pero que aquella fue causa de un hundimiento brutal demográfico del que la romanía africana no se recuperaría jamás, es una hipótesis bien plausible; máxime cuando la crueldad de las guerras moras iba a durar bastantes años con gravísimo quebranto de la infraestructura productiva, comercial y de comunicaciones. Sobre todo, circunstancia crítica, a partir de una terrible derrota que sufrirían las armas de Bizancio.

Una vez más, concedores del estado de indefensión de los bizantinos y a rebufo del abatimiento por la enfermedad, los laguantan y aún los guerreros de Antalas, hasta entonces aliados más o menos fiables, reiniciaron el saqueo. El sur de la *Byzacena* y *Tripolitania* sufrieron lo indecible. Con un ejército totalmente insuficiente Solomon se enfrentó a los moros en la llanura de *Cillium*; y pese a un excelente planteamiento táctico y al derroche de heroísmo, al final, mediando el abandono de un buen número de mercenarios, el prefecto sucumbió junto a lo mejor de sus hombres. Resultó ser “un desastre para el África de terribles consecuencias” (Diehl, *L'Afrique byzantine*, pág. 343), cuya noticia corrió rauda, haciendo que hasta los godos de *Hispania* intentaran también sacar partido, al saltar el Estrecho y poner sitio a la fortaleza de Septem (Ceuta), seguramente después de asolar la región de *Tingis*.

Sólo las plazas fuertes, tal que la mítica Abila que mira al mar frente a Algeciras, y ciudades amuralladas resistieron; permitiendo a duras penas que una parte de la población sobreviviera. El resto se hundió sin remedio. El agro retrocedió muchos decenios, sino siglos. En centenares de kilómetros ninguna autoridad se ejercía. Nuevas tribus se agregaron a la marea, como aquella de los gumaris en el Rif y en el sur de la *Tingitana*. La *Sitifense* se redujo a la costa y el paso por tierra ya nunca volvió a ser algo seguro. En efecto, parecía que se trataba de un verdadero cataclismo.

La crítica situación que se vivió al día siguiente de la muerte de Solomon supo ser aprovechada por el increíblemente despierto Stotzas. De nuevo fue capaz de crear una confederación de desertores, mercenarios, vándalos y beréberes. Con tacto y ambición, ambos con derroche. Y no sabemos dónde habría podido llegar si no fuera porque una espada le habría de cercenar el futuro cuando menos parecía. A comienzos del 545, con impunidad total, la amalgama bajo su dirección arrasó la región central. Los tribunos Himerio y Juan Sisinius, con apenas unos escuadrones y empujados por las lamentaciones de los civiles, intentaron una precaria resistencia. El primero cayó prisionero y, al decir de PROCOPIO, sirvió para cierta artimaña que hizo a los habitantes de la ciudad abrir las puertas, lo que precipitó la toma y devastación de la antaño floreciente y opulenta Hadrumetum. El segundo, entretanto, murió con todos los suyos en Tacia (Bordj-Messaoudi), en la carretera de Sica a la capital, a finales del mismo año. No obstante vendiendo muy caras sus vidas, porque el capitán bizantino fue el responsable de matar en singular combate al escurridizo Stotzas. Un golpe

certero que acabó descabezando a una peligrosa masa de combatientes que, a partir de entonces, ya no volvió a ser tan efectiva.

Aún con tal estado lamentable de cosas, Justiniano debió reducir la guarnición de Cartago, trasladando algunas compañías de coraceros hasta Italia, donde en aquel inicio del 546, Totila y sus godos estaban a las puertas de Roma. No es necesario insistir en el grado de precariedad que vivía el África, al borde mismo de la pérdida de cualquier tipo de dominio real sobre el territorio.

Antalas, Coutina y Iabdas habían reunido sus fuerzas y campaban por sus respetos. El nuevo prefecto Aerobindo, un hombre pusilánime y torpe, permaneció inactivo, encerrado entre los muros del prefectorio. El único general bizantino eficiente y que contaba con algunas tropas de cierta envergadura, de nombre Guntario, se hallaba a la espera de su oportunidad; al sentir de Diehl, pretendía aparecer como el libertador cuando la situación se tornara irreversible. En sus planes, contaba con derrotar a los moros, que seguían estando subestimados como enemigos, y hacerse con la provincia a sabiendas de que Justiniano no podría reaccionar atascado como estaba en Italia y los Balcanes.

Parece ser que Guntario y Antalas llegaron a establecer un pacto: el romano prometió al moro abandonar para él la *Byzacena*, darle la mitad del tesoro de la prefectura y poner a su disposición 1.500 hombres del ejército regular que le habrían de servir para dominar en ley la región; para sí mismo se reservaba la capital y el resto de África con el título de rey.

Aerobindo ordenó un repliegue general de tropas hacia Cartago; cada ciudad (lo único aún a salvo) debería defenderse sola, mediante civiles apenas armados, lo que equivalía a condenarlas al abismo. Y ese fue el momento (marzo del 546) que los confabulados tanto habían aguardado. Guntario no tuvo dificultad en asesinar al gobernador y hacerse con el poder: África parecía perderse para Bizancio y entrar en un periodo “independiente” bajo la férula de un nuevo “hombre fuerte”. La represión “a la vándala” renació de nuevo. Otra vez los notables fueron perseguidos, hasta los mercaderes orientales probaron el acero. Se pretendía aislar el país.

No obstante, Guntario no lo tuvo tan fácil como había previsto. La oposición y el deseo de estabilidad dentro del Imperio eran aún fuertes. El tribuno de *Byzacena*, Marcentio, y la guarnición de Hadrumeto no reconocieron su autoridad. Un grupo importante de oficiales en Cartago y los soldados de estirpe armenia no estaban tampoco de acuerdo con tal “separatismo”. Y un líder surgió entre estos últimos; el comandante Artabano, alguien de gran prestigio y que se rodeaba de una especialmente leal cohorte de recios bucelarios. En mayo del 546, aprovechando un banquete, ajustaron cuentas dando muerte a Guntario y sus más próximos. Apenas treinta y seis días había durado su “tiranía”.

El futuro no era, sin embargo, promisorio. La realidad no podía ser peor: “*Una parte de los habitantes habían perecido bajo la espada de los beréberes, otros más*

numerosos aún, habían sido reducidos a la esclavitud y arrastrados cautivos con las tribus; el resto, para escapar a la masacre o a la servidumbre, había buscado refugio detrás de las murallas de las fortalezas o bien expatriándose habían ido a pedir en Sicilia o hasta Bizancio, una seguridad que la provincia parecía no poder jamás ofrecer” (Diehl: L’Afrique byzantine, Tomo II, pág. 359).

7

La estabilización de Juan troglita. Previos.

La eliminación de Guntario no fue más que una anécdota en medio de tanto desastre. Antalas, Iabdas y Coutina seguían en pie y los beréberes campaban a sus anchas, cada vez más atrevidos y numerosos. El leal Artabano, no sabemos bien porqué, volvió a Constantinopla, tal vez cansado de tanta incertidumbre y lucha que parecía no atisbar fin.

Justiniano, bien consciente de la extrema necesidad en África, hizo de nuevo una de esas hábiles piruetas logístico-estratégicas en aquel enorme teatro de operaciones en el que se jugaba cada año su suerte y la de sus súbditos. Firmó la enésima tregua en el frente persa y detrajo de allí un ejército que puso al frente del que era uno de sus mejores generales: Juan Troglita.

El nuevo comandante en jefe para África, aún siendo joven, tenía ya una larga carrera. Conocía al pormenor el territorio y sus particularidades, allí había servido con Belisario y Solomon. Justo antes de batirse contra los persas con acierto y en tan peliagudas condiciones bajo el sol inclemente de Mesopotamia. Afortunadamente conocemos en detalle las campañas de este magnífico militar gracias al escrito de Coripo que, al margen de concesiones a la exaltación devota, es irrecusable testimonio de una competencia y de un éxito, aún parcial, tan rápido como improbable a primera vista. De la lectura, siguiendo un denso hilo a través de muchas páginas, emocionantes por momentos, surgen una figura humana y un “*modus operandi*” diáfanos. Podemos ver que, como buen militar, Troglita sabía usar la diplomacia, la flexibilidad más inteligente, la audacia y el valor. No hay duda de que tenía voluntad de vencer, libertad de acción y una modesta pero bien aprovechada capacidad de ejecución: pese a manejar siempre un ejército muy inferior a las huestes enemigas, acertó a hacer valer su superioridad técnica.

No obstante, a estas alturas, la única victoria plausible era una con muchas y muy importantes limitaciones. Y es que, sin duda, las condiciones no permitían ya una verdadera “*restitutio ad integrum*”, como consecuencia de la presencia de beréberes intralimes, en “reservas” o territorios “cedidos”, con líderes más firmes y decididos a permanecer a la espera de una paulatina y deseable “integración”. Era, tal vez, mucha y amenazante renuncia, pero no había otro camino y aquella pérdida no ocupaba el primer rango entre las que el mundo romano estaba encajando por entonces. Al menos se jugará, pese a violencias y retroceso paulatino de la cultura, ley y órdenes romanos,

un cierto equilibrio romano-bereber durante un siglo y medio más. La última esperanza se vendrá abajo cuando un tercer elemento entre en juego: los árabes y el beligerante Islam¹³.

Al menos, en primera instancia sus tesis sirvieron. Diversos hombres, cuestiones y circunstancias fallarían después para que la civilización romano-africana no lograra a la postre sobrevivir; pero tales formaron parte de las disyuntivas de otras generaciones. Los factores críticos y aditivos fueron fundamentalmente tres:

1. la incapacidad de la sociedad romano-africana para regenerarse, incluso demográficamente, debido, sobre todo, al gravísimo quebranto de la infraestructura agrícola.

2. las cruentas y convulsas guerras romano-persas que también fueron impedimento para un imprescindible apoyo desde el centro del Imperio y,

3. las devastadoras invasiones árabes, que terminarían de dislocar el comercio Mediterráneo y el eje a través de *Egipto, Palestina y Siria*.

Un ejemplo paralelo de la cuestión puede considerarse a partir del caso de los eslavos. Invadiendo en tromba los Balcanes, Bizancio a duras penas logró resistir y circunscribir sus hábitats. Aunque asentados sin remisión sobre los territorios en áreas llamadas “*eslavinas*” (reservas similares a las de los beréberes en África en el periodo post-Troglita) se mantuvieron en equilibrio con la población romana hasta que las invasiones de los búlgaros acabaron dando como resultado la expulsión completa de la latinidad y su substitución por la exclusividad “*eslavonia*”; hasta el día de hoy. Del latín que se hablaba en Salona, Naissus o Justiniana Prima (las patrias chicas de Diocleciano. Constantino I o Justiniano), hoy ruinas en las cercanías de Skopje, Split o Belgrado, sólo restan piedras labradas; los habitantes ahora son rubios de azules ojos y lengua serbo-croata que miran, entre indiferentes y cansinos, hacia tales restos que les resultan en verdad ajenos.

8

Las campañas de Juan Troglita. I. Primera victoria sobre Antalas

Hacia el mes de diciembre del 546, Juan Troglita desembarcó en Cartago. Si la capital conservaba entonces cierto donaire y expectante calma, el panorama del África, muy por el contrario, era casi sin excepción dantesco.

¹³ Troglita optó por el realismo, aquel de considerar ya imposible la expulsión de los moros. Asumió la tarea a largo plazo, un triunfo militar que “apaciguara” a los bárbaros para después intentar una “integración”. O lograban integrar a los moros o los moros integrarían, ¿o mejor dicho desintegrarían?, la romanidad africana. El especialista **Yves Modéran** lo expresa en estos términos: “*La llegada de Juan Troglita en el 546 y un giro hacia el realismo práctico [...] salvarán la posición del Imperio en Africa: el general bizantino escogió reconocer la presencia en el interior de las provincias de unas comunidades moras que, con sus jefes y costumbres particulares, conservarían una relativa autonomía. Porque ¿cuantos pueblos había ya civilizado la romanía?, ¿no serían los moros del siglo un grupo más?, se necesitaba tiempo, eso era todo y Troglita lo consiguió...*”, (MODERAN, Y: *Les Maures et l'Afrique romaine, IV-VII siècle*, 2003; pág. 816).

Se argumenta que Coripo carga las tintas en su poema histórico por mor de aumentar los méritos del general. Tal vez, y a ello se pueden dar muchos datos, no le resultó necesario añadir apenas alguna exageración. *Byzacena* estaba en la anarquía. Antalas, los levates y los austures procedentes de *Tripolitania* se habían adueñado de los campos. El grupo de Iabdas, en competencia y recíproca enemistad con aquellos guiados por un Ifisdaias y el conocido Coutisina, hacían lo propio en *Numidia*. Incluso la región costera estaba infestada de bandas. En *Tingitana*, el “rey” Mastinas retornaba a la secesión y el área noroccidental quedaba cortada del resto de la provincia africana¹⁴.

Como buen militar, Juan era antes que nada un excelente “líder humano”, dotado para la empatía y la diplomacia. Consiguió atraerse a la mayor parte de los jefes en *Numidia* con promesas de sentar en ley ciertos “foedus”. Después, veloz y decidido, en la estela de Belisario y Solomon, al lado de los cuales había hecho carrera, se encaró con los bárbaros de *Byzacena*. Éstos respondieron como de costumbre, huyendo hacia las regiones montañosas del Sur, donde contaban con las lluvias de invierno para disuadir a los bizantinos de marchar contra ellos. Los beréberes, no obstante, se sentían muy fuertes y comenzaron a entender que la sincronía entre huestes podría ser harto provechosa para todos. El veterano y astuto Antalas fue el “gran caudillo” en este sentido. Consiguió hacer confluír a los Levates, Austures e Ifuraces en la cordillera al sur de Sbeitla, de modo que allí se dieron cita guerreros, familias, carromatos, animales y también, lo más espectacular y doloroso, el impresionante botín en objetos de todo tipo y romanos esclavizados que seguramente alcanzaban muchos millares.

Tal concentración de hombres y riquezas pareció infundir una confianza y bizarría inusitada entre los moros. Aguardaban la llegada de las cohortes romano-bizantinas, seguros de poder afrontar una batalla campal. Incluso pretendieron en determinado momento que los ídolos traídos para la ocasión desde remotas tierras, entre ellos el dios Gurzil, presidieran el encuentro.

¹⁴ Parece que poco antes de la llegada de los bizantinos, en el área intermedia entre Cesariana y la Tingitana, surgió un poder independiente al que los especialistas les cuesta definir. La mayoría se decanta por considerar tal estado, que emitirá moneda y tendrá una administración “moderna”, la obra de un líder particular que supo aunar a la población autóctona latina con alguna tribu mauri dispuesta a integrarse y convivir. Sin duda fue un romano, llamado Masuna, quien fundó un “reino” con capital en Altaua, (Ouled Mimud), que pudo sobrevivir largo tiempo, extendiéndose tal vez hasta Volúbilis por el suroeste. Representaba una resistencia en lugar idóneo frente a la tiranía vándala. Se conserva una inscripción, fechada hacia el 508, que refrenda bien tales presupuestos. La misma reza:

*Pro sal(ute) et incol(umitate) reg(is) Masunae gent(ium)/ Maur(or)um et Romanor(um)
castrum edific(atum) a Mas/giuni pref(ecto) de Salar
lider proc(uratore) Cast/ra Severian(a) quem Masuna Altaua posuit/et
Maxim(us) proc(urator) Alt(auae) perfec(it) p(rovinciae) anno ccclxviii*

(año 469 de la era provincial de Cesariana, tal como era costumbre documental entre los romanos y que responde al 508 d.C.).

Mastinas, sucesor de Masuna, aceptó la soberanía de Bizancio como el resto de los africanos, pero deseoso seguramente de no compartir tesoro ni fisco, aprovechó la crisis del 546 para retornar a una soberanía de facto que estaría bien vista y apoyada por los visigodos, aliados estratégicos contra el Imperio; germanos de los cuales estaban separados por el territorio mayor de la *Tingitana* con puestos firmes bizantinos en Rusadir (Melilla), Septem (Ceuta), Tingi (Tánger), Banasa, el Castellum Duga (Suiar al-Habta), de Zilil, (Dchar Yedid), Lixus (Larache), Oppidum Novum (Jandaq Amar) y Castellum ad Lucus (Alcazarquivir), Tamusida y Sala, el puesto más al sur en el Atlántico con su poderoso Castellum Salensis y el viejo templo Ad Mercurios, sede ahora de una basílica cristiana y residencia del obispo (**Maercillet-Jaubert, J.** *Les inscriptions d'Altava, Aix-en-Provence*, 1968, nº 194, págs: 126-127). En las monedas emitidas por Mastinas aparecía por una cara su monograma rematado por una cruz y por el reverso la imagen de Justiniano I.

El combate duró largas horas y no estuvo claro el resultado hasta el final. No contamos con detalles, salvo que hubo una enorme y confusa “melé” y cargas sucesivas de una caballería pesada que eludió a toda costa verse sujeta en la confusión. El general bizantino marchaba de uno a otro lado, dejándose ver de todos y cada uno de sus subordinados, infundiendo energía y orden. En algún momento los jinetes moros decidieron huir y la batalla entró en la fase de persecución.

El caso es que tanta sangre había excitado la rabia y ferocidad de los milites, aún más exacerbadas cuando pudieron ver las crueldades a las que habían sido sometidos los indefensos civiles romanos; ancianos, niños, mujeres, todos desnudos, atados en largas cadenas y marcados como reses que se llevaban a la venta o al matadero si no servían. No hubo piedad ni el cansancio pareció hacer mella en la venganza. Sólo la oscuridad de la noche dio término al trabajo de la espada. “*Una multitud de cautivos fueron redimidos*” (Diehl, *L’afrique byzantine*, pág. 370), y pilas ingentes de objetos litúrgicos, tesorillos, vestidos, aperos, muebles y otros enseres recuperados. Entre ellos los estandartes del malogrado Solomon, que más tarde serían enviados a Constantinopla.

Fue un gran día para las armas de Bizancio¹⁵, pero a la larga representaría el primero de una empinada y difícil serie de pruebas, necesarias para pacificar el agonizante África

¹⁵ Frente a un grupo de prisioneros moros Juan Troglita liberó sus emociones, preguntándose el porqué de la guerra, una cuestión que aún hoy sigue sin respuesta, ¿por qué buscamos en casa de otro lo que no es nuestro?: pero el general, que ya desde hacía tiempo contemplaba despectivamente a los cautivos con mirada amenazadora, dijo encolerizado: “¿*Quien inició este desafío?, hablad canallas. ¿Qué funesto destino os empujó ahora a volver con vuestras correrías por los campos líbicos, a invadir los caminos que no son vuestros y a saquear con vuestros acostumbrados pillajes las casas de los púnicos y los pueblos latinos?*” (Coripo, *Juanide*, VII, 500-505)

Y la respuesta del moro, nos trae a recuerdo un argumento muy conocido, ya esgrimido desde la Biblia hasta nuestros días: *la tierra prometida por un Dios...*

“*Tu inflexible orden me apremia a confesarlo todo. [...] Vaticinó el dios profético Amón a nuestras tribus que concedería los campos de Byzacena a los moros mediante la lucha y por medio del gran jefe Carcasan. [...] Con estas palabras Amón Belona obligó a las innumerables tribus a volver de nuevo por vuestros campos*” (Coripo, *Juanide*, VII, 515-520).

Y el fanatismo que empuja con terca sinrazón se instala para que el horrendo horno de la guerra no pierda fuelle: contra Dios nada valdrá, Dios nos sostiene y venceremos...

El moro advirtió:

“*No creas que nuestras tribus huyen, incluso si viniera el emperador y vaciara el orbe entero llevándolo a la guerra. [...] Porque ahora, Amón con seguridad nos concede batallas victoriosas mediante sus respuestas. ¿crees que el laguatan se retira con los suyos o que ha huido? Esto querriás general, pero no será ésta la voluntad de tus hados*”. Los oráculos moros han dicho: el moro que tenga valor ocupará para siempre los campos de Byzacena (aeterno tempore Mazax Bizacii campos magna virtute tenebit). (Coripo, *Juanide*, VII, 530-535)

Intolerancia contagiosa que, al final, arrojó en brazos del salvajismo incluso a los que antes no lo deseaban: El general Juan Troglita ordenó ejecutar a los prisioneros y así, afirmando irónicamente, en verdad los oráculos beréberes llevarán razón, porque al menos con sus osamentas quedarán, para siempre, en aquellas sufrientes tierras...

Entonces, desdeñando ensañarse por más tiempo contra las palabras del enloquecido, rompió el silencio de este modo: “*para que ocupéis de manera más segura estos campos nuestros*”. Ordenó acto seguido que se levantaran cinco tablas en una hilera y que los cuellos de los que iban a morir se suspendieran de una estaca de dos puntas. Precipitándose ante su orden, sus subordinados actuaron con rapidez. (Coripo, *Juanide*, VII 540)



Imagen de los vestigios de la Basílica de San Cipriano, en Cartago. Apenas nada resta de lo que sin duda fue una iglesia hermosa y bien concurrida de fieles durante siglos. Pero el obispo nos ha legado sus escritos, en los que se mezcla la fe pura de un cristianismo todavía “inocente” del poder, el latín de una civilización desarrollada y madura, así como el ecumenismo mediterráneo de hombres que se sentían miembros de una misma comunidad y nación, la romanía oriental y occidental, septentrional y meridional, que el prelado soñaba impregnada de religión.

9 Las campañas de Juan Troglita. II. Guerra en el desierto

En *Tripolitania* todavía restaba batir a otro importante grupo de beréberes, que se habían reforzado por entonces merced a una enésima oleada procedente de la Gran Sirta y del Sáhara argelino (**Partsch**, l.c. p. xxx). Este grupo había entrado hacia *Byzacena* y antes de que el gobernador de Leptis pudiera enviar aviso a la capital, los primeros jinetes pillaron los campos justo cuando los campesinos se aprestaban a recoger la cosecha (inicios del verano).

Sin conceder reposo a sus hombres, Juan “con una audacia que desde hacía mucho tiempo no conocían los generales bizantinos” (**Diehl**, *L'Afrique byzantine* t. II, pág. 373), marchó al encuentro de las hordas. A toda costa intentó evitar que el grueso de tales castigara la región en el momento más delicado del ciclo agrario. Y lo consiguió; el jefe Carcasan (“rey de los Ifuraces”), se volvió al desierto convencido de que allí en plena aridez no le seguirán. Pero Juan lo hizo. Coripo nos informa del convoy de agua y de las provisiones de la columna que marchaba ciega pero terca hacia el Sur, a pocas jornadas de los moros. Éstos tenían que entrar en el arenoso Erg Oriental y pronto los dos grupos sufrirían hambre, sed y enfermedad¹⁶.

¹⁶ “El cruel jinete saqueador devastaba ya las tierras de *Byzacena*. Pero el rumor del nombre de Juan los aterrorizó y los hizo retornar. Ya creen, llevados por el terror, que el general está encima y tiemblan porque le han conocido. Y no dudan en franquear las secas *Gadayas* (dunas) y los lugares funestos donde no hay modo alguno de ir o de vivir. Ninguna ave atraviesa volando el aire caliente por aquellos territorios.

Cuando el general se dio cuenta de que las tropas enemigas se habían retirado por el desierto atemorizadas, con su acostumbrado valor persigue a los que huyen, penetrando con más ímpetu en las calientes arenas de la tierra sedienta... Pero a lo lejos, vagaba el ilaguas extenuado y sediento por los áridos campos, sin poder soportar ya tantas fatigas ni el hambre cruel. No hay ninguna posibilidad de salvación y ningún camino se les muestra. Detrás estaba Juan, delante el

La maniobra de Juan fue genial: después de tensar el hilo hasta el límite, los romanos consiguieron retornar antes que sus enemigos, reponerse ligeramente y esperarles en el estrecho paso que separa la llanura de Matmata y el mar, único entorno que permitía volver a los nómadas sobre territorio bizantino sin morir por falta de líquido. Parece ser que en lugar de salir hacia el sur, los nómadas retornaron al norte, seguramente creyendo que los soldados imperiales no serían capaces de hacerles frente y suponiendo que el camino hacia los ricos valles estarían de nuevo abiertos.

Los beréberes, con la fuerza mixta de la avaricia y la desesperación, arrastrando tras de sí a sus maltrechas familias, aparecieron en el punto deseado, tras lo cual se inició, sin preámbulos, un inesperado combate. Por ambas partes hubo desfallecimiento y Troglita vio escaparse la oportunidad porque los milites eran incapaces de reponerse; bien en verdad parecía que se les había pedido demasiado. Tuvieron que replegarse a una segunda línea de defensa en la provincia, dejando algunas guarniciones en las principales fortalezas de la frontera.

El caso era que se trataba de una situación de “tablas”, con la que al menos, se logró salvar la cosecha y mantener la vida normal en el corazón tripolitano porque, temerosos de verse con destacamentos armados romanos por delante y detrás, los beréberes evitaron invadir el territorio. Ello les significó quedar acantonados en aquel pre-desierto, esperando mejores circunstancias.

Las fatigas habían sido muy grandes. Juan decidió retornar a Cartago y preparar una nueva campaña para los meses siguientes. Tenía “fijados” a los moros y ahora le quedaba poder reunir los efectivos suficientes para liquidar la cuestión, o al menos acabar con los más peligrosos y mirar de establecer pactos con los mejor avenidos. No perdía de vista la delicada situación general con la que debía lidiar.

10

Las campañas de Juan Troglita. III. La gran victoria de los “Campos de Catón”

La verdad es que el general bizantino, contando sólo con la reserva romano-africana depauperada y sin hábito militar desde hacía más de un siglo, no fue capaz de reforzar el ejército. Las unidades tuvieron que restar como antes, con las bajas sin cubrir. Se impuso la flexibilidad y cierta improvisación, aún cuando fuera peligrosa. Se establecieron tratos con Ifisdaias, lo que permitió a Troglita sumar, como “auxiliares”, a los hombres de su, hasta hacía muy poco, duro enemigo.

En la primavera del 548, Juan marchó a través de un país devastado para llegar a la llanura de Mamma. Iba con un ojo delante y otro detrás, vigilante sobre sus propios “aliados”. Buscaba a las peligrosas tribus de Carcasan, que en aquel momento se

excesivo calor del sol. Por todas partes la tribu tenía la muerte ante sus ojos y no es posible avanzar ni emprender la retirada...” (Coripo, Juánide, VI, 435-440).

cobijaban en el macizo montañoso, en las lindes de *Byzacena*. No sin sortear amagos de indisciplina y traición, sólo con sus hombres regulares se llegó hasta un lugar llamado “los Campos de Catón”, al pie del refugio moro.

De repente éstos desencadenaron una alocada batalla, tal vez esperando en una sola jornada intentar salvar su vida y su etnia. Los bizantinos se arrojaron a la lucha quizá con la misma premisa. Por eso no hubo cuartel ni prisioneros. Los infantes resistieron a línea cerrada la embestida. Los coraceros giraron evitando el grueso del enemigo y cayeron sobre el campamento base de los beduinos, que dejaron reducido a cenizas. Cuando los jinetes ligeros quisieron volver para ayudar a sus próximos les despidió una lluvia de flechas. Las bajas para ambos contendientes fueron enormes. Murieron la mayor parte de los oficiales por un lado y todos los jefes por el otro, incluido Carcasan, cuya cabeza, insertada en una pica, entró en Cartago al frente del desfile triunfal. Soldados exhaustos, unos pocos, fueron recibidos por ciudadanos que apenas podían creer en la victoria de la que, sin embargo, daban testimonio la masa de hermanos liberados y los despojos ennegrecidos que habían pertenecido a los crueles enemigos del desierto.

Por primera vez en casi un lustro, no hubo temor a inminentes razias en África. Los demás moros, enterados de tan luctuosas noticias, corrieron a pedir audiencia y “*foedus*” con el gobernador. Ello pese a que, sin duda ninguna, tenían aún mucha más fuerza de la que creían. Sobre todo comparada con la debilidad que socavaba el cuerpo de la romanía africana.

11

Balance del gobierno de Juan Troglitas después de los “Campos de Catón”

El triunfo en “los Campos de Catón” tuvo resultados felices y arrojó un poco de luz sobre el futuro de las posesiones bizantinas en África. En lo inmediato permitió una mejor cohesión y solidez, sin mencionar las casi dos décadas de absoluta paz que disfrutarían a partir de entonces los sufridos habitantes. Entre otras razones porque aquella habilidad militar se sumó a otra fase político-administrativa hábil y adecuada a una nueva realidad que, para mal sin duda de la civilización, se había impuesto desde el final del periodo vándalo en África. Fueron ciertas aquella “fuerza y sensatez” que el cronista asocia con el “vengador de Africa”¹⁷.

El general entendió que la fuerza de la romanía no era, ni lo sería ya nunca, suficiente para expulsar totalmente la ola bereber. Se imponía un ejercicio de pragmatismo para buscar el mejor equilibrio posible. Seguramente Troglita conocía la

¹⁷ “*Así se hunde África, sucumbiendo, sin ser vengada, entre tantos saqueos. Socórrela en su aflicción, pues te es posible: tu valor es ya famoso en el mundo entero y tu fuerza y sensatez permanecen alertas en tus ilustres hazañas*” (Coripo, Juánide, IV, 245).

problemática paralela en los Balcanes, en particular en la *Iliria*. Los eslavos, igual de correosos y llegados casi a la vez o poco después que los beréberes, estaban intentando ser reducidos a territorios delimitados. Tendría por tanto buen cuidado de que la mayoría poblacional en las diferentes comarcas, sobremanera las más ricas, fuera romana y de que en el gobierno y la milicia predominaran éstos. Si no podía desarmar a los bárbaros, al menos los atemorizaría bastante para aplacarlos.

En el 552, África estaba tan tranquila y segura como para que el excelente estratega, y no peor táctico, trasladara a *Cerdeña* y *Córcega* algunas tropas con misión de expulsar a los ostrogodos de Totila. Con toda probabilidad falleció poco después de esa fecha y su cuerpo recibió sepultura en alguna iglesia, tal vez la catedral, de Cartago. Puede que sea alguna de las más notables, entre los cientos que se han encontrado en las modernas excavaciones.

El periodo de Justino II (565-578)

12

Justino II y el patricio Tomás. Una esperanza renovada.

Hasta el año 569-570, la tranquilidad fue, en general, la regla en el África romano-bizantina. Ciertamente es que hubo tensiones religiosas entre Justiniano y los obispos de la provincia (junto a muchos otros de todo el Imperio) por causa de ciertas veleidades de orden teórico-teológicas de las que hizo gala el anciano augusto¹⁸. Pero la paz social y exterior se mantuvieron y, con esfuerzo, una nueva generación se pudo ver libre de la feroz y dañina guerra. Los moros en vías de integración se mantuvieron en sus reservas, asumiendo poco a poco los modos económico-culturales del sedentarismo. Incluso los más aventajados, aceptando una beneficiosa cristianización, antesala junto a la lengua (que hubiera requerido de bastantes más generaciones) de la romanización en aquellos tiempos.

El sistema que tejió un líder clarividente como Juan Troglita sólo se vio puesto en relativo y limitado peligro cuando otro gobernador, Juan Rogatinos, en el año 563 cometió la enorme torpeza y la aún mayor injusticia de asesinar al viejo Coutsina cuando acudía a la capital para cobrar la subvención, que para él y los suyos había resultado en pago a los servicios prestados. Sus deudos se levantaron, dirigidos por el hijo y volvieron de nuevo algunos disturbios. Parece, no obstante, que fueron mucho más leves que antaño y afectaron sólo a la comarca sur de *Numidia*. El inútil sucesor de Troglita fue apartado del mando y el tribuno Marciano, sobrino del emperador, al mando de las tropas de guarnición, pudo pronto terminar con el problema.

¹⁸ Se trata de la llamada "*Querrela de los Tres Capítulos*".

En noviembre del año 565 falleció el gran Justiniano y accedió al poder Justino II (565-578), hombre resuelto y bien dotado que, como es habitual en los relevos que se hacen esperar, pretendió cambiar muchas cosas, casi todas. Y con un criterio mucho más agresivo; sabido es que rompió viejos pactos, negándose a abonar tributos a los persas y tribus exteriores en el Danubio, que se guardaban de hacer la guerra virtud a ellas. A la postre resultaría un craso error.

Desde luego, la política africana sería objeto de su atención preferente. Por fortuna gozaba de la mejor influencia en este caso, porque había nombrado ministro de su máxima confianza en la cancillería de Constantinopla a un africano, el patricio Anastasio; quién a su vez elevó a la prefectura regional a un inteligente gestor, Tomás, cuya actuación sería impecable¹⁹.

El sistema de defensa fue renovado. Hoy se distingue su obra en las ciudadelas que se elevan con gran visión estratégica en el transcurso de las vías principales, por ejemplo aquellas que desde Teveste y Cirta confluían para llegar al valle de Medjerda²⁰. Y aún más importante, más allá de las fronteras protegidas se hizo proselitismo religioso entre los garamantes de Fezan y los gétulos al sur de la *Cesariana*, con cierto éxito.

La administración se reformó también buscando eficiencia y mejor control. Las magistraturas fueron de obtención gratuita, para evitar el nepotismo y la corrupción; la percepción de impuestos delegada a las ciudades y, a sabiendas de la función verdaderamente de sostén popular que ejercía el clero, en particular los sacerdotes de a pie, se les autorizó a enviar, directamente, cuantas reclamaciones o prevengos quisieran, a las oficinas imperiales centrales, para que, como decía la ley emitida al respecto, “*nos, conociendo la verdad, decidamos lo que conviene hacer*”, (**Zacarias**, III, 9-10, año 568).

13

Algunas consideraciones sobre la economía y la sociedad africanas de la época

SOCIEDAD

La división clásica de la sociedad romana en tres grandes grupos, los *possessores* u *honorati*, de gran riqueza; los *decuriones*, *curiales* o *equites*, de recursos económicos medios, y la *plebei*, amplia masa pobre aunque libre; que se había mantenido en equilibrio con éxito relativo durante el Alto Imperio, sufrió una poco saludable mutación en la época previa a Diocleciano y Constantino. Los *equites* declinaron,

¹⁹ Aún recién iniciado este periodo, el mismo cronista de las guerras, poco antes de morir en Constantinopla, lo saluda con mucha esperanza; por medio de ellos “África consolidaba su esperanza de vida” (**Coripo**, *Panegírico de Justino II*, I, 18-21).

²⁰ Se conservan, entre otros, los vestigios de Tubursicum Bure, (Teboursouk), Agbia, (Aïn-Hedja) y Tignica, (Aïn-Tounga).

sometidos a una relativa mayor presión fiscal que el resto, disparándose una polaridad indeseable, ricos y pobres, de la que sólo se derivaron inconvenientes.

Si bien en el África, a juzgar por la pujanza de las ciudades y su economía, no pareció incidir tan profundamente dicha crisis, de algún modo fue inevitable la dicotomización social. La invasión vándala quebrantó a los *honorati* pero seguramente también asestó otro gran golpe a los *curiales*. La reentrada romana de la mano bizantina supuso una restitución de unos y otros, aunque no hay duda de que la clase media lo iba a conseguir en mucha menor medida, causa última de la impotencia final de la sociedad²¹.

Veamos a continuación, en detalle, cada capa del estrato social africano de la época:

Los Possessores

Como en el resto de la romanía, el *ordo senatorius*, la clase de los senadores era la categoría social de mayor rango. No hay duda que la tiranía de los vándalos había hecho mucho daño a esta clase, pero no es menos cierto que sobrevivió y que muchos retornaron desde el exilio en Galia, Sicilia, Cerdeña, Italia y, sobre todo, Constantinopla (muy ilustrativa es la lista de obispos ofrecida por Victor de Vita). Eran propietarios de *vialle* y de predios y por tanto gozaban de ingentes rentas. Algunos, no pocos, eran de hecho “*multi propietarios*” en diversas regiones y diócesis²².

Por supuesto, se trataba de una clase de ideología muy tradicionalista y aunque los ejemplos de cristianismo son a veces deslumbrantes, la persistencia entre ellos de paganos no fue algo raro, incluso a finales del siglo VI. Algunos, como el ministro Anastasio en época de Justino II, alcanzaron puestos de máxima responsabilidad en el gobierno central bizantino y, como es más de entender, también en la prefectura primero y el exarcado después.

Los Curiales

Los propietarios medios, aquéllos que poseían terrenos en torno a los XXV iugera (unas 6'5 hectáreas), habían constituido el verdadero corazón del África romana (San Agustín procedería de una de estas familias). No eran una clase homogénea. Los más destacados eran los *optimates* (“*principales*”), que solían conformar la élite urbana, magistrados locales, sacerdotes de culto pagano primero y cristiano después,

²¹ No sólo medidas políticas desacertadas en el marco de una evolución general del mundo romano, fenómeno muy complejo, también la guerra mora fue principal factor etiológico de la asfixia de los curiales en la región. Éstos perdían su cosecha modesta y estaban abocados a la ruina; en muchos casos vendían la tierra a los *possessores*, los únicos que aguantaban, protegidos en la ciudad, las terribles razias. Los artesanos que exportaban por vía marítima continuaron su actividad, incluso conocieron alguna época dorada con Bizancio, pero aquellos que dependían de las caravanas por el interior hacia Cirenaica y Egipto se hundieron sin remisión.

²² La misma Egeria, famosa hispana por su viaje a Tierra Santa, tenía fincas en el África. Otros ejemplos muy notables son el de Santa Melania la Joven y los Valerii, casta que distribuía sus posesiones desde Roma a Tingitana y Cesariana (Melania sería un nombre muy propio de la Tingitana romana y cristiana) (Alföldy, G: *Römische Sozialgeschichte Wiesbaden*, 1984, págs: 259-260).

se generaban entre sus vástagos segundos, que no era habitual heredaran tierra pero sí cultura.

Ha aparecido un gran número de tumbas de época bizantina que se circunscriben a curiales. Ello implica una permanencia tenaz pese a sucesivos infortunios. Los modernos estudios, que datan cronológicamente con mucha mayor precisión, permiten señalar, sin margen de error, esos periodos de paz y aquéllos difíciles, cuando la provincia se resentía por la acometida bárbara, principalmente en las áreas fronterizas²³.

Los Negotiatores y Mercatores

Los *negotiatores* (comerciantes ricos) conformaban un grupo no bien ubicado; sin llegar al rango curial tampoco eran plebeyos. Con problemas en la época vándala, se reanimaría su actividad llegado Bizancio, aunque muchos ahora debían ser de origen oriental y no pocos judíos²⁴.

La Plebs Urbana

Artesanos, pequeños comerciantes, burócratas o empleados de las oficinas y el proletariado urbano engrosaban el grupo de los “*plebeyos urbanos*”. Sacudidos por terribles convulsiones en el siglo V y a lo largo del VI verían disminuir su patrimonio y capacidad de forma drástica. Se puede percibir el empobrecimiento de poblaciones antes acomodadas en casi todas las ciudades del África²⁵.

La Plebs Rusticana

Constituyendo la mayor parte del conjunto poblacional, los “*plebeyos rústicos*” incluían campesinos libres con pequeñas propiedades, jornaleros estacionales y colonos que tenían arrendadas parcelas de grandes terratenientes. Se les aplicaban impuestos en especie (*annona*), además de la dolorosa *capitatio*, una tasa individual que se sumaba a las cargas impuestas por los dueños.

Desde el siglo IV hay una decidida tendencia a engrosar el colonato en detrimento de los libres, algo común en todo el Imperio, y las medidas de los emperadores bizantinos no parecen haber cambiado la cuestión; salvo en el primer y

²³ Así, en Tingitana puede verse que una ciudad meridional como Volúbilis reduce el lujo de sus enterramientos, mientras que al Norte, en Tingi, (Tánger) o en otras de mayor índice de seguridad, como la guarnicionada Sala; se consumen sarcófagos de plomo y mármol, a veces facturados en talleres muy lejanos, hasta de la propia Roma.

²⁴ De nuevo en Volúbilis, desde el siglo IV, se comprueba la presencia de una comunidad hebrea comercial muy significativa. Allí, Teofanes y el patriarca Niceforo señalan a un tal Cecilius como protopolites o primer ciudadano (*primus civitates*), encargado de recaudar la *collatio lustralis* o impuesto urbano pagado cada 5 años.

²⁵ En Septem (Ceuta), los trabajadores de las salazones serán enterrados apenas sin ajuar y en simples tumbas cubiertas por pizarras o restos de ánforas, en basílicas cristianas y cementerios adjuntos donde también se pone de manifiesto gran precariedad. Por supuesto, los ciudadanos pobres de ciudades con más empaque, como Cartago o Leptis, aguantarán mucho mejor.

decisivo momento de la reconquista, con un Justiniano muy preocupado por la paz social.

Los Esclavos

Aunque no parece haberse sostenido una cifra sustancial de esclavos en el África bizantina, hay muchas señales de que existieron en número significativo ocupados en determinadas tareas hasta el final. Sirvientes domésticos y agrícolas cuya condición seguramente no era peor, o tal vez aún era mejor, que las de los colonos o el proletariado urbano.

Los Extranjeros en Foedus: tribus beréberes

En los periodos de paz, las tribus beréberes, organizadas en clanes, permanecían bajo control en comarcas limitadas, en general montañosas o sobre todo, en las llanuras áridas al borde del limes. Sin duda ocuparon cada vez espacios más amplios, aprovechando el abandono por parte de los romanos y/o la destrucción de poblados y cultivos.

Estaban organizados y regidos por sus propias élites y las actividades básicas parecen haber sido el pastoreo, la venta de esclavos y la nunca renunciada rapiña. Grupos “peregrinos” surgían y desaparecían con cierta facilidad, en virtud a un nomadismo que ocupaba un amplísimo pre-desierto y que se conectaba con el desierto y aún más allá. Durante los siglos bizantinos, los “moros” parecen haber tornado en muchas ocasiones hasta sus lugares de origen en Nubia y Chad.

El caso del Colonato

Aunque se ha repetido hasta la saciedad y sin ningún fundamento aportado por vía alguna que el dominio bizantino había agudizado la concentración y el colonato, parece que la verdad fue precisamente la verificación de un fenómeno contrario.

Los fortines que Justiniano mandó construir, muchos y no lejos unos de otros, tenían por objeto dar refugio a campesinos libres que vivían en pequeñas aldeas (*Cod. Just. I, 27, 2,4*), asentamientos cuyos humildes vestigios se han estudiado ahora obteniendo valiosas piezas y fidedigna información sobre la vida en tales, entre los siglos VI y VII. En el mismo sentido apunta la re-creación de las tropas limitanei, encargadas a la vez de la vigilancia fronteriza y de volver a poner en función las tierras abandonadas (*Cod. Just. I, 27, 2, 8*).

Es más, pese a la presión de los *possessores* que demandaban no sólo la restitución de las tierras sino también que se obligara a los colonos a volver (aquellos que durante el periodo anárquico entre la caída vándala y el afianzamiento de la autoridad imperial habían abandonado), el emperador decretó que los *servi rustici* y *coloni* conservaran su libertad. Y, tal vez decidido a subrayar el carácter “liberador” de la reconquista, se atrevió a ir más lejos, fijando por ley en el 533 que los hijos de un matrimonio mixto, *adscriitus* y *liber*, eran libres y el “colonato” a decidir.

En época de Justino II, hacia el 570, se volvió a considerar África igual a las otras provincias, lo cual puede entenderse como prueba de que se había alcanzado la “normalidad”. Por ende se anularon las disposiciones especiales anteriores; para cargar sobre los siervos y colonos la obligatoriedad de trabajar siempre la misma parcela. Tiberio en el 582 confirmó idéntica normativa que, sin duda, buscaba frenar el abandono de los campos.

Es notorio cómo las guerras moras de la primera mitad del siglo VI incidieron mucho en *Byzacena* y menos en las otras provincias. La población sufrió, añadida la peste, un brutal desplome. Prueba indudable es la reducción de obispados que se reflejan en distintas listas; pasando a menos de la mitad desde finales del V al último tercio del VI. No obstante parece que algo pudo recuperarse, porque justo un siglo después el patricio Gregorio intentó apoyarse en estos hombres y fijar su capital aquí en aquel intento descabellado de independizarse cuando llegaban los califales.

No hay ninguna duda de que los árabes pudieron ver signos tangibles de prosperidad, incluso en la castigada *Byzacena*. Sus citas aluden todavía a grandes extensiones de olivos, ya sin cuidar es cierto, y “*restos innumerables de aceiteras donde los frutos eran transformados*” (**Ibn Abd-el-Hakem en Ibn Khaldum**, trad. Slane, I, pág. 306). De hecho sólo a finales del siglo VII es cuando la región sucumbe en la ruina completa, al sentir de Diehl y Bourde, coincidiendo con el golpe postrero que le infligió la invasión hilaliana (**Diehl, *l’afrique byzantine***, t. II, pág. 403). Algo comparable al resto, desde Tripolitania a la Tingitana, la última en ceder. Las fotografías aéreas de comarcas como Cherchel, Melilla, y los alrededores de Sierra Bullones no engañan: allí hubo una vegetación y cultivos prósperos en tiempos pre-musulmanes, aunque hoy se levante el polvo a cada pisada.

ECONOMIA

En el África bizantina persistía, en la medida que los acontecimientos bélicos lo autorizaron, una economía agrícola principalmente binaria, arboricultura y cerealocultura; a las que se sumaban un importante comercio exportador de todo ello y también de otras manufacturas que sobresalían dentro del mundo mediterráneo.

Discrepan los autores sobre la riqueza general y el nivel de vida de la población, en un abanico que va desde las visiones pesimistas de Courtois o Diehl hasta las modernas de Février que, en base a excavaciones, se deslizan hacia una visión mucho más halagüeña, tanto como para poder hablar de un “renacimiento bizantino” del África.

Lo cierto es que en toda la antigüedad, durante un periodo de 5 siglos, las fuentes y el análisis de los restos arqueológicos dan testimonio de una apabullante prosperidad. Que cede, aunque no desaparece, en la vandaloocracia y que, al parecer, se mantiene más de lo que se pensaba antes en tiempos de Bizancio.



En este hermoso mosaico se muestra un jornalero del campo (¿siglos V-VI?), con detalles que permiten “ver” tal época y trabajo (el arado y siembra a principios del invierno), incluido el esfuerzo humano (la disposición física) que ello implicaba. Se encontró en la antigua CESAREA (Cherchel, República de Argelia).

Hacia el siglo I a.C., a comienzos del periodo romano, la economía se basaba en el cereal y la provincia era “annonaria” y de monocultivo hasta la era *flaviana*, cuando la Lex Manciana señaló una nueva carta geo-agrícola para la zona. Las altas estepas (el “Sahel tunecino”), y una buena parte de la *Byzacena* junto a la *Zeugitana* o *Proconsular meridional* se dedicaron a partir de entonces al olivo intensivo. Coriponos informa de que los ejércitos bizantinos “caminaban a la sombra que multiplicaban las espesuras arbóreas”, un manto verde que aún cronistas árabes como Ibn Idhari y An-Nuwairi vieron desplegarse desde Trípoli hasta Tánger²⁶.

La viña predominaba en el sur de la *Byzacena* y al lado de ella también se hacía mucho aprovechamiento de la higuera, los almendros, el pistacho y el granado. En compañía de la palmera datilera que, como en la actualidad, abundaba en Tusurus (Tozeur), Tacape (Gabes), Capsa (Gafsa), Tiger (Tagyus) y en Turris Tamalleni (Telmene). Por supuesto, los huertos alrededor de las ciudades tampoco faltaban en ningún caso.

La ganadería se centraba en gallinas, cabras, ovejas y equinos, estabulada o reducida en recintos. La pesca y las salazones ocupaban un lugar privilegiado en la costa tingitana y atlántica donde ciudades como Septem (Ceuta) y Tingi (Tánger), tenían en ello una arcaica y beneficiosa fuente de vida.

No hay duda tampoco de que el artesanado africano disfrutó de buenos días en la férula bizantina. Arquitectos y maestros constructores han dejado legión de pruebas de ello, por no hablar de los mosaicistas, cuyos hermosos trabajos desenterramos ahora bajo la arena del desierto. Al igual que la cerámica, en particular la producción de ánforas que viajaban a Marsella y Tarragona aún en el siglo VII.

²⁶ Es muy difícil imaginar hoy tal realidad, a la vista del terreno árido y deforestado; pero el triunfo del nomadismo y la desaparición de los cuidados campesinos imprescindibles y de las infraestructuras, en particular la ingeniería acuífera, fueron causas de semejante transformación.

Con todo, el grano siempre será muy importante, se exportará a Constantinopla en cantidades muy notables al menos hasta el reinado de Heraclio.

En resumen, un mundo vivo aunque amenazado que, a cada avance de la investigación, quiere proclamar su mejor condición y ganas de sobrevivir entre los siglos V y VII.

14 La amenaza altavo-visigoda

Considerando todo el vasto Imperio, Justino II tuvo que hacer frente a una terrible concatenación de agresiones. Los ávaros avanzaban desde el Norte, a sangre y fuego, los lombardos con la misma violencia asaltaban Italia y los persas insistían en una guerra intermitente sobre la frontera oriental. Por fortuna, en África y las demás posesiones del poniente, la situación estaba relativamente tranquila.

Los moros Laguatan habían abandonado el territorio africano y después de lanzar alguna incursión en *Cirenaica* crearon problemas en *Egipto* hacia el 582. Pero esas regiones estaban más consolidadas y respondían con medios autóctonos a los bárbaros “peregrinos”. Los Garamantes, al sur de *Tripolitania* y *Numidia* se convirtieron oficialmente al cristianismo y firmaron una alianza con la romanía. No es de extrañar que numerosas tropas desde aquellas tierras de Occidente se trasladaran para reforzar los frentes amenazados al Oriente.

Esta tesitura no tardaría en ser vista y aprovechada por el reino visigodo de Hispania, que contaría con el apoyo del que restaba único problema en África: el también “reino” o autonomía mauretano-romana con capital en Altava y dirigido entonces por un líder ambicioso llamado Garmul.

Leovigildo atacó y tomó Assido (Medina Sidonia) en el 570, una operación que apuntaba sin disimulo hacia el Estrecho. Una dinámica que encajaba con las operaciones “altavas” que se dirigían en dos direcciones simultáneas; por un lado expediciones de castigo y razia (“piratería”), sobre las Islas Baleares (incluso alcanzando las costas de Provenza, según recoge el cronista Mario de Avenches) y por otro golpeaban el territorio tingitano. Así puede entenderse la muerte en el 569 de Teodoro, al año siguiente la del general Teoctistos y aún en el 571 aquella de Amabilis, (hechos sólo señalados por Juan de Bícclaro, un obispo de Gerona en la ideología-patriotismo germano, que no simpatizaba precisamente con los bizantinos, por lo que cabe entender cierta “exageración” en los altisonantes cargos que se asegura tenían los derrotados)²⁷.

Pese a tales, los avances de los hombres de Garmul y de los visigodos fueron muy limitados. Todo apunta a que los bizantinos se ciñeron a una bien planificada defensa, que culminaría con éxito y sin menoscabo significativo de sus posesiones. Sabemos que Septem (Ceuta), aumentó su densidad poblacional entre el 560 y el 575,

²⁷ Juan de Bícclaro, ed. Mommsen, MGH, a.a., t. XI, pág. 212)

posible signo de una concentración romana que buscaba asegurar un área vital entre dos enemigos peligrosos que pretendían confluir y actuar de común acuerdo. Los godos quedaron empantanados en el bajo Guadalquivir (también fracasaron ante Malaca), y los “altavares” no lograron hacerse con ninguna ciudad importante.

La actividad diplomática de Bizancio sería otra vía de respuesta, tan eficaz como siempre. De algún modo los imperiales consiguieron que en el norte peninsular los indómitos hispano-romanos libres en las regiones astur-santanderinas y los vascones crearan problemas. A la muerte de Liuva, los godos dejaron por fin de atacar en el Sur.

En el año 574, un Justino II exhausto (seguramente roto por una crisis neurovegetativa generada por el estrés) decidía retirarse y traspasar el poder al jefe de su guardia: Tiberio Constantino.

El periodo de Tiberio Constantino (578-582)

15

La destrucción del reino de Altava (577-578)

La década de los setenta en el siglo VI es un periodo de reacción y éxito en el África bizantina. Pese a las dificultades en el frente persa, Italia y los Balcanes; exarcas y tribunos se sintieron lo suficientemente fuertes como para intentar reafirmar allí la romanidad. Y retomar la iniciativa con una importantísima tarea: destruir el reino de Altava y dar término a la amenaza permanente que suponía su orgullosa independencia, aliada secular de los visigodos.

Aunque concentrando los mayores esfuerzos en el frente persa²⁸, que sabía el más importante, no olvidó Tiberio I Constantino (578-582) el Occidente. Con este fin delegó en excelentes gestores. Uno civil, Tomás, como Prefecto del Pretorio, que ya había servido en el cargo entre el 565 y 570 y otro militar, Gennadio, que también daría sobradas pruebas de eficiencia. Tanto que será en el corto tiempo de este emperador cuando se obtenga un brillante avance: la victoria total sobre Garmul, que vino a ampliar la Diócesis, dando unidad y mayor coherencia al territorio gracias a la seguridad en el corredor terrestre entre la *Cesariana* y la *Tingitana*.

Pocas dudas cabían que el reino mauretano-romano de Altava significaba un peligro estratégico de primer orden. Las jornadas del 570-571 lo habían puesto bien de manifiesto y cualquier otro intervalo de colaboración y nominal sumisión dejaban paso

²⁸ En el 573 se habían perdido las fortalezas de Dara y Apamea. El mismo Tiberio como general y un joven Mauricio en el mismo rango se vieron obligados a fajarse duro para contener al enemigo. En el 578, éste último capturó la fortaleza de Afumón y avanzó hasta obligar al basileo persa a solicitar una tregua. Aunque no faltaron las angustias, ese mismo año los avaros y eslavos causaron la desolación en Tracia.

a la incertidumbre de una siempre posible hostilidad amparada y en sincronía con la potencia visigoda de Hispania.

Siete años tardaron los bizantinos en retomar la iniciativa y solucionar de una vez por todas, la incómoda cuña sita entre sus territorios al sur de Cesarea mauritana. Si parece que la preparación fue lenta y minuciosa, la campaña del general Gennadio una vez desatada fue fulminante. Y eso pese a que la capacidad defensiva de los “altavanos” debió ser notable, muchos oriundos latinos y buenos conocedores del terreno con unidades que seguían los criterios de la guerra técnica. A los que se sumarían algunas tribus moras del sur del actual Marruecos, en número difícil de precisar pero importante. Tal vez el bizantino optó por el terror (ahora era posible devastar, no luchaba sólo contra moros nómadas) y tras acorralar a Garmul, “*fortíssimus rex*” consiguió destruir su ejército y darle muerte²⁹.

La victoria fue muy importante y tuvo gran difusión; su eco llegaría hasta lejanos rincones y no sólo al círculo informado de Constantinopla. Ahora no se trataba de una batalla contra nómadas sin patria ni cultura, era un triunfo sobre lo que casi se tenía por un Estado, con territorio y estructura de tal.

El periodo de Mauricio (582-602)

16

La creación del exarcado de África

El general Gennadio quedó al mando de las tropas de África durante largo tiempo. Y, en la estela de Juan Troglita, no dudó en perseguir más allá del limes a los bárbaros. Hacia el 590 sabemos que atacó a ciertas tribus sitas muy al Sur, tal vez en la región allende de la *Tripolitania*, para prevenir algún raid y a la vez imponer la presencia entre ellos de misioneros, clara intención de pacificar y preparar el camino de unas entidades semi-civilizadas que hicieran de colchón³⁰.

Sabemos que el emperador Mauricio puso en marcha una importante reforma administrativa, la creación de los *exarcados*, territorios “ultramarinos”, caracterizados por una especial autonomía de funcionamiento, de cara a agilizar las decisiones y adaptarlas mejor a las situaciones propias de cada territorio; bajo el mando unificado

²⁹ “*Gennadius magister militum in Africa mauros vastat, Garmulen fortissimum regem, qui iam tres duces superius nominatus Romani exercitus interfecerat, bello superat et ipsum regem gladio interficit*” (Juan de Biclario, *Chronica minora saec. ed. Mommsen*, pág. 215)

³⁰ El Papa San Gregorio Magno felicitó por todo ello al general bizantino, en una carta que se ha conservado: “*Os felicitamos por extender la República en la cual se honra a Dios, de tal suerte que el nombre de Cristo se expande todo alrededor por medio de la predicación de la fe entre las naciones sometidas. Rogamos a Nuestro Señor y Salvador que proteja a vuestra eminencia en su misericordia, para ayuda de la Santa República, que otorgue a vuestro brazo más y más fuerza para propagar su nombre a través de las naciones vecinas*” (Gregorio el Grande, *Letras*, I, 73, ed.. P. Minard).

de un exarca³¹. Tal medida, de profundo calado, apostaba por la descentralización y la eficiencia, aunque se arriesgaba a la secesión que será su peligroso “talón de Aquiles”. Las antiguas provincias de cada Diócesis ahora se denominarán eparquías y éstas también sufrirán alguna modificación.

Un texto del obispo Jorge de Chipre que data de los primeros años del siglo VII sirve para conocer la estructura provincial del Imperio bizantino a tal fecha (**Jorge de Chipre**, *Descriptio Orbis Romani*, ed. Gelzer).

Tripolitania pasó a depender de *Egipto* (al igual que ya ocurría con Cirenaica), la *Sitifisiana* y *Cesariana* se unificaron en la *Mauritania I* y el conjunto de la *Tingitana* con las *Baleares* y *Spania* (territorios de Hispania) pasaba a denominarse *Mauritania II*, fijando ahora su capital a la ciudad de Septem (Ceuta), mejor constituida que las clásicas Tingi (Tánger) y Cartago Espartaria (Cartagena). No es extraño que en un escrito de la época, el Anónimo de Ravena, a esta región se la denomine Mauritania Gaditana o Hispana).

En suma y siguiendo a Diehl, el África bizantina, tras el establecimiento del régimen de exarcado, se configuró en 6 regiones o eparquias (con sus correspondencias a estados actuales):

1. *Proconsular* (Túnez)
2. *Byzacena* (Túnez- norte de Argelia)
3. *Numidia* (norte de Argelia)
4. *Mauritania I* (area norte entre Argelia y Marruecos)
5. *Mauritania II Pars hispánica*, (sur peninsular, Ceuta, Melilla, norte de Marruecos e islas baleares)
6. *Cerdeña y Córcega* (también incluía la importante base de Malta).

Gracias al mismo prelado chipriota sabemos con precisión que los límites exteriores del exarcado seguían siendo los mismos que en el periodo de Justiniano I y, por ende, cabe estar seguros de que nada había perdido Bizancio.

No hay seguridad de la fecha en la que se estableció oficialmente, pero la primera mención al exarcado africano data del año 591, asumiendo Gennadio como primer titular.

17

La época dorada: Heraclio el Viejo, y su hijo homónimo, el Joven

³¹ Personaje del mayor rango posible (un *patricius gloriosus/gloriosissimus*), que aúna en su persona los antiguos cargos de *Magister Militum* (jefe militar) y Prefecto del Pretorio (máxima autoridad civil), un verdadero vice-emperador en el área que sólo responde ante el augusto en Constantinopla.

En el año 600, el emperador Mauricio eligió como exarca de África a un veterano general llamado Heraclio. De origen discutido (tal vez nacido en Capadocia), era un hombre muy capaz que había participado en las guerras persas ya desde la década del 580.

Heraclio se trasladó a su nuevo puesto con toda su familia que incluía un hermano, Gregorio, un sobrino, Nicetas, y un hijo también de nombre Heraclio, al que para distinguirlo se le añadirá el sobrenombre de “el Joven”. Todos estos varones servían en la carrera militar y llegarían a tener un enorme protagonismo en la historia bizantina de los decenios a seguir.

África era entonces una región pacificada y próspera, en los términos relativos a aquel periodo mediterráneo-bizantino³². Gozaba de mucha mejor situación, desde luego, que unos Balcanes infestados de bandas eslavas y que una Mesopotamia o Armenia en la perenne incertidumbre de la guerra con Persia.

La agricultura había renacido, las obras llevadas a cabo habían conseguido rehabilitar los sistemas de irrigación. La pesca y las salazones estaban a pleno rendimiento. Las vías interiores eran seguras y el comercio por mar (transportando grano, aceite y vino hasta Italia y el Oriente), disfrutaba de un nuevo auge. El monetario no sólo se atesoraba también corría por causa de oferta y demanda³³. Las letras africanas volvían a señalarse entre los eruditos de la romanía. Incluso la vieja élite podía disfrutar de un bucólico “*faire niente*” en villas lúdicas para fin de semana como en los añorados siglos del Bajo Imperio.

La familia heráclida, por más que se insista en un dudoso origen armenio parece haber sido, al menos, bilingüe. Muchos tracios habían sido enviados como *magister millitum* al Occidente, con toda seguridad debido a su dominio “natural” del latín; y lo más razonable es que esa norma “el conocimiento de la lengua vernácula en el exarcado” no se rompiera en este caso. Máxime cuando el exarca conectó pronto y muy bien con los ciudadanos a los que agradó incluso su onomástica³⁴. Ejerciendo con un acierto tan pleno como continuado y terminando por sentir tanto aquella tierra que, a pesar de que su hijo llegaría a ser emperador en Constantinopla, aquel Heraclio el Viejo nunca abandonará ya su puesto y hogar en Cartago para morir y ser enterrado en la basílica de la Teótocos, donde tantas veces habría asistido a los oficios y a las más gozosas ceremonias de una vida familiar que parece haber respondido plenamente al arquetipo cristiano. Todo su largo mandato, más de 20 años, sería de absoluta paz

³² La imagen pesimista (con matices) que ofrecía el gran clásico Charles Diehl, se pone ahora muy en cuarentena. África entre el final de la guerra que condujo Juan Troglita hasta poco antes de la oleada árabe a mediados del siglo siguiente tuvo un brillante devenir. Pueden consultarse los artículos de **M. G. Fulford**: “*Carthage: overseas trade and the Political Economy c. AD 400-700*”, *Reading Medieval Studies* 6 (1980) 68-80; **S. Ellis**: “*Carthage in the Seventh Century: an Expanding Population?*”, *Cahiers des Etudes Anciennes* 17(1985) 30-42 y **S. Ellis**: “*North African Villages in the Byzantine Period*”, *XXe Congrès des Etudes Byzantines I, Séances Plénières, Pré-Actes*, (Paris 2001), 78.

³³ El trabajo de **Morrison, Cecile**: “*Les monnaies byzantines*”, *Archaeonautica* 3 (1981) 35-52, viene a demostrar, en función de análisis de precios, el incremento de transacciones y monetario en el periodo que señalamos.

³⁴ San Heraclio era el patrón de la ciudad de Tuga donde se veneraban las reliquias. Ese nombre resultaba común entre los africanos y no falta quien apunta a una conexión arcana previa de los heráclidas con la provincia.

social y exterior, manteniendo el limes con firmeza y dando prueba de la cimentación de aquella bonanza descrita.

Heraclio el Joven tuvo mucho tiempo para tomar conciencia de las realidades y perspectivas del África. Seguramente visitó todas las eparquias, pudiendo revisar los sistemas defensivos establecidos por Solomon y Troglita y, en contraste con la dura Capadocia, la fertilidad de los campos, la dulzura de las estaciones y la tradición social-urbana de una población más cercana al pasado romano alto-imperial de lo que podía ser común en el este de Anatolia.

De todo ello obtuvo trascendentales enseñanzas para el futuro. De lo primero, en concreto al valorar los oasis con sus sistemas de irrigación y la vulnerabilidad de tales a los raids beréberes, extrajo la lección del daño que se podía causar al enemigo con tal odiosa e inhumana acción: la aplicaría con cruel éxito más tarde al invadir la Mesopotamia persa, llevando a Cosroes y su nación hasta las mismas puertas del abismo. De lo segundo, la ingente reserva económica del África y su potencial fuente de hombres y energía política, se sirvió como razón suprema para sopesar muy seriamente la posibilidad de trasladar la capital de la romanía desde Constantinopla hasta Cartago, justo cuando la del Bósforo se hallaba acorralada entre feroces enemigos persas y ávaros que parecían invencibles.

Parece que “el Joven” se zambulló en la vida africana; los días sobre las soleadas costas del *Promontorium Mercurius*, los paseos en el Odeon y la Colina de Juno, tardes en el Teatro y “derbis” en el hipódromo; aquel sería su “bello tiempo” personal. Lo cierto es que Heraclio, ya anciano, recordaría a menudo y con nostalgia tales andanzas. Sabemos que participó en las espectaculares cacerías de leones, animales que aún vivían por aquellos parajes en aquel tiempo y causaban daños al ganado. Y que frecuentó las impresionantes termas de Antonino y los círculos sociales más escogidos.

También pudo leer mucho, consultando en las bibliotecas de la capital y aún en la famosa de Leptis³⁵. Si el *Strategicom* de Mauricio peca de rigidez (y él demostró ser un militar flexible como pocos) cabe preguntarse de donde obtuvo la idea de saltarse las normas y desarrollar una guerra de largas escalas, con una tropa reducida pero firme, dispuesta a entrar en territorio enemigo y devolver golpe por golpe mientras los propios ciudadanos “aguantaban el chaparrón” encerrados entre muros: tal vez en la *Juánide* de Coripo o algún otro texto perdido que describiera la excepcional táctica del magister Juan Troglita, el “vengador de África”.

³⁵ Muy a finales del siglo XIX un viajero francés pudo ver las impresionantes ruinas de Leptis y su puerto, en el olvido desde hacía muchos siglos. Debió ser una experiencia tan emocionante como doliente. Y nos dejó unas hermosas frases al respecto: “Cerca de este primer jardín yacen, en sus márgenes, las ruinas de Sabrata o Abrotunum. Por desgracia, sólo encuentro un dédalo informe de restos, entre los cuales resplandecen trozos de enormes columnas de mármol blanco y dados de monolitos, cada uno de los cuales podría ocupar un vagón de tren. Me queda el consuelo de copiar una inscripción latina de una estela que parece que hubiera sido grabada ayer. Sin duda el viento la ha descubierto hace poco: no olvidemos que la arena conserva admirablemente aquello que cubre. En el acantilado quebradizo mi mano excava significativos restos de mosaicos. ¡Qué cosecha se podría obtener aquí si se otorgaran permisos para realizar excavaciones! A lo largo de 1.500 metros la playa aparece cubierta de piedras talladas sueltas, capiteles rotos, mosaicos y explanadas que debieron ser lugares públicos...” (Henri Méhler de Mathuisieulx. “A travers la Tripolitaine”, 1903).



Originada en un asentamiento o factoría fenicia, la ciudad de TAMUDA serviría como sede permanente de una guarnición militar (a lo largo de los siglos I y II aquí estaría acuartelada el Ala III de los Astures) a la par que centro comercial y agrícola. Con un eje, vía terrestre, que la conectaba con Cesarea (Cherchel) y Tingi (Tánger) y un río, el Martil, navegable hasta aquí que servía para el intercambio comercial aún más lejano. En época bizantina debió ser uno de los centros más próximos a Septem (Ceuta) de la que la separaban unos setenta kilómetros, al interior, entre el Aquila Minor, (Cabo Negro, que ahora los marroquíes denominan “Ras Tarf”) y el Aquila Maior, (Cabo Mazari).

La foto data del año 1949, cuando formaba parte del protectorado español y por desgracia en la actualidad su estado es idéntico si no peor. El yacimiento continúa sin ser explorado.

(Foto del Servicio Geográfico y Cartográfico del Ejército del Aire Español tomada el 24-11-1949)

Muchas cosas, tal vez las más importantes, ligaron la personalidad y formación de Heraclio con la tierra de Apuleyo y San Agustín. Hasta encontraría allí su primera esposa. Un hombre joven, bien parecido, talla prominente y ojos azules, de prometedor futuro sería pieza codiciada entre las doncellas de la “toda Cartago”. Un acomodado terrateniente llamado Rogas (Rogatus) tenía una hija, Fabia, con la que iniciaría un largo noviazgo. Terminaría en matrimonio casi 10 años después en unas condiciones muy especiales y después de novelescas circunstancias.

El periodo de Focas (602-610)

18

Focas, el tirano, augusto en Bizancio y Heraclio el Viejo, exarca en Cartago

En noviembre del año 602, las tropas del Danubio se alzaron en rebeldía y dirigidos por un simple centurión alcanzaron a entrar en Constantinopla. El líder, Focas, ordenó sin más asesinar al emperador Mauricio y a toda su familia. Se amparó del Palacio Sagrado y comenzó un terrible periodo en la historia de Bizancio.

Aunque los cambios de poder en la Nueva Roma no eran algo raro ni mucho menos, y se respiraba cierta indisposición contra el gobierno que pretendía reducir los onerosos gastos de corte y ejército; ya se llevaban por entonces varios siglos de sucesiones no traumáticas en las que se habían respetado las formas y la vida de los depuestos. El proceder de Focas representó una excesiva respuesta, un choque brutal, al sentir de la mayoría de la sociedad (lebs y patricios) que solo a regañadientes aceptó el cambio.

Heraclio el Viejo, al que cierta amistad había unido con el malogrado Mauricio, debió acoger las noticias con mucha prevención. Su autoridad en el exarcado era incontestable y Focas no se atrevió a desposeerlo. Hubiera sido, en cualquier caso, una disposición imposible de hacer cumplir. Así, durante 6 años se mantuvo una curiosa situación: África seguía formando parte del Imperio (el exarca nunca se nombró a sí mismo otra cosa) pero el contacto con la metrópoli se ejercía desde una independencia de facto como nunca antes. Prueba fidedigna es que en la ceca de Cartago no se emitió jamás ningún sólido a nombre de Focas.

El radical cambio en Constantinopla no significó mejora alguna, más bien lo contrario. En apenas un trienio la situación general en la Romanía llegó a ser dramática. El ex-centurión supo aplicar el terror interno pero su incapacidad en economía y exterior era flagrante. Se arrojó en brazos del clero más “ortodoxo” para mermar su creciente impopularidad (lo cual haría que el Papa en Roma mandara elevar en su honor una columna y estatua sobre el mismo foro) pero ello no fue suficiente ni evitó nuevas desgracias. Los persas se enseñorearon del campo en Anatolia mientras los eslavos y ávaros masacraban a la población latina en los Balcanes. Un clamor en las provincias sufrientes, la desesperación de los más humildes y los ricos a la vez, se extendía por cada rincón a lomos de víctimas desplazadas...

Desde el Senado, *Egipto* y *Cirenaica* se escribirían angustiadas misivas al exarca exhortándole a actuar, deseosos de apoyarle en cuanto él iniciara la esperada reacción.

En el año 608, Heraclio el Viejo decidió dar un paso sin retorno: retuvo los barcos con grano que debían partir hacia Constantinopla con la *annona*; pan que junto al circo mantenía en inestable fidelidad a los habitantes de la capital. Ésta fue la gran sirena para una insurrección en muchas otras diócesis.

Mientras el rey de reyes persa, Cosroes, llegaba hasta Calcedonia (donde los habitantes trasladaban a duras penas las veneradas reliquias de Santa Eufemia) Siria era un dolor, el Ponto, Bitinia y Armenia escapaban a todo control, Egipto hervía en conspiraciones y los ilirios aterrorizados se refugiaban en Salónica. Sólo el Papa de Roma y el Patriarca de Alejandría con sus turbas de fanáticos monjes continuaban apoyando al emperador, tan pusilánime como sanguinario.

Un viejo Heraclio no estaba en condiciones de ponerse al frente de los soldados para una misión incierta, que prometía ser larga; pero su hijo sí. Nicetas y Gregorio

avanzaron a través de *Tripolitania*, *Cirenaica* y *Egipto* sin oposición. Entretanto, Heraclio el Joven partía con la flota, directo al corazón del Imperio.

El periodo de Heraclio (610-641)

19

África reconquista Constantinopla. Año 610

“Cuando el que ahora es nuestro piadoso gobernante, junto con su padre de eterna memoria, supieron lo que había hecho este corruptor, planearon liberar el Estado romano de la gran tiranía del personaje. Y eso llevaron a cabo... Y después de la muerte del usurpador, nuestro emperador quiso reunir a sus parientes y retornar con su padre en África, después de urgirnos a que eligiéramos el hombre que deseáramos como gobernante. Con dificultad, conmovido por nuestros ruegos, aceptó ser el soberano...”

Chronicon Paschale, 615.

Cuando las velas de la flota africana se pudieron ver desde la acrópolis de Bizancio, la masa popular asaltó el palacio sin que los guardias se atrevieran a impedirlo. Heraclio desembarcó en Bucoleon y hasta allí arrastraron al sanguinario que perdió aquel día corona y vida:

- *¿Qué has hecho del Imperio?, ¿no has podido oír el lamento de los romanos que perecen por la espada de bárbaros al Este y Oeste?...*
- *¡Tú lo harás mejor, advenedizo africano!*

Ciertas o no, bien posible fue el cruce de parecidas frases entre uno y otro³⁶.

Parece que Heraclio se mostró muy reacio a tomar el poder, los cronistas lo han reflejado de una forma que inclina a no creer que se trate de una simple *refusatio imperii*, modo literario de resaltar la modestia. Sin duda no se le escapaba la dificultad de la misión; salvar la Romanía sería una tarea épica en la que habría que “echar los restos” porque el rey Corroes, que ya se hacía llamar el “victorioso”, estaba envalentonado y se empeñaba en una guerra total, dispuesto a incluir y sumar todas las provincias de Anatolia entre sus satrapías, amén de *Egipto* y *Siria*. ¿Por qué no volver a la paz de África y seguir allí una semi-independencia y otra vía local a la supervivencia romana?

³⁶ La anécdota, aunque con palabras no exactamente iguales, fue recogida por **Juan de Antioquia**, Hist. FGHV: 38, Dindorf.

“Ruegos y discursos historicistas” acabaron haciendo mella. El 5 de octubre del 610, los senadores en pleno le proclamaron imperator de los romanos y justo después, en la iglesia de San Esteban, Heraclio recibió la bendición del Patriarca Sergio mientras el pueblo rompía en aclamaciones levantando banderas color esmeralda. En la misma ceremonia contrajo matrimonio con su novia Fabia, que mudó su nombre al más cristiano y a la par griego de Eudocia³⁷. La noticia del triunfo de Heraclio corrió como la pólvora y llegó pronto al África, su tierra, donde los ciudadanos proclamaron los méritos diciendo: “este emperador Heraclio será como Augusto” (Juan de Nikiou, 542).

Parece que ese mismo año del 610 terminó su existencia en Cartago, el Viejo Heraclio. Le sucedió Gregorio, que continuó hasta el 617 y a éste Nicetas que ejerció hasta el 629. Dos generaciones de la misma familia en el cargo tuvieron ocasión de crear un vínculo extraordinario del que evidentemente los heráclidas, y el emperador a la cabeza, nunca quisieron desprenderse.

20

África durante la primera fase de la gran guerra bizantino-persa (610-617). Primeras cesiones en Hispania.

Entre los años 610 y 617, el emperador Heraclio y su pueblo hicieron frente a una situación de extrema gravedad, como nunca antes en el Imperio de Oriente se había dado. Y aunque en perspectiva de lo que después ocurrió, se puede advertir que aquello sería sólo el primer capítulo de una serie muy larga (hasta el 720), de ocasiones límite; tal vez por ser el inicio, aquel primer lustro tuvo que resultar más difícil y doloroso que ningún otro. La capacidad de improvisación, el temple y la vitalidad de unos dirigentes y la sociedad entera se pondrían a dura prueba.

La guerra con Persia atravesaba por entonces los momentos más difíciles. En el 611, los persas tomaron Cesarea de Capadocia, y en el 614 la mismísima Jerusalén sufrió los rigores del saqueo. Corriendo el 616, Siria, Armenia y Bitinia estaban en llamas mientras las hordas ávaro-eslavas campaban sobre las áreas rurales en Iliria, Macedonia y Tracia. Los lombardos seguían presionando en Italia. Las unidades bizantinas no daban abasto y sumaban, una tras otra, espantosas derrotas.

No ha de resultarnos extraño que el visigodo Sisebuto aprovechara la ocasión en la parte que le correspondía. Isidoro de Sevilla³⁸, no deja de señalar, entusiasmado, las

³⁷ Fabia-Eudocia no vivió mucho tiempo. El 7 de julio del 611 dio a luz una niña, Epifania, y el 3 de mayo del 612 un hijo, Heraclio-Constantino. Pero ese mismo año, el 13 de agosto, tal vez a resultas de la asfixia en el curso de una tremenda crisis epileptica, falleció (o, quizás fueron las convulsiones en una fiebre extrema por una infección puerperal, porque la muerte ocurre en el triclinio adyacente al agisma-santuario de las Blaquernas, allí donde los ricos y pobres buscaban la salud por medio del agua sagrada que brotaba en el pecho de una estatua de la Virgen). La esposa africana fue enterrada en el mausoleo de los Santos Apóstoles.

³⁸ Isidoro de Sevilla, Hist. Goth, c.61, ed. Mommsen, pág. 291-292.

dos supuestas “grandes” victorias del rey germano sobre lo que no pudieron ser más que muy reducidos contingentes romanos, sin duda limitanei locales. A juzgar por las crónicas y circunstancias, los fortines del limes fueron destruidos y muchos campesinos asesinados. Se apuntó a una “sangrienta” limpieza del territorio que hiciera imposible una vuelta de los imperiales.

En plena euforia victoriosa, y pese a la resistencia de las ciudades costeras bizantinas, los godos intentaron saltar al otro lado del *Fretum Gaditanum* (Estrecho de Gibraltar). Signo evidente de que también la mayor parte de los dromones se habían desplazado hasta Oriente. Roderico de Toledo nos habla de la empresa navigans que logró “subyugar” poblaciones en la costa africana³⁹; no en balde, en la propaganda oficial seguía considerándose parte de la Hispania y dependencia “natural” del reino visigodo-hispano.

El exarca de África tenía muy escasos medios para oponer. Nicetas y muchos escuadrones africanos se batían entonces en Egipto contra los persas. Otros tantos, que habían ido con Heraclio en el momento de su ascenso al trono, permanecían entre los defensores de la capital, que estaba siendo atacada cada vez con más peligro⁴⁰. La resistencia, siempre alentada por el Imperio, de los hispano-romanos norteños, astures y cántabros, junto a los indómitos vascones no resultó suficientemente útil en esos años. El único consuelo fue que no hubo noticia de incursión alguna por el Sur y el pre-desierto; los beréberes parecen haber estado inactivos durante todo ese tiempo⁴¹.

En fin, la precariedad fue tal que se hizo necesario rogar por la paz. El general Cesareo y el obispo Cecilio de Mentesa sirvieron como intermediarios entre los máximos líderes, Heraclio y Sisebuto. Los términos del armisticio parecen haber sido relativamente “dulces” pero implicaron la pérdida de la mayor parte de los territorios en Hispania. No obstante, los bizantinos lograron mantener en sus manos el Estrecho, con el eje Iulia Transducta-Septem (Algeciras-Ceuta) y todas las ciudades importantes costeras, incluyendo todavía la capital y sede del obispo que en tiempos pretendió hacer sombra al “primado de Toledo”, la vieja Cartago Nova o Cartago Espartaria (Cartagena). Por supuesto la tierra africana quedó totalmente en manos de la Romanía.

³⁹ **Roderico de Toledo**, Hist. Hisp. II, 24. (Hic Sisebutus in propria persona bis contra Romanos triumphavit et aliquas eorum urbes expugnavit: deinde in Africa trans fretum navigans plurimas gentes sibi et dominio Gothorum subiecit).

⁴⁰ Hace pocos años se desenterró en Estambul una estela funeraria en un lugar que se corresponde con un arcano cementerio militar de Constantinopla. Corresponde, al sentir de los especialistas, a la de un soldado africano de Heraclio (**Zuckerman. C**: “*Epitaphie d'un soldat africain d'Heraclius servant dans une unité découverte à Constantinopla*”, *Antiquité Tardive*, 6, 1998, págs: 377-382). (“*Aquí yace Teodoro, soldado de bienaventurada memoria, el ha venido desde la ilustre provincia de Mauritania, su prefecto se llama Zarus, de la gens Zarakianus en la comarca de las tres ciudades, muerto el 9 del mes de octubre de la N indicción*”).

⁴¹ Desde la guerra contra el reino de Altava en el 590, ya no se oye hablar más de problemas beréberes o moros; “*el silencio cae a renglón seguido durante más de medio siglo sobre estos grupos hasta el primer raid árabe del 647 en Byzacena*”, **Moderan, Yves**: *Les Maures et l'Afrique Romaine*, (IV-VII siècle), pág. 680.

21

África en el cenit de la guerra persa de Heraclio (617-626). La pérdida de Cartagena

En los primeros años de la década del 620, las dificultades de Bizancio en Anatolia y Tracia lejos de aminorar subieron de grado. Los ejércitos o columnas persas buscaban una batalla decisiva con el reducido pero eficiente nuevo ejército de Heraclio. Que marchaba sin descanso eludiendo al enemigo y procurando devolver el daño, hacia el extremo del Ponto y Armenia.

En torno al 525, los ávaros se propusieron el asalto directo a los muros de Constantinopla, mientras sus aliados, al mando de Shebaraz cerraban el cerco en la costa asiática del Bósforo. En el 626 se dieron los más terribles encuentros. Dentro resistieron el pueblo armado y una guarnición entre los que se hallaban los batallones africanos bajo el mando de Teodoro, uno de los hermanos de Heraclio.

En ese mismo tiempo el rey visigodo Suintila lanzó un definitivo ataque contra los territorios bizantinos en Spania. Isidoro de Sevilla lo describió como una victoria rápida, aunque tal vez exagere un tanto. Desde Valentia (Valencia) los germanos avanzaron a lo largo de la restaurada vía paralela a la costa y tomaron Dianium, Cartago Nova e Illici. De la antigua Diócesis Hispaniarum, sólo el entorno gaditano y tal vez también el Algarbe portugués, permanecieron sujetos a la Romanía (amén de las islas Baleares, en ningún momento inquietadas). Hacia *Tingitana* cabe suponer la huída de los romanos, un África que sirvió ahora de refugio y a la que los visigodos no podían dañar.

Las noticias llegaron a Constantinopla justo cuando los ávaros se cansaban del asedio y emprendían una retirada “colérica”, incendiando todos los extra-radios; sólo se libró, según las piadosas crónicas, el santuario de las Blaquernas, por entonces aún situado extramuros.

Estaba claro que los bizantinos no iban a tener oportunidad de “reconquistar”, ni siquiera a medio plazo. Pero que esa posibilidad pareció haber inquietado a los gobernantes godos está también fuera de duda. Las medidas que tomaron fueron drásticas, señal de que la población de las áreas recién tomadas no les era afecta, como a veces se da alegremente por supuesto. La “españolidad goda” parece haber sido algo más propio de la élite intelectual visigoda (Isidoro, sería su máximo exponente), que una realidad emocional sentida por las diversas capas sociales.

No fue necesario “verter tanta sangre” como en época de su predecesor Sisebuto, pero se puso mucho empeño en la destrucción hasta los cimientos de la mayor parte de las ciudades importantes, un curioso fenómeno que no cabe entender si no es para obligar a una “emigración” de las gentes y para evitar su vuelta al lugar. Cartago Spartaria o Cartagena, por supuesto, estuvo entre ellas; habría que esperar después mil quinientos años para que las piedras erigidas por el general bizantino Comenciolo, que celebraba una victoria sobre los bárbaros godos, volvieran a la luz.

22

Un pírrico triunfo sobre Persia. La Rumania retrocede en los Balcanes

En el año 627, tras la batalla de Nínive, la arriesgada estrategia del emperador Heraclio cobró sus frutos. Las tropas persas, agotadas frente a los muros de Constantinopla, retrocedieron hacia su país, sufriendo muchas bajas. Los ávaros por igual se replegaron al Norte.

La columna romana en Mesopotamia arrasó los sistemas de riego, quemó las cosechas y asesinó como si de bárbaros se tratase. La venganza siempre embrutece al hombre, incluso al más disciplinado. Ahora no fueron sólo los bizantinos, entre los persas cundió el cansancio y en el horizonte no aparecían genuinos ganadores.

El asesinato del rey de reyes Cosroes lanzó al reino persa a los brazos de la anarquía. El 21 de marzo del 630 la guerra terminó, con el augusto “africano” devolviendo la reliquia de la Vera Cruz a su sede tradicional, en Jerusalén.

Sobre el papel, pareció que todo volvía a la situación previa, tiempos tan cercanos y a la vez legendarios del emperador Mauricio; pero era pura fachada. Mientras los ávaros retrocedían, los eslavos se quedaban en los Balcanes, desplazando sin piedad a los habitantes romanos, que pronto se convirtieron en minoría; gradualmente aparecía la realidad etno-cultural eslava en aquellas tierras que habían visto nacer a Diocleciano, Constantino el Grande o el mismo Justiniano⁴².

⁴² Los antiguos pobladores latinos de los Balcanes no fueron exterminados “*in totum*”. Algunos se diluyeron y quedaron asimilados a los eslavos (los menos), otros se refugiaron en las zonas montañosas y sobrevivieron en precarias condiciones durante toda la larga Edad Media. Aún un grupo numeroso resistió en las islas dálmatas y en la actual Eslovenia e Istria. Su futuro es digno de recordar. Los llamados “valacos”, de la palabra eslavo-germana que significa “romano” se mantuvieron como ganaderos de altura en los actuales países de Grecia (Epiro), Albania, Bulgaria y la antigua federación yugoslava. El Estado actual de Rumanía recogió el mayor número y tuvo su impronta nacional en esa “romanía” que no cesa de reivindicar. Los llamados “dálmatas” (el famoso Marco Polo era uno de ellos) habitaron las islas del Adriático y la intrincada costa, sufriendo durante siglos la presión de los eslavos y es a finales del siglo XIX cuando en la isla de Carces (llamada ahora Krk), desaparecen los últimos habitantes latinos del archipiélago. Otros pocos miles aún padecieron represión bajo el gobierno de Tito (“panyugoslavista”), a partir de 1945, y fueron deportados en masa a la región italiana de Istria donde poco a poco perdieron su identidad.

PARTE III
La conquista árabe. El final del África bizantina

1 Consideraciones iniciales: previos

El imperialismo árabe, que brota al socaire de una revolución religioso-cultural a comienzos del siglo VII y alcanza su clímax en el VIII, tiene unas características muy propias y distintivas, al menos en relación a los antecedentes que le eran más inmediatos. Roma, China o Persia habían sido civilizaciones-imperios eminentemente “laicos” en su origen, formas y motivos de expansión; con un perfil menor del aspecto religioso (aún cuando tuviera su indiscutible importancia), que en ningún caso fue un elemento definitorio ni eje jerárquico-cultural.

Por contra, el Imperio árabe encontrará “principio y fin” en una nueva gran religión “inspirada”, plena de trascendencia y proselitista hasta la belicosidad, con un rígido monoteísmo que lleva la impronta del dogma judío y cristiano en versión extrema sobre tales aspectos. Ella será fuente de ardor guerrero y, a la par, mecanismo de integración para los sometidos.

En el mundo mediterráneo aquello era una novedad. El poder romano, que había sido capaz de crear una gran y cohesionada nación en toda la cuenca, basaba su uniformidad en el enorme éxito y legado greco-latino: unos valores materiales, la vida en la polis, la ingeniería civil, el cultivo de vid y cereal, sumados a otros de estirpe espiritual, destacando entre ellos aquel genial pensamiento lógico y humanismo helenísticos, la moral estoica y el, tal vez más importante, valor absoluto y superior del derecho civil. Sobre ese armazón se articularía, no sin graves conflictos, el cristianismo; una corriente “interna” que no pretendía, en principio, suplantarlo sino convencer, sin tener demasiado en cuenta la pertenencia a una u otra estructura de Estado. La síntesis o simbiosis de ambas cuestiones, fe y administración, sólo sería posible gracias al genio y clarividencia de un Constantino I que, por ello, sería honrado en la memoria colectiva como “el Grande”.

Lo cierto es que bien parece que entre los siglos I y el VI se sucedieron desde el Medio Oriente flujos mesiánicos en sucesivas oleadas que encontraron la última y más “rompedora” manifestación en lo que se llamará Islam. El choque entre una débil y comprometida Roma medieval (Bizancio), y el Califato habría de durar cuatro largos centenares de años; y, pese a que en primera instancia todo apuntó a un colapso de los rumis que habría dado la llave de Europa a los sarracenos, al final se consiguió el equilibrio que, en gran medida, explica la actual división norte/sur en el área.

Un repaso a la segunda fase de aquel conflicto, una larga guerra (casi un siglo) despiadada, con escenario en la vieja África (actual Magreb), y en Siria-Anatolia de manera simultánea, merece algo de nuestro tiempo y un ameno debate, si es posible y hay ganas.

El periodo de Constante II (641-646)

2

Desertización y pavor en Cirenaica y Tripolitania. Años 641-646

La región que, en la doctrina de guerra árabe y apuntando hacia África, correspondía “desertizar” era la esquina de *Cirenaica* y aún *Tripolitania* si ésta se empeñaba en resistir; entendiéndose que el objetivo primordial radicaba en conseguir el sometimiento posterior, con poca dificultad por mor de pactos de sumisión, en la *Byzacena*, *Numidia* y *Proconsular*, las más preciadas por su riqueza y valor estratégico. En este segundo aspecto la base de Cartago y el entorno del Cabo Bon debían convertirse en el trampolín táctico hacia Sicilia e Italia.

Tras la muerte de Heraclio, lo cierto es que a todo lo largo del año 641 se suceden crisis en el entorno del Palacio Sagrado de Constantinopla que habrían de mermar, y mucho, la capacidad de enfrentar la amenaza musulmana, de la que ya a nadie se le escapaba su tremenda envergadura. Entre los miembros de la familia heráclida tuvo lugar una lucha sórdida que paralizó la actividad política. Constantino III murió muy pronto, hacia el 20 de abril, y le sucedió oficialmente el pequeño Heracleonas bajo la tutela de su madre Martina, tan ambiciosa como incapaz. En el mes de noviembre, ambos fueron desplazándose en favor de otro nieto del “africano”, Constante II, con apenas 11 años de edad. A la debilidad extrema de una post-guerra persa se sumó la ausencia de liderazgo y la total desorientación de los mandos militares locales.

Durante esos preciosos meses los árabes lograron afianzarse en Egipto. La rebelión del general Valentinus tuvo como consecuencia la desastrosa pérdida de Alejandría, cuyo puerto sufrió una devastación sin precedentes en aras a dificultar cualquier intento de retorno de una flota imperial, y, como núcleo de control-concentración de efectivos, los árabes levantaron (usando esclavos rumi) la gran base de Fosat (lo que será el germen de la futura El Cairo)⁴³.

Se desarrolló entonces un largo proceso, aproximadamente entre el 642 y 667, en el que los musulmanes ejecutaron maniobras sucesivas y coordinadas a uno y otro frente, dirección ora Constantinopla y ora Cartago, sin dejar traslucir nunca las prioridades y últimas intenciones. La primera etapa (como siempre) consistió en “desertizar”; las víctimas fueron *Cirenaica* y *Tripolitania* por un lado y *Armenia* - *Siria* por el otro. El martillo islámico golpeó con cadencia muy corta e imperturbable

⁴³ Los persas habían saqueado casi todas las ciudades importantes del Egipto bizantino y en particular se habían apropiado del tesoro público y las riquezas de la Iglesia de Alejandría. La situación a la llegada de los árabes de Amr era de extrema penuria y ello, más que las querellas monofisitas, explicaría la aparente falta o debilidad en la resistencia de una población que pasaba hambre y no veía claro el horizonte, se podían sentir sencillamente abandonados a su suerte cuando la marina hubo de hacerse a la mar, incapaz la guarnición en tierra de defender los muros. Cuando el magister Manuel retornó en 645, en la ciudad apenas quedaba una quinta parte de los habitantes; las instalaciones industriales y portuarias yacían en un estado tan ruinoso que su rehabilitación era prácticamente imposible. Como centro estratégico, la vieja ciudad fundada por el griego Alejandro ya había perdido todo su valor. Los bizantinos no se empeñaron mucho en conservarla de ese modo. Para un pormenorizado relato de tales hechos: BUTLER, A.J. *The Arab Conquest of Egypt and the last thirty years of the Roman Dominion*, Oxford, 1902).

durante cinco largos años, hasta el 646-7 y consiguió casi a plena satisfacción ese objetivo previo.

A principios del año 642, el mismo jeque Amr ben Al-Âs (el “conquistador” de Egipto, miembro de la familia de los quraiquitas de La Meca), intentó ya testar las defensas de Cirenaica. El limes, cerrado ahora de urgencia también hacia el Este por nuevos puestos en la comarca del actual Tobruq (donde se rendía culto a San Pablo Primoeremita, cuyas reliquias atraían numerosos peregrinos de uno y otro lado en el romano Norte de África)⁴⁴, respondió bien; sin duda porque los limitanei esperaban el golpe. Y es justo por ello que debieron conformarse con pequeñas escaramuzas y, de vuelta, combates más al Sur, en el entorno del oasis de Siwah con ciertos beréberes en vías de cristianización, tal vez los llamados Lawâta. Algunas crónicas tardías árabes buscan un laudatorio término a la expedición y hablan del sometimiento de estos últimos, pero ello es más que dudoso o en cualquier caso poco trascendente. Aquello era una medida de “diversión y tanteo” ya que en el otoño el esfuerzo musulmán se volcó hacia el lado opuesto, Armenia, ejecutando allí un segundo raid que provocó dolorosos daños, sobre una tierra ya muy castigada antes, hasta el punto de que parte de los notables comenzó a cuestionarse la utilidad de estar en alianza con Bizancio.

Es en el verano siguiente cuando, con una división importante de guerreros trasladados desde las bases mesopotámicas, Amr se lanzó en tromba sobre el saliente del golfo de Sirta y se empeñó, con una crueldad “ejemplarizante”, en la toma de ciudades pentapolitanas. El valor a raudales, el celo y la inquina de hombres que no temían morir en aras a conseguir el paraíso se puso ahora en África, por vez primera, de manifiesto en toda su máxima expresión. Una tras otra cayeron, para sufrir salvajes destrucciones, las antiguas y hermosas ciudades de Apolonia, Ptolemaida, Cirene, Teuquira y Berenice; que llevaban más de ocho siglos sin ver la guerra y menos aún en ese grado de místico ardor⁴⁵.

En cuanto a Apolonia, ésta era por entonces la capital (desde el 450) y antaño muy famosa por su impresionante templo de Apolo, tendría por entonces unos 12.000 habitantes. Hay evidencia de que los árabes cortaron el acueducto y sometieron a la ciudad por sed (su precariedad en pozos siempre había sido grande y la única fuente importante distaba unos diez kilómetros), pero una vez abiertas las puertas la matanza duró varios días, después se prendió fuego a lo que quedaba (**Laronde André**, “*Apollonia de Cirenaïque. Archeologie et Historie*”, Journal de Savants, 1996).

Hacia el invierno, con enorme botín, el “gazhi” volvió a Fosat para recibir los parabienes del Califa. Pero no se entretuvo mucho, porque a su sentir quedaba faena, y

⁴⁴ Las fortalezas de Antipirgos y Praetorium; cuyas olvidadas ruinas, más de un milenio después, verían verterse de nuevo la sangre a raudales en su alrededor, con ocasión de la batalla entre los alemanes de Rommel y los ingleses de Montgomery.

⁴⁵ Tan solo en Teuquira lograrían sobrevivir algunos habitantes, dirigidos por el gobernador Apolonio, atrincherados en un reducto improvisado, sin cimientos ni esperanza: “la capitulación se escribió con letras de fuego, sobre las piedras tomadas al asalto dos años después” (**Bachielli, Lidiano**, *Cirenaica, la sua historia*, pág. 188). Así, la región que viera nacer al poeta y enciclopedista Calímaco en el periodo clásico y al erudito Sinesio en el bizantino, quedó prácticamente desierta hasta el siglo XI, cuando llegaron unas tribus emigrantes desde Egipto (los Banu Hilal y Beni Soleim), los mismos que darían un nuevo nombre a la arcana Cirenaica, la “Grennah”.

en un segundo episodio de muerte y desolación sin piedad ahora le tocó el turno a Tripolitania, donde Sabrata, Oea y Leptis Magna tuvieron entonces el epílogo sangriento de su milenaria historia como centros de inquieta y próspera vida⁴⁶.

Así fueron posibles no solo la velocidad sino también el ataque simultáneo en puntos por lo demás relativamente lejanos, hechos que quedaron atestiguados en significativos detalles. Al-Hakan en su conocido texto recogió una tradición anterior que recordaba aún el modo en que se destruyó la ciudad de Sabrata, que no tuvo ninguna oportunidad de defenderse. Aunque los datos que aporta el autor siempre deben tomarse con mucha precaución dada su propensión a confundir nombres, pueblos y fechas (escribía más de dos siglos y cuarto después, en un mundo radicalmente distinto, en torno a los años 860-870) esta cita tiene rasgos muy definidos que además encajan con lo obtenido por la arqueología:

“Los habitantes de Sabrata se habían fortificado. Al tener noticias de que Amru había sitiado Trípoli sin haber logrado ni tener posibilidad se confiaron. Pero en cuanto Amru consiguió Trípoli, envió la misma noche un fuerte destacamento de caballería y le ordenó que acelerase la marcha. Los jinetes llegaron de mañana a la ciudad de Sabrata y la sorprendieron; las puertas estaban abiertas para que el ganado pudiese ir a pacer. Entraron en la población sin que pudiera escapar de ella una sola persona. Las tropas de Amru se hicieron con cuanto en ella había y salieron al encuentro de su jefe” (Ibn Abd AL-Hakam (803-870), Conquista de Africa del Norte y de España, ed. Vidal Beltran, pág. 19). Una información más precisa se aporta en el trabajo de Bonacasa Carra, R.M., Sabratha cristiana, en RAC, 72, 1996, págs: 383-391.

En cuanto a Leptis Magna, los estudios arqueológicos in situ han demostrado el pavoroso incendio de toda la zona y aún los extra-radios así como la demolición a conciencia del faro y las instalaciones portuarias. Un gran número de esqueletos se encuentran sin haber recibido sepultura casi en cualquier rincón, prueba de la matanza. Fue el fin de la que había sido patria chica de los emperadores Severos (Laronde, A. *Le port de Lepcis Magna*, en CRAI, 1988, págs: 337-353).

Todas las áreas quedaron tan afectadas que ya no se recogió cosecha organizada ni tributo alguno para Constantinopla en el tiempo que aún fue territorio oficialmente imperial y aún después cuando era “tierra de nadie” o del califato; las urbes derruidas y humeantes quedaron desiertas, hasta el día de hoy. Los guerreros árabes volvieron a sus cuarteles de invierno y justo en la primavera del siguiente año (644), le tocó el turno a la sufrida Armenia; que apenas ofreció ya resistencia hasta el punto de que los jinetes llegaron a intentar un primer golpe contra la ciudad-fortaleza de Amorium, puerta de la meseta hacia Occidente. Una primera devastación del área se llevó a

⁴⁶ No hay duda de que para estas operaciones del 642 y 643, tan destructivas, se utilizaron muchos efectivos, algo que obligó al mando árabe a otorgar un respiro inaudito en Armenia.

efecto y le cupo el dudoso honor de ser la primera en una inacabable serie, que duró algo más de un siglo, en Anatolia y particularmente afectando a Capadocia⁴⁷.

Con todo, aún en el 645 y 646 se vino a rematar la tarea en *Cirenaica*. La escasa población urbana de pequeñas villas que no había huido a *Byzacena* lo hizo en esta última ocasión; la “humanidad” en tal prefectura fue por entonces “anecdótica” y constituida por grupos aislados que apenas vivían de ciertos huertos sostenidos con gran pena y siempre en precario⁴⁸.

Así pues, en tres campañas y cinco años, el éxito de dosis de terror hacia Occidente había sido pleno, el nuevo “desierto” previo se había conseguido y la situación estaba madura para las “grandes operaciones”. Pero ¿dónde pensaba Utman plantar la enseña verde primero, en África o Constantinopla?

3

La batalla de Sufetula. Primer asalto a Byzacena. Año 647

La respuesta a la gran pregunta estratégica debería obtenerse sondeando la capacidad bizantina de resistir en uno y otro polo. La prueba (“toma de contacto y valoración” en el argot militar), no se hizo esperar. Finalizando el invierno del 647, los árabes lanzaron una campaña de cierta envergadura con alrededor de 12.000 jinetes al mando de Abd Allâh ibn Saad contra el extremo de *Tripolitania* y los márgenes de *Byzacena*. Superaron, sin necesidad de tomarlo, el fortín que los bizantinos tenían en la misma sede del antaño prestigioso “altar de los filenos” y marcharon imparables. De nuevo los campos de la dorsal fueron arrasados y el invasor no tardó en llegar al umbral de la provincia de *Byzacena*, justo cuando terminaba la primavera y de nuevo se avecinaba un periodo crítico del ciclo agrario. El patricio Gregorio, exarca del África, decidió entonces enfrentarse a los invasores, aunque contaba con apenas los batallones de fuerzas locales y limitanei.

¿Cuales fueron sus razones? Tal vez el deseo de proteger a los suyos en el momento más crítico que pondría al borde de la hambruna para el año siguiente y, aún más importante, el deseo de ganar una gloria que le catapultara a la púrpura. Su enemistad con el emperador Constante II se había hecho ya oficial un año antes y contaba con el apoyo del influyente partido clerical-ortodoxo del intrigante Máximo,

⁴⁷ Las ciudades “trogoloditas”, reclamo turístico hoy en Turquía, tienen en estas barbaridades su origen y causa; las poblaciones no encontraron otro modo de sobrevivir que “enterrarse” literalmente bajo la tierra, con almacenes, silos, iglesias, foros y viviendas incluidas. Impresionante manifestación del apego a una tierra y su voluntad de resistir a las peores calamidades que idea el ser humano.

⁴⁸ En los alrededores de Oea, no obstante, quedaría una comunidad rumi durante algunos siglos más. Las necrópolis de Aïn Zara y de N'gila poseen tumbas cristianas con epitafios latinos que llegan hasta el siglo X (**Aurigemma, Salvatore**: *L'Area cimiteriale cristiana di Aïn Zara presso Tripoli di Barbería*, Rome, Istituto di Archeología cristiana, 1932).

llamado el Confesor⁴⁹. Tal vez su único éxito fue el de abortar, con su propio fracaso, una insurrección que amenazaba ser ruinoso si conseguía reunir las fuerzas del África, incluidos los dromones de Septem para acudir a la capital y reclamar su opción al trono.

El choque tuvo lugar en las proximidades de Sufetula (Sbeitla)⁵⁰, y resultó en flagrante derrota bizantina. Soldados que huían en desorden y la población rural en masa acudió a refugiarse en Iustiniana Capsa (Gafsa), que poseía una amplia y bien cimentada fortificación, y, sobre todo, en Tisdrus⁵¹ (El Djem), donde hasta el viejo y enorme coliseo sirvió para acoger refugiados.

⁴⁹ A comienzos del 646, los obispos de *Proconsular, Numidia, Byzacena* y las *Mauritanias* se habían reunido en sendos concilios provinciales. Su interés era reafirmarse en el apoyo al prelado de Roma contra la voluntad del emperador; uno de los pulsos entre autoridad civil y religiosa. Constante II, con apenas 17 años pero de una precocidad que prometía inteligencia y fuerte personalidad, pretendía profundizar en la política de su abuelo Heraclio y del Patriarca Sergio, en vías a aparcarse las disputas para centrarse en una necesaria, íntima unión entre todos los romanos, por encima de partidos y sectas. Máximo, exiliado en África, había conseguido convencer a Gregorio de que “Dios mismo aprobaría sus sublevación y le garantizaba el éxito”, había escuchado en sueños a los ángeles gritar “¡Victoria a Gregorio Augusto!”, (DIEHL, Charles, *L'Afrique byzantine*, t.2, pág. 556).

⁵⁰ Sufetula era una ciudad que ya pertenecía a la proconsular y estaba situada a unos 72 kilómetros al sur de Ammaedara. En aquella fecha no debía contar con menos de 10.000 habitantes y se extendía sobre unas 50 hectáreas. Las excavaciones iniciadas a principios del siglo XX han puesto a la luz un número considerable de basílicas, ricamente decoradas. Aún se están investigando los abundantes resultados en inscripciones y cerámica (Nöel Duval y François Baratte, *Les ruines de Sufetula*, Sbeitla, STD, 1973 y Nöel Duval, “*observations sur l'urbanisme antique de Sufetula*”, Cahiers de Tunisie, 1964, págs: 87-103).

⁵¹ La ciudad de Tisdrus tuvo su origen en una colonia de veteranos fundada por Julio César, en aquel corazón del duro Sahel tunecino. Era una fundación inmersa en un programa inteligente y muy ambicioso que buscaba poner en función tierras hasta entonces yermas. En un entorno que sería eje de comunicaciones. Los habitantes, con ingenieros romanos y técnicas de irrigación egipcias, alcanzaron el milagro (apenas en unas décadas) de convertir aquello en un vergel. Hacia la segunda mitad del siglo I, el municipio tenía agua corriente, baños públicos, alcantarillado, escuelas superiores de artesanos, biblioteca, un enorme teatro amén de hipódromo de carreras y estaba conectado por vías empedradas con las otras áreas al Norte, Sur, Este y Oeste (impresionante teniendo en cuenta que las condiciones naturales eran muy adversas: ninguna posibilidad de irrigación superficial importante, canteras de piedra muy alejadas, ausencia de barro o yacimientos minerales de ningún tipo). En época de los severos, principios del siglo III, Tisdrus pasó a ser una de las diez urbes más señaladas del África. Cosmopolita, mercaderes que venían desde Egipto, Siria, Hispania y del Norte se mezclaban con agricultores, funcionarios y profesores (una importante escuela de retórica se ubicaba en el foro). Se comerciaba y se cultivaba trigo. Al arrear la competencia de otras plazas cerealeras, los habitantes llevaron a cabo un tremendo trabajo agrícola: sembraron cientos de miles de olivos. La producción de aceite devendría en la más rentable y famosa, no sólo del África sino de todo el Imperio. Tisdrus tuvo, entre muchos, un muy insigne ciudadano. Allí nació el que luego sería el futuro emperador Gordiano I, a principios del siglo III, previamente procónsul de su tierra antes de recoger la púrpura. Fue este ilustre “hijo de la ciudad” el que mandaría a construir el anfiteatro, cuyas ruinas aún hoy pueden admirarse. Esta joya es el mejor edificio de su tipo conservado en el mundo y en tamaño sólo fue superado por los anfiteatros de Capúa y Roma. Cabían en su recinto 45.000 espectadores; el circo (visible en las fotos aéreas) servía para 30.000 personas, las Termas (felizmente excavadas) cubrían una superficie de 2.400 metros cuadrados y allí se han encontrado bellísimos mosaicos que pasan por ser obras cimeras de ese arte y que ahora se muestran en el museo in situ de El Djem, en el de Soussa y en el Museo del Bardo de Túnez (Por cierto, éste pasa por ser el museo romano más importante del mundo). Hay constancias arqueológicas y epigráficas de la conversión al cristianismo de la población. Cuando a finales del siglo III la mayoría ya había ejercido tal opción, una enorme basílica cristiana vino a sustituir el templo de Júpiter en el foro. El obispo de la ciudad participaría de todos los concilios regionales y aún viajaría a Roma y Córdoba para asistir a otras reuniones importantes. La ciudad continuó siendo tranquila y próspera hasta el 429 cuando los vándalos la dañaron considerablemente. No obstante sobrevivió a la prueba aunque sin duda disminuida y temerosa (no dejaron los nuevos amos guarnición pero impidieron que se la dotara de murallas, al mismo tiempo que vedaron a los hombres el empleo de armas). Lo peor de la ocupación vándala no fue la destrucción del primer momento, la verdadera lacra resultó del abandono subsiguiente de cultivos y, sobre todo, la rotura o desaparición del viejo limes. Por ende, no es de extrañar que hacia el 450 aparecieran las primeras tribus de “moros” que, en hordas, se dedicaron a saquear la región. La población de Tisdrus, inerme, asistió a la muerte del ganado y a la destrucción de los cultivos y, lo que fue peor, de los sistemas y artefactos de regadío. Los acueductos se cortaron por entonces y la arena invadió de nuevo las tierras que hasta hacía poco habían estado en plena función. Cuando los bizantinos (romanos) reconquistaron la provincia del África con el general Belisario (535), Tisdrus era apenas una sombra de la gran plaza que había sido antaño. Para los bizantinos, la expulsión de los moros no fue tarea fácil, a diferencia de lo que sucedió con los vándalos. La mayor parte del esfuerzo imperial se dirigió a formar un nuevo “limes” más al norte del previo y a “limpiar” el interior de “moros”. En la

La temeridad de Gregorio costaría muy cara. Los sarracenos que en principio no contaban con atacar tan al Occidente, se entretuvieron algunos meses saqueando la comarca, mientras desde Cartago la falta de dirección (y el miedo) hacía retrasar la reunión de las secciones de *Numidia* y *Proconsular* para expulsar al invasor. Se llegó a un acuerdo y mediado el pago de un fuerte rescate-tributo los árabes retornaron después de soltar a los cautivos que habían hecho y, probablemente, encerrado en cisternas durante ese tiempo⁵².

Las consecuencias fueron importantes para los dos contendientes. Los árabes habían tenido un inesperado éxito en sangre y oro (o frutos mayores al esperado); hasta el punto de que, por vez primera, harían sentir su presencia entre los occidentales (la noticia llegó a Hispania y Galia, donde la recogieron Isidoro Pacensis y Fredegario). Pero los bizantinos entendieron muy bien la inoportunidad de centrar sus esfuerzos sólo en Anatolia. Constante II tomó medidas al respecto (que en algo contribuyeron para que los árabes tardaran veinte años todavía en volver a atacar directamente el África), que le llevarían tiempo y sudores.

4

África en rebeldía. La conspiración de Máximo el Confesor (648-650)

Al día siguiente de la marcha del jeque Abd Allâh y su ejército, la situación del África se presentó sumamente confusa. Parece que si Gregorio cayó en el combate (lo cual es puesto en duda por algunos autores), ello no afectó a sus partidarios, que continuaron detentando el poder en la región. El abad Máximo, intrigante y fanático, prosiguió excitando la rebeldía contra el augusto, al que tachaba de hereje por su real o

ciudad los bizantinos dejaron una guarnición e intentaron poner en marcha la riqueza olivarera de sus campos. Pero las guerras que tan gráficamente nos describe Coripo resultaron devastadoras en la región. Los moros de Antalas tomaron Hadrumetum y Tidris, esclavizando a hombres y mujeres y prendiendo fuego a todo lo que no pudieron transportar. Ninguna de las dos ciudades levantaría ya cabeza.

Con todo, cuando la tribu de los Banu Isi llegó al lugar en el siglo IX, encontró una pequeña comunidad rumi cristiana que habitaba en alguna parte de la vieja ciudad (mientras el resto se hundía irremediablemente en la arena) y vivía de cabras, grano local y algún olivo de los antaño tan mimados y renombrados. Después seguiría silencio y olvido.

⁵² En el lugar hoy conocido como “Oruga” que corresponde a la ciudad romano-bizantina de Barasus, a unos 30 km de Tisdrus, se encontró bajo una losa de lo que había sido un despacho mercantil en el foro, un importante tesoro de monedas, sólidos bizantinos. Por los datos recogidos, se trata de una ocultación característica datada con precisión en ese año 647-648. Que su propietario no haya recuperado una suma tan notable (un montante de 268 monedas de oro) es prueba de que fue arrastrado en la matanza. Muchas otras villas y ciudades pequeñas sufrieron el embate. En Tisdrus (El-Djem), mismo hay constancia arqueológica del uso del famoso anfiteatro para acoger miles de refugiados que debieron permanecer allí encerrados mucho tiempo, tanto como para dejar abundantes restos y señales.

No obstante, uno de los escenarios más crueles radica también en aquella Barasus; los habitantes usaron el fortín seguramente pero después debieron ser asesinados en masa. Se ha encontrado muchos esqueletos en las capas bizantinas, de todas las edades con cráneos machacados y fracturas en huesos. Parece haber sido un entorno estratégico no elegido al azar. Allí radican unas enormes cisternas subterráneas (con un volumen de 7.600 m³ sostenidas por un centenar de pilares macizos). Parece claro que amén de matar se trataba de contaminar el agua, porque de tales depósitos se nutrían muchas localidades. El lugar parece después haber sido tapado con tierra y dejado como gran fosa común, el mejor modo que tuvieron los supervivientes, después de alejarse los árabes, de enterrar a tantos muertos (Guery, Roger, Morrison, Cécile, Slim, Hédi, *Recherches archéologiques Franco-tunésiennes à Rougga. III. Le Trésor de monnaies d'or byzantines*, École Française de Rome, 1982).

imaginaria defensa de los valores monotelitas, aquella teoría teológico-política que intentaba congraciarse a mono y difisitas en la estela del Patriarca Sergio.

Les beneficiaba el cambio secular de rumbo de la ofensiva árabe. Ese mismo año 647 o principios de 648, aparecieron diversos grupos en *Capadocia*, asediando Cesarea y Amorium, que no cedieron pero tampoco impidieron el saqueo del agro hasta llegar a *Frigia*. Al año siguiente, sorprendiendo una vez más por su audacia sin complejos, lanzaron un ataque puntual en *Chipre*, también en la “onda cruel”, a cargo del general Muawiya, (familiar del nuevo califa Utman), para “fogear” un flamante esbozo de marina. La acometida provocó la destrucción completa de la capital Constanza, la muerte o esclavización de sus habitantes, la inutilización a conciencia de las instalaciones portuarias y la consabida tabla rasa sobre las tierras circundantes. Después, llegó una tregua de casi tres años, que no fue baldía para los islámicos: aprovecharon ese tiempo para construir una flota de guerra a la que pronto darían buen uso, contra objetivos más importantes.

Fue también un tiempo de regalo que quiso aprovechar Constante II para recuperar el control y encarar las futuras agresiones. Sabemos que ese mismo año se fajó en la cuestión que envenenaba las mentes y servía como semillero de localismos al servicio de caciques regionales. Publicó un edicto de criterio intachable, el llamado *Typos*⁵³, que proclamaba la necesidad de olvidar toda la cuestión religiosa y marcaba penas para aquél que persistiera en semejantes debates: si era obispo sería depuesto, en el caso de legos sufriría azotes y destierro. Se ponía énfasis en la gravedad de aquel tiempo de zozobra, la necesidad imperiosa de paz interior, por el bien de la res pública, y la urgente llamada a respetar la unidad nacional bajo la tutela del augustus sobre cualquier otra consideración.

No hay duda de que las llamadas al orden, por vía del convencimiento, no tuvieron mucho éxito. Los poderes secesionistas, clericales o civiles, no se avinieron en modo alguno. Persistió el interés individual sobre la cordura y solidaridad; porque a esas alturas era bien notorio que los intentos de “nadar sobre la cresta de la ola árabe” significaban un suicidio a corto plazo para todos aquellos que, confundidos por promesas de respeto a privilegios, se sumaban a la oferta.

Entre tales se incluía el papado. El sucesor amañado e ilegal de Teodoro, Martín I, convocó para octubre una reunión de obispos en Roma. En el curso de aquel “sínodo luterano”, los clérigos proclamaron “anatema” contra la *Ektesis* de Heraclio y el *Typos* de Constante II. El abad Máximo (que había viajado desde Cartago con otros monjes africanos de su cuerda, como Teodoro y Leoncio), fue el verdadero “alma y rector” del acontecimiento; manejó las riendas para que triunfara una enajenada defensa de la “pureza ortodoxa” (que nadie desde lo civil había puesto en duda por entonces), excitando un verdadero odio “teológico” contra el emperador. Las reprimendas y “condenas” más absurdas no faltaron, desde el fallecido Patriarca Sergio hasta el contemporáneo Pablo, un hombre que por lo demás había inspirado el susodicho Typos-Decreto sólo como figura de tolerancia y en ningún caso como prueba de

⁵³ "Decreto" de Septiembre del 648.

renuncia al dogma difisita-ortodoxo. Dado “el crimen” del soberano, sin nombrarla, pero se apoya la “insurrección del Occidente”, Italia y África, contra semejante “monstruo”⁵⁴.

Constante II había recibido la mayor afrenta posible y veía amenazada toda la labor de concentración ideológica contra el invasor. El exarca Olimpio, radicado en Rávena, aunque se hallaba en Sicilia, recibió la orden de dirigirse a Roma y detener a los sediciosos. Pero no contaba con el poder del dinero y la capacidad de generar ambición que parecían poseer el tandem Martín-Máximo. El gobernador se dejó convencer por el canto de sirena de convertirse en emperador y se sublevó. Seguramente con el apoyo del sucesor de Gregorio en África, tal vez un amigo de Máximo llamado Gennadio. Graves inconvenientes que no tardaron en solucionarse, no obstante. De momento se buscó una tregua en Armenia, cuyos valientes hombres estaban en verdad parando por entonces todos los golpes árabes. La misma sería tratada por un embajador llamado Procopio y el mismo Muawiya, todavía en la fase de construcción de la ansiada y prometidora flota militar (lo que consumía dinero a raudales).

5

Una década de densa calma: 651-661

En el curso del año 652, el general Teodoro Caliopias arribó a Italia dispuesto a restablecer el orden. Allí derrotó fácilmente a Olimpio y detuvo a Martín (tal vez ya era primavera del 653). Se nombró de forma “canónica” un nuevo papa, Eugenio I, que resultó ser una persona mucho más razonable (con él se reanudó la división de poderes y la sujeción política del clero). Aunque faltan datos, todo apunta que poco después se envió también algún destacamento que retornó el África a la obediencia de Constantinopla. Con ello se terminó con la “insurrección” de Máximo y sus zelotas⁵⁵.

Desde entonces y hasta el año 668 parece que los árabes se centraron casi con exclusividad en sus deseos sobre Armenia y las islas de Levante. La primera, un reino muy correoso y que no había sido posible ni dominar ni tampoco desertizar, dada la bravura de sus hombres y, sobre todo, lo intrincado del terreno (montañoso y con

⁵⁴ Al parecer el Papa Teodoro ya había enviado una primera carta al Patriarca Pablo de Constantinopla, advirtiéndole de que no podría garantizar la lealtad de Occidente si el monotelismo persistía. Martín había sido apocrisiario de Roma en la capital y tendría ocasiones para ganarse la antipatía de casi todos allí. Era un fanático que sólo creía en la superioridad del clero y se atrevió a nombrarse sin la preceptiva aceptación por parte del emperador, después de anular a todos los compromisarios que no le apoyaban. Aunque acabó fracasando, creó un precedente que luego se haría elemento fijo: la independencia del Papa con respecto al emperador y los demás patriarcas, primer escalón para una supuesta “primacía”. En el juicio que después se seguiría contra él, en Constantinopla, será acusado “en letra” de “haber subvertido el Occidente todo entero”, (“Subvertit et perdidit universum occidentem”, P.L. LXXXVII, 112-113).

⁵⁵ La causa abierta al Papa Martín revestía la máxima gravedad; ante el Tribunal del Senado que lo debía juzgar el doble cargo fue el de “nombramiento irregular” y “traición”. Condenado a muerte, por intercesión del patriarca, será rebajada la pena a cadena perpetua. El escurridizo Máximo logró escapar y aún se ocultó en algún monasterio de Constantinopla; allí al fin fue detenido hacia el 655 y pagó el precio de su sostenida felonía con cárcel, hasta su muerte en el 662. Los hagiógrafos de siglos posteriores adornarán sus figuras con dulzona falsedad y ocultarán con sutil arte la verdadera causa por la que fueron condenados.

muchos recursos hídricos y ganaderos imposibles de “agostar”), se convirtió en la gran pugna. Las segundas sufrieron, una tras otra, voraces asaltos y depredaciones⁵⁶.

En el 654 volvió a la carga sobre Armenia el general Habib ben Malasma, (finales de año). Llevaba con él tropas sirias junto a unos 8000 soldados Kufan y otros 6000 iraquíes al mando de Salman ben Rabi. Derrotaron, probablemente cerca de Dvin, a unos 8000 soldados bizantinos al mando del general Maurianos, que murió en el combate. Teodosiópolis fue tomada y Resthuni sólo recibió como premio un exilio dorado en Siria.

Ese mismo año, los árabes pusieron en marcha su bien elaborada y poderosa flota; tomaron la isla de Rodas (la devastación fue brutal, vendiéndose a saldo los restos del famoso Coloso entre los mercaderes de Edesa⁵⁷), y después pusieron proa rumbo a Cos, Creta y aún Lemnos. No es de extrañar que en el 655, Constante II quisiera encarar ese peligro. Se enfrentó con la armada árabe en Licia (encuentro de Fénix o de “los mástiles”), frente a la moderna Finike. Fue la primera gran batalla naval entre musulmanes y cristianos. Y parece que el emperador no estaba al corriente de la verdadera envergadura y número de los navíos sarracenos, porque la sorpresa fue mayúscula. Resultó una terrible jornada para los bizantinos, sus barcos fueron aniquilados y el mismo emperador se libró sólo gracias a que cambió sus ropas por las de un simple soldado.

El 17 de junio del año 656 ocurrió un cambio importante en la cima de la jerarquía musulmana pero que, virtud a la pléyade de grandes hombres que allí proliferaban, no redundó en el empuje del naciente imperio. Ese día, el califa Utman fue asesinado en su casa de Medina. Allí, el yerno del profeta fue elegido sucesor en el acto; Muawiya por su parte, que había sido proclamado también en Siria, acusó al rival de complicidad en el asesinato y juró venganza. La guerra intestina que se desató en las filas árabes duró hasta el 661, con el triunfo del segundo.

Podría haber sido un grave inconveniente para los árabes, más lo único que ganaron los bizantinos fue apenas tres años de tregua que pagaron aquellos con alguna divisa y devolución de señalados prisioneros.

⁵⁶ El devenir en Oriente reviste interés, en cuanto se refiere al África, porque son evidentemente los dos polos de una misma guerra. A principios del 653, Teodoro Resthuni se comprometió a convertir Armenia en un reino aliado del califa, a cambio del cese de las razias. Los bizantinos no se resignaban a perder ese territorio, llave de Anatolia, y el emperador Constante II se presentó en Dvin. Pasó allí el invierno queriendo convencer a la población de que contaba con el socorro de sus legiones. Abandonó la región a finales del año y dejó algunas tropas. Que fueron alejadas por Resthuni. Éste firmó un pacto con los árabes muy significativo: no habría bases en su tierra, extendiendo por su parte un compromiso de ceder una tropa de 15.000 arqueros a caballo previo pago de una soldada y, en contrapartida un compromiso de ayuda militar si Constantino IV intentaba invadir Armenia (en teoría esto suponía una independencia real del país, tanto de árabes como de bizantinos). El trato fue muy difícil de cumplimentar y pronto quedó en papel mojado.

⁵⁷ No es ningún exceso afirmar que el coloso “fue derribado”. Aunque tampoco se puede estar 100% seguro de que así fuera. De lo que no cabe margen alguno de duda es de que, independientemente de si estaba o no “erguido”, los rodios de época romano-bizantina seguían considerando su coloso con orgullo, muestra de su pasado glorioso, manteniendo y enseñando a los visitantes sus vestigios. La disección en trozos y el transporte y venta forma parte de la humillación tras la victoria. Y los historiadores se preocupan de señalar ese hecho, aunque sea “anecdótico”...

Cuando en el 661 el califa se sintió nuevamente seguro a la cabeza de los suyos, se rompieron de nuevo todos los pactos y cesiones. IncurSIONES leves empezaron a tantear *Tripolitania* y *Armenia*. Nubes de gruesa guerra, apareciendo sobre el horizonte, pusieron a flor de labios la tan consabida e indeseable pregunta: ¿dónde ahora?

6

El fracaso de una “gran idea”: años 662-668

El año 662 marcó un hito en la historia de Bizancio. En esa fecha, Constante II tomó una decisión trascendental: desplazarse personalmente con el ejército *praesentalis* hasta Sicilia. Su decisión de fijar la capital en Siracusa era firme; había mandado llamar a su mujer e hijos. Desde allí pensaba controlar mucho mejor la ofensiva árabe en ciernes, sumando un nuevo ejército por leva local en provincias que habían sufrido menos y teniendo la oportunidad de desplazar esa masa de maniobra hacia el lugar que realmente lo necesitara más, virtud a la flota que se guarnicionaría en la próspera isla. Incluso (reforma que de llevarse a efecto hubiera cambiado el curso de la historia en Occidente), se propuso planificar y ejecutar la distribución de tierras “militares”; lotes que se entregarían a familias de campesinos libres a cambio de que éstos se preocuparan por aportar un soldado-ciudadano pertrechado y dispuesto a desplazarse: nada más y nada menos que el sistema “estratiótico” que tan buen resultado daría apenas un siglo después con los llamados iconoclastas en Bizancio⁵⁸.

La original maniobra, sin embargo, no salió bien. Faltó tiempo y el emperador, además, no contó con los *possessores* ni con el clero occidentales. Los soldados profesionales entonces al uso generaron gastos voraces, que pronto repercutieron en la economía de ricos y pobres en Italia y África⁵⁹. En la primera la presencia directa del augusto servía de sordina y contención, pero en la segunda la situación era más laxa. Los monjes seguidores de Máximo parecieron haber tenido su nueva “buena racha” y consiguieron hacer cristalizar una insurrección. El exarca fue asesinado y se proclamó nuevo gobernador a un tal Eleuterio. Justo cuando secciones árabes volvían a aparecer en *Tripolitania*, sin ser avistadas a tiempo porque la marchita Cirenaica estaba deservida de hombres y actividad alguna.

Y no sería la única desgracia. En la frontera de Anatolia, el estratega de los armeniacos, el general Saborius, entró en rebeldía. Entabló negociaciones con el califa Muawiya en Damasco, al que ofreció pagar un fuerte tributo si le garantizaba tranquilidad para sus campos y una semi-independencia fáctica. Sólo la muerte por accidente del rebelde no hizo llegar la cuestión más lejos. No obstante, este corto

⁵⁸ La cuestión es debatida y razonada por el especialista Treadgold en uno de sus textos más reconocidos: **Treadgold, Warren;** *Byzantium and its Army*, 284-1081, pág. 24.

⁵⁹ Se rehizo el catastro para un control más riguroso, aumentaron las tasas sobre el comercio marítimo y los fundiarios; incluso se aplicarían a las iglesias y sus propiedades, algo que sin duda tuvo mucho que ver también con la reverdecida inquina de monjes y obispos en todo el Occidente.

periodo de secesión habría de permitir a los árabes hacerse con la neurálgica Amorium y llegar en correría hasta el Bósforo.

Faltó poco, pues, para que la “*Gran Idea del siglo VII*” muriera casi antes de nacer. La intriga triunfó incluso entre los suyos. Constante II, el último emperador romano que visitó Roma formando parte de su Imperio, fue asesinado el 15 de julio del 668 en Siracusa, tal vez cuando pensaba pasar a África para castigar al intruso y enfrentar a los árabes desde *Tripolitania*.

7

Las grandes líneas de la geoestrategia del primer imperialismo árabe: terror versus tolerancia

La estrategia islámica entre los años que siguieron a *Yarmuk* y el primer gran asedio a la ciudad de Constantinopla representó la cumplimentación de una doctrina militar tan ambiciosa como revolucionaria. Los califas guerreros se dieron por empresa el salto hacia Europa, arrollando el único obstáculo serio que se oponía: Bizancio. Un Imperio exhausto, en crisis de sucesión y que sólo era capaz de ofrecer una respuesta en tanto supiera aquilatar sus menguados recursos. La movilidad árabe (caballería ligera) era el elemento táctico fundamental que, llevando al límite su capacidad de rápida e inesperada destrucción entre la población civil, se convertirá en un arma de terror extremadamente eficiente (sobre todo gracias a la plena “libertad de acción” que gozarán los diversos jefes tribales según las circunstancias). La creación de “desiertos humanos” en las áreas fronterizas fue el argumento fáctico que empujó a los habitantes y líderes locales a buscar el compromiso que se ofrecía en inmejorables condiciones, con una diplomacia (o doblez) que se haría proverbial. La creación de genuinas “bases militares”, totalmente autónomas en gestión logística, construidas sobre los entornos “neutralizados” más idóneos para el control y la expedición de nuevos raids, todo, fue una utilísima novedad del momento, tanto que aún hoy las modernas superpotencias las han copiado en sus principales características de misión y funcionamiento.

Frente a ello Bizancio, un “Imperio burocrático”, se mostró demasiado lento. Heraclio asumió el inicio de la porfía ya viejo, encontrándose para ese momento más que agotado. La crisis familiar que siguió a su muerte fue un terrible “tiempo perdido” que los musulmanes supieron aprovechar magníficamente. Una vez sometidas con poco desgaste las regiones de *Mesopotamia*, *Siria-Palestina* y *Egipto* (que estaban en plena convalecencia de la guerra persa), el jovencísimo emperador de los romanos pretendió fijar fronteras vivas en Anatolia, sin olvidar que Occidente era tanto o más importante. Esa fue, en esencia, la compleja política-estrategia que siguió el segundo heráclida, Constante II (641-668), con relativo éxito como veremos; aunque eso hiciera elevar la intensidad de una confrontación en los nuevos frentes, hasta superar la de cualquier “guerra total” de los tiempos precedentes, a la que los árabes responderían insistiendo en un salvajismo que se llevaría por delante varias “romanías”, la africana entre ellas.

Durante mucho tiempo se ha tenido por sorprendente y extraña la decisión de este emperador de trasladar la corte y, por ende, su estado mayor a Sicilia en aquel crítico periodo a mediados del siglo VII. Tanto como el intento de crear allí un ejército y marina de nueva composición, sobre la base de recursos humanos y económicos locales, originarios de Italia y las islas occidentales, sin perder de vista la reserva del África romana. En cambio, al sentir más actual (ya develado por un clásico como Louis Brehier), nada resulta más lógico y apropiado si se viene a observar con atención y criterio temporo-espacial aquel “*Teatro de Operaciones*” que entonces se dibujaba en el Mediterráneo.

Y es que, desde las trascendentales victorias en Siria, Palestina y Egipto, el vigoroso imperialismo árabe apuntaba casi simultáneamente en dos direcciones. Por un lado hacia Constantinopla, vía Anatolia por tierra y a través del eje Chipre, Rodas, Cos y Cízico en cuanto a la flota. Por otro lado se vuelca al Oeste, sobre el camino que lleva a la provincia de África desde las bases al sur de Alejandría. Seguramente, a simple vista era muy difícil determinar cual sería la prioritaria: ¿golpe directo al corazón, la capital, o fase previa con ocupación del sur mediterráneo y después salto a Europa, que amén de nuevos dominios implicaba envolver el Imperio bizantino desde dos frentes? Hispania y Galia, bajo la férula “barbari”, podrían ser presa fácil de una máquina militar, la sarracena, incomparable en medios humanos, moral, estrategia y táctica; los dominios de Italia estarían amenazados y, a la postre, Bizancio quebraría en un cascanueces que los omeyas habrían construido desde Oriente y Occidente en relativamente pocos años. El fulcro de tales operaciones sería precisamente aquel conjunto del sur italiano en el que las grandes islas eran el primer escalón

Los líderes musulmanes, de hecho, parecen haber alternado ambas opciones; según la resistencia y dificultades que encontraban en cada momento, con una flexibilidad que demuestra una excelente información, un cuidadoso proyecto para el que no se escatimaron imaginación ni recursos y una doctrina de guerra genial. Es en este aspecto la mayor y más decisiva novedad. La amplitud del terror y la destrucción sería muy medida y proporcional a la resistencia encontrada; la conquista siempre iba precedida de una “preparación” larga y dura (el goteo incesante del saqueo mediante unidades ligeras que entraban y salían como el rayo) con el propósito confesado de llevar a las poblaciones hasta el límite. Sólo la sumisión daría paso a la más dulce de las tolerancias, que incluía (otra novedad) a las élites comarcales: el localismo o “caciquismo” sería el mejor aliado, un “quintacolumnismo” que disfrutaría, a cambio, liberarse de las obligaciones frente al gobierno central. Casi todos los vencidos ganaban; los poderosos en descentralización y los comunes eludiendo los raids dolorosos de aquellos jinetes. Una inteligente y eficiente forma de conquista que descartaba estar, como equivocadamente pensaron los primeros generales de Bizancio, ante “una nueva oleada de bárbaros” que también terminaría por conformarse con alguna tierra que ocupar antes de perder fuelle. Muy al contrario se estaba ante un desafío total, dónde sólo habría un final posible: el triunfo del Islam absorbiendo la romanía.

El año 639 representó un hito en la expansión árabe. Se desató una feroz campaña “de tierra quemada” que presionó con brío y simultáneamente hacia *Armenia* y *Egipto*, intentando así alcanzar la estabilidad definitiva de las conquistas en *Mesopotamia*, *Siria* y *Palestina* en las décadas anteriores y crear un área “sin habitantes” que pudiera ser utilizada como corredor para “razias” fulminantes sobre los adyacentes y codiciados territorios de Bizancio. Este esquema de “desiertos” sería una constante en el avance islámico del segundo periodo, que dañará, con crudeza que a veces se percibe hasta el día de hoy, la anterior riqueza de regiones enteras, muchas de las cuales nunca retornarían a los cánones romanos de cultivo y demografía⁶⁰.

La destrucción “apocalíptica” es aún detectable por el análisis de los lugares antaño habitados y dotados de riego que por contra hoy son yermos. El corte, según la literatura y la evidencia arqueológica se produce justo en ese inicio/mitad del siglo VII (la cerámica de uso se detiene en tal tiempo). La destrucción de elementos de producción imprescindibles para la supervivencia es algo que las tribus iraquíes habían contemplado en las campañas de Heraclio en Mesopotamia, pero la intensidad sería elevada en muchos enteros y en áreas más sensibles aún a tales prácticas como *Siria*, este de *Anatolia*, *Cirenaica*, *Tripolitania*, incluso el África mucho más tarde. Un resumen de los efectos de esa “guerra total” se encuentra en el trabajo pormenorizado y con la tecnología más moderna de **Benjamin Z. Kedar**, “*The Arab Conquests and Agriculture: A seventh-Century Apocalypse, Satellite Imagery and Palynology*”, *Asian and African Studies*, 19 (1985) Págs.: 1-15.

En puridad, lo que se pretendía era, merced a la ausencia de fortalezas o poblaciones, hacer muy difícil o imposible prever o advertir por donde se aproximaba el siguiente golpe y convertir la vida ordinaria en un infierno del que sólo se podía salir con la sumisión nominal a los califas, cesión o cambio de soberanía que nunca aparentaba ser algo plomizo porque se aseguraban vidas y propiedades amén de libertad religiosa salvo el pago de ciertos tributos. En verdad, permanecer a la sombra del Imperio romano habría de significar un suicidio para ciudades y campesinos de regiones limítrofes; la salida más rentable era llegar al acuerdo con los deudos del nuevo profeta surgido de la Meca. Tal vez, prescindiendo de tópicos religiosos y ahondando en las cuestiones económico-estructurales, seguramente más valiosas, no fue tanto una cuestión de diferencia de dogma como una de supervivencia física y económica, la que hizo que los monofisitas en Oriente Medio aceptaran, a regañadientes, el dominio árabe, renunciando a la anterior comunión con el Imperio⁶¹.

⁶⁰ Uno de los trabajos más técnicos sobre ciencia militar árabe, ya en sus orígenes, y que explica los principios que relatamos es aquel de **John W. Jandora**, “*Developments in Islamic Warfare: The Early Conquest*”, *Studia Islámica*, 64 (1986), Págs.: 101-113.

⁶¹ El profesor Roger Collins lo ha expresado en términos inequívocos; en esa “quinta columna” se ha destacado, en muchos casos de manera muy ligera, “*a los judíos y hay quien ha visto a los coptos y a los monofisitas jacobitas de Siria no sólo alejados de Bizancio, sino incluso como colaboradores activos de los invasores. En realidad los datos sobre tal participación son muy escasos. No existe prueba alguna de que los cristianos, de cualquier tipo, se hayan alineado abiertamente con los árabes y en lo relativo a la participación judía las pruebas son también escasas y restringidas geográficamente. [...] Más significativa era la magnitud de los acontecimientos que estaban teniendo lugar y la escala de la violencia y el desorden que los acompañaba, [...] Los factores más específicos podrían incluir la naturaleza de la guerra y la geografía de los territorios afectados. [...] Los términos y condiciones que los árabes ofrecían a los habitantes de las ciudades de Siria, Palestina, Egipto y Mesopotamia estaban calculados para eliminar cualquier amenaza que éstos pudieran presentar y para maximizar el esfuerzo militar árabe al evitar la necesidad de emplear hombres para dejar guarniciones en*

Mucho énfasis se ha puesto sobre los desencuentros entre alejandrinos o sirios y ortodoxos, supuestos “localistas” y “centralistas”. En cambio no tanto se remarca que, tanto mono como difisitas pretendían imponer sus criterios al conjunto, que ambas eran opciones con pretensiones de “universalidad” y que no faltarían monjes y creyentes de uno u otro signo en mezcla íntima sobre el cabo de todas las áreas de Bizancio. Monofisitas declaradas serían emperatrices tan señeras como Atenais-Eudocia o Teodora. Y emperadores tales que Zenón o Anastasio. Tiberio-Constantino y Mauricio fueron tolerantes y sortearon sin demasiadas complicaciones la cuestión. La “nacionalidad” romana de unos y otros nunca se ponía en duda. No sólo lo atestiguan los propios escritos, bien sean sirios, griegos o latinos, también los hechos. Lo único cierto es que cuando tuvieron ocasión de prosperar en seguridad, los “herejes” siempre prefirieron pertenecer a Roma-Bizancio que abandonarla, y en los días decisivos tuvieron el coraje de pasarse, con más corazón que medios, al lado bizantino⁶². La gran cuestión se planteó cuando la alternativa era entre la supervivencia y la sumisión, entonces el monofisismo sirvió más como una superestructura ideológica no globalizante, como había sido al principio, sino capaz de justificar una secesión. Dar demasiada importancia a los clérigos que nos han dejado insistente recuerdo de sus disputas conduce, seguro, a una interpretación demasiado sesgada de un proceso que, como siempre en la historia, tiene bases más emocionales y económicas a la vez.

El periodo de Constantino IV (668-685)

8

La rotura del limes en Byzacena, toma sangrienta de Cululis y fundación de Kairouan

las ciudades. La elección que se ofrecía era que si una ciudad se rendía sin resistencia los habitantes conservaban sus vidas, libertades, autogobierno local y libertad religiosa a cambio del pago de impuestos sobre la tierra y personales. Por otra parte, si luchaban y la ciudad era capturada perdían sus propiedades y se convertían en esclavos. Ante la falta de perspectiva de socorro por los ejércitos imperiales, pocas ciudades eligieron la segunda opción. Si el emperador triunfaba finalmente, como lo había hecho sobre los persas hacía poco, no se habría perdido nada y mientras tanto los impuestos pagados a los árabes no eran mayores (y puede que hayan sido menores) que los debidos al gobierno bizantino. Dado que las murallas de aquellas ciudades que no habían sido restauradas, estaban sin duda en malas condiciones, la decisión no parece haber sido difícil de tomar” (Collins, Robert; “La Europa de la Alta Edad Media”, 300-1000, 1991. Págs.: 202-203).

⁶² Un ejemplo muy significativo es el abandono masivo que los marineros egipcios y sirios hicieron a mediados del segundo asedio de Constantinopla (hablamos tan lejos como el 717) quienes, a millares, abandonaron las naves sarracenas donde eran obligados a servir (o las hundieron con guerreros árabes en su interior), y en pequeñas embarcaciones corrieron a proclamar su fidelidad al que creían por siempre su emperador; aquel arabocatótonos que se llamaba León III. El cronista Teófanos habla de que el mar de Mármara era un bosque de pequeñas velas.

*cui paruit Nonnus, qui condidit ista, tribunus/
Urbs, domino laetare pio iamque aspice quantis/
Eis subducta malis quantoque ornata decore!/
Censuram, statum, cives, ius, moenia, fastus
Atque suum nomen posuit tibi regia coniunx!*

...

(Inscripción de Cululis Teodoriana)

Cuando Constantino IV asumió la corona, tuvo primero que hacer frente a un aluvión de pequeñas rebeliones militares. Por fortuna, el ejército *praesental* en Sicilia retornó a Oriente ya sin candidato pero encontrando trabajo en la eliminación de otros pretendientes. Occidente, en particular África, se quedó un poco más solo. Los árabes captaron la ocasión y apretaron allí el dogal.

La columna que coincide en su momento con la rebeldía de Eleuterio pareció haber sido una simple “descubierta” del estado mayor musulmán en Egipto. Porque el verdadero ataque se dio al año siguiente (casi a la vez que la consolidación en el trono de Constantino IV). El genio de Muawiya ibn Hudaydi quedó reflejado en toda la campaña que siguió. Destinó no menos de 50.000 hombres, de acuerdo a objetivos limitados pero densos.

El califa comenzó con un desafortunado castigo a una de las comarcas más ricas en la *Byzacena*. Se vieron afectados sobre todo los ricos campos de Hadrumetun Iustiniana (Soussa) y toda la llanura interior hasta Couloulis (Djelloula) y Mamma (Kouki), donde verdecían los olivares. Los mismos que se talaron por centenares y sirvieron para enormes piras cuyo humo podía ser visto bien lejos; actividad ya ensayada en otros lares antes, (v. gr. *Armenia* y *Cilicia*), y de la que hay constancia según los estudios de palinología en diversos lugares arqueológicos abiertos.

Una tarea que hicieron a conciencia y sin prisa, sistemáticamente hasta los pies de los muros donde se guarecían los habitantes. Las guarniciones de Hadrumetum y Cululis fueron incapaces de mantenerse incommovibles y firmes tras las defensas de piedra (como era preceptivo) y empujados por los civiles que veían arder su propio futuro, intentaron hacer frente de manera conjunta a los guerreros árabes. El resultado fue la enésima dolorosa derrota que se saldó con pérdida de valiosos soldados y lo que era aún peor, por vez primera se tomó una ciudad africana, la misma Cululis⁶³ que se

⁶³ Cululis Teodoriana, (Ain Djelloula), fue una de las ciudades que con mayor esmero hizo adornar el emperador Justiniano. En 1975 se encontró la inscripción conmemorativa de las obras del pretorio bajo las órdenes del tribuno Nonno. Datada en 540, en ella se afirma (son sólo unas escogidas frases de un largo párrafo):

*“Ciudad alégrate de tener este gobernante piadoso
y mira al presente de cuantos males te ha librado
y de que ornamentos te ha llenado.
En fin, has recibido la autoridad de la administración,
la estabilidad política, la ciudadanía, el derecho, murallas, el lujo.
Y la esposa imperial te ha dado su nombre...”*

(Beschaouch, A.: “Un essai de restauration municipale en Afrique sous Justinien”, Africa, 7-8).

había quedado casi sin hombres armados. Sumando los de otras villas menores, hasta 80.000 varones y mujeres fueron esclavizados y en horrible traslado llevados a la venta a Fez y Damasco⁶⁴.

Pocos meses después, hacia el 670, tropas al mando de Ukba Ibn Nâfi pudieron retornar allí, justo en un lugar previamente arrasado y equidistante de las ciudades citadas; y esta vez la voluntad fue quedarse: pasaban a la siguiente etapa construyendo la característica base militar o centro táctico de apoyo y concentración de efectivos, siempre prestos a la movilidad bélica. Se levantó la ciudadela de Kairouan en un tiempo récord, sitio donde quedó acantonada, casi una división entera de caballería (30.000 hombres aprox.) a la espera de órdenes y ocasión.

9

África contemporánea al gran asedio y la batalla de Constantinopla: el “Stalingrado del siglo VII”

Podría decirse que los bizantinos, a los que cada vez la experiencia les servía más en el manejo de la estrategia árabe en todos los frentes, afrontaron el desastre de Cululis con cierta habilidad y que incluso fueron capaces de obtener notables éxitos a corto plazo. De hecho, la guerra cobró por entonces en África un carácter “posicional”. Se reforzaron los fortines en las villas que formaban nudos sobre vías empedradas, hubo un repliegue táctico hacia el noroeste pero los baluartes más próximos a Kairouam se mantuvieron, para vigilar y dar aviso de cualquier movimiento.

No hay duda de que, pese a la energía desesperada de los mandos militares, muchos ciudadanos de la élite debieron emprender entonces la huida. A Baleares, Sicilia e Italia sobre todo, aunque también lo harían a la Hispania visigoda y Constantinopla. Los ciudadanos pobres simplemente debieron aguardar los acontecimientos o emigrar a pie hacia *Numidia* primero y la *Tingitana* después. La fase de la guerra que comenzaba ahora prometía ser la más dura. De una incertidumbre suprema, ¿qué esperanza cabía cuando se llevaban más de 30 años de conflicto y el antecedente era la desaparición de las provincias que precedían en la ruta desde *Egipto*, las desgraciadas *Cirenaica* y *Tripolitania*?

Los árabes, de momento, perdieron su capacidad de sorprender y tras varios descalabros menores comprendieron que, tal vez, había sido una decisión precipitada fijar un núcleo tan al Occidente. Hubo un verdadero estancamiento. El territorio bizantino no pudo ser alterado en mayor medida porque la rápida información de las salidas árabes pronto permitía una respuesta coordinada que ponía en serios apuros a los yemeníes y sirios. En pocos meses estuvo claro que sólo con un cuerpo más

⁶⁴ “En este año, Constantino deviene emperador junto a sus hermanos. Los sarracenos invadieron el África y tomaron, como es sabido, 80.000 cautivos” (Teófanos, Cron. ed. Mango, pág. 491). La cruel hazaña también es señalada por Miguel el Sirio (ed. Chabot, t. 2, pág. 454) y por Agapios (ed. Firs, pág. 231) que amplía la cifra a 100.000.

abultado de combatientes cabía lograr avances; si se limitaba al contingente “fijo” en Kairouan no sumarían nada de valor a la gloria de Alá.

Pero tales refuerzos no eran procedentes. Muawiya había decidido desencadenar la “gran batalla” y ya no le importaba nada más: el objetivo lo creía maduro para arrebatárselo a los infieles; ella, Constantinopla, significaría el fin de Bizancio y la puerta abierta para dominar el mundo del Norte, “Europa”, y otorgarle el honor de ser el primero en repartir allí la última verdad revelada, y recoger de allí riquezas sin medida.

Áreas costeras muy específicas de Chipre, Cos, Mileto y Cízico fueron tomadas, aseguradas por “limpieza en círculo”, iniciándose la construcción de sendas bases. La tarea, planificada geo-tácticamente al detalle, llevaría cuatro años; entre el 670 y 674. En la primavera del último ya llegaba el turno de Esmirna, atravesar los Dardanelos y sellar el Bósforo. Se iniciaba el tremendo y épico primer asedio a Constantinopla.

La batalla por hacerse con la Nueva Roma duró cinco largos años, y en ella los árabes pusieron todos sus mejores hombres y recursos. Hubo momentos de verdadera angustia en la que el resultado a punto estuvo de rematar. Pero finalmente no lo consiguieron, virtud al valor del pueblo romano, la inteligencia de Constantino IV y la habilidad de los ingenieros militares que pusieron a punto un arma de guerra sin parangón hasta entonces: el fuego griego que, poco a poco, terminaría con el dominio naval musulmán, poniendo fuera de servicio sus arsenales de aprovisionamiento y quebrantando su inmensa fe en la pronta victoria que parecía haber predicho el Profeta en su libro inspirado. Murieron frente a los muros de Teodosio algunos de los grandes jefes, como Abu Eyub, y la retirada a través de las costas de Cilicia estuvo cuajada de desastres y nuevas pérdidas.

El balance para los califales fue calamitoso; tal vez perdieron unos 80.000 hombres, la mitad de la flota y toneladas de moral. Moawiya quedó impactado, sumido en el estupor y la depresión. Nunca pudo prever tal adversidad; ellos, victoriosos desde hacía décadas, habían fracasado en el momento decisivo. Tal vez, como dejó dicho el cronista “*entendieron que el Imperio Romano estaba guardado por Dios*” (Teófanos, *Cron. ed Mango*, pág. 496).

En Cartago, la mermada moral de los africanos tuvo que ganar enteros. Que vendría muy bien, porque a renglón seguido, y con el brío de una revancha y segunda oportunidad para los árabes en su empeño de alcanzar a dominar el orbe, les iba a corresponder entregar a ellos su generosa dosis de sangre.

10

Periodo 675-683. Victorias bizantinas en África. Batalla de Tabudeus

En el año 675, el califa Moawiya había perdido una gran cita con la historia pero sabía que tenía otras pendientes. Inmerso en el nerviosismo y la duda sobre la idoneidad de sus propias decisiones (algo característico de todo comandante que sufre un duro revés) decidió cambiar el mando en Kairouam. Ukba fue sustituido por Abû-l-Muhâdjir, otro jeque de notable y dúctil inteligencia, que se propuso flanquear los territorios bizantinos por el sur y establecer relaciones directas con los beréberes del pre-desierto, anclados a oasis y en un estado muy primitivo de sociedad; a los que, pensaba, no sería difícil trasladar su fe en Alá y Mahoma⁶⁵.

El propósito de tal alianza quizá fuese poder atravesar zonas áridas y también hostiles en un relativo confort y seguridad; volviendo a gozar una libertad de movimiento y capacidad de hacer daño, porque era posible efectuar giros hacia el Norte donde fuera apropiado, con el factor sorpresa de nuevo en su haber.

Derrochando diplomacia el jeque consiguió, de hecho, hacer entrar en su órbita algunas tribus en la frontera meridional de *Byzacena*. Y sin duda el camino podía abrirse aún más sin demasiado esfuerzo; los nuevos “hombres fuertes” se atraerían a la mayor parte de los nómadas si se dejaba transcurrir el tiempo necesario y obtenían alguna victoria clara en el interior del territorio rumi, lo que marcaría un efecto “llamada”. Ahora se necesitaba paciencia. Comenzaba a notarse el tremendo desgaste que había ocasionado la matanza ante los muros y la retirada en Constantinopla⁶⁶; era un punto de inflexión, aunque costaba aún darse cuenta.

Pero un nuevo califa, Yacid I, que había sucedido en el 680 al descorazonado Muawiya, no tenía tanta paciencia. Tal vez menospreció a su predecesor, al precavido Muhâdjir y también a los bizantino-africanos. Devolvió el mando a Ukba, un hombre de enorme valor, ágil y certero en la razia que le habían planificado desde el mando en retaguardia, pero poco apropiado para llevar a cabo una verdadera guerra con condiciones de información y movilidad similares del oponente. No tenía sentido medio-estratégico ninguno. Y encima, no se le dotó de una tropa suficiente para entrar “en fuerza” sobre *Byzacena*, algo que seguro hubiera hecho bien.

⁶⁵ Es importante recalcar que por entonces los “beréberes” estaban perfectamente diferenciados en dos grupos. Por un lado se encontraban aquellos llamados “del interior”; descendientes de las tribus que pelearon con Troglita y se habían fijado en “reservas”, hombres ya sedentarios y cristianizados en gran medida. Por otro, los “del exterior”; nuevas remesas humanas que seguían haciendo una vida nómada en torno al amplio pre-desierto, gentes que conocían la Romanía pero sin ligazón alguna con tal civilización salvo el comercio a baja escala y a través de ese fuerte limes que llevaba ahora un siglo sin problemas. Es a éste segundo gran grupo al que se dirigirá la atención de Muhâdjir (En torno a este tema, muy confuso hasta hace poco, trata la “enciclopédica” obra de **Moderan, Yves**: “*Les Maures et l’Africa romaine (IV-VII siècle)*”. École Française de Rome, 2003.

⁶⁶ Los árabes tuvieron problemas de relativa importancia en el territorio que creían más controlado, inmediatamente después y a resultas del fracaso en Constantinopla. Una gran rebelión contra ellos protagonizaron los palestinos rumi, algo que alcanzó a poner en serios apuros a las guarniciones árabes en Tierra Santa y las montañas del Líbano. Un dato más que explica porqué los árabes no tenían disponibilidad de tropas en África.

“En este año 676/7, los mardaitas se levantaron en el Líbano, se adueñaron de la tierra y de las Montañas Negras llegando hasta la Ciudad Santa y capturando las cumbres del Líbano. Muchos esclavos, cautivos y nativos tomaron refugio junto a ellos, así que en poco tiempo sumaron muchos miles de rebeldes. Cuando Moawiya y sus consejeros escucharon todo esto tomaron mucho temor...” (**Teófanos, Chronogr.** ed Mango, pág. 496).

El árabe se lanzó contra los primeros beréberes que no le quisieron reconocer a la primera como dueño y maestro. Animado por la aparente falta de resistencia (las tribus continuaban con su costumbre de no afrontar directamente al adversario y, siempre nómadas, simplemente cambiaban de lugar donde fijar sus tiendas), se arriesgó en una alocada carrera hacia la nada en el punto más al poniente que pudo alcanzar. Era una locura sin sentido, ningún provecho ni conquista recogería, salvo la mitificación posterior como “mártir” del Islam.

De retorno los expedicionarios que, tal vez, giraron en torno a la linde del actual territorio del Sahara Occidental (RAS), marchaban cansados y con pocos víveres, vigilados por exploradores y cavilas en contacto con los bizantinos. Cayeron así en una emboscada sin salida posible, al sur de la ciudad fronteriza de Tabudeus. El general Cecilianus⁶⁷, con cohortes romanas y el concurso entusiasta de beréberes ávidos de botín se precipitó en el momento justo a la espalda de los exhaustos. Ukba y todos sus hombres fueron masacrados. Mientras los nómadas se apropiaban de los despojos, los bizantinos aprovecharon para cercar y destruir lo más importante en términos tácticos: la poderosa y siempre amenazante base Kairouam. Corría el año 683.

La victoria bizantina de Tabudeus⁶⁸, por fortuna para los historiadores modernos, llegaría a ser celebrada muy lejos; hasta en la corte del Papa se consignaría⁶⁹. Los

⁶⁷ Por desgracia, muchos textos “ligeros” siguen confundiendo el personaje de manera lamentable. La mayor parte de las llamadas “fuentes” árabes (ya hemos señalado reiteradamente que todas son muy tardías, a siglos vista de los acontecimientos) de costumbre confunden el mito y la leyenda con la realidad última de los hechos que se refieren. La imaginación no encuentra coto para, sucesivamente, elaborar desde las iniciales otras tramas más y más hermosas literariamente, fantásticas como cuento, pero inservibles en cuanto información, salvo desglose muy fino.

Ibn Khaldún aduce datos tan confusos como contradictorios entre sí. De aquellos citados por segunda referencia sólo el más antiguo, el Kitàb al-Istibsar, que parece recoger noticias de un relato aún más anterior, distingue a “Kusayla” como el rumi comandante de la plaza de Tahûda (Tabudeus, evidentemente); y AL-Bakri, el más serio de los árabes, nacido o criado en Ceuta y seguramente heredero de cierta tradición latina, en concreto nos explica:

“Cuando Okba llegó cerca de Tehuda, el ejército romano se puso en movimiento conducido por Kacila en tanto las tropas beréberes se aproximaban para unirles”, (AL-Bakri, Descr. ed. De Slane, pág. 151).

Estos textos y el más importante aún del Liber Pontificalis que citamos más abajo, fuente de la época exacta, y otras consideraciones que se han puesto de manifiesto hace también muy poco tiempo, son los que han permitido dar la luz en estos hechos, tan confusos y tergiversados en libros aparentemente “serios”, donde se sigue repitiendo la barbaridad de catalogar a Kusayla como un jefe bereber “orgullosa y defendiendo su tierra”. Aún Diehl se veía plegado a aceptar (la verdad es que no de forma definitiva ni convencido) tal identificación, forzado por la ausencia de datos fiables y la “presencia” de relatos árabes tardíos que así afirmaban. Aún después, los investigadores no sabían cómo abordar la cuestión, cayendo siempre (cualquiera que fuera la opción que se escogiera) en laberintos de explicaciones disparatadas.

El profesor Ch. E. Dufourcq ha sido el primero en llamar la atención sobre las fuentes latinas y demostrar la deformación árabe del nombre latino Caecilia-Caecilius (Cecilio o Ceciliano), un nombre muy común en África por mor del santo de Cartago con ese mismo epónimo (San Ceciliano, que se celebra aún en el calendario católico el 3 de Junio; quién, según el martirologio Romano, av. 1970, fue un sacerdote de Cartago que convirtió al cristianismo al que luego sería San Cipriano. Este último no cesaría jamás de dar honor al nombre de su guía espiritual y lo añadiría al suyo. A la muerte de Ceciliano, San Cipriano tomó a su cargo y cuidado a su viuda y los hijos. Para un conocimiento exhaustivo sobre santos y reliquias en el África romana se puede consultar el texto de **Victor Saxer**: *Morts, Maartyrs et reliques en Afrique Chrétienne aux premeir siècles. Les témoignages de Tertulien, Cyprien et Augustin à la lumière de l'Archéologie africaine, Théologie Historique*, 55, 1980).

⁶⁸ Tabudeus (Tjouda) pasa por ser una de las fortalezas bizantinas más poderosas del limes sur, hacia el pre-desierto. Las piedras que sirvieron para las construcciones militares se reutilizarían después en muchos edificios, incluso localidades un tanto alejadas. En la misma actual “Tjouda” se han encontrado muchas inscripciones de diversas épocas que señalan las reparaciones llevadas a efecto por el prefecto Solomon y otros posteriores (la mezquita de Sidibou Baker está construida en base y los elementos de una caserna). El uso por los limitanei bizantinos parece haber llegado hasta cerca del año 700 (defendiéndose junto a sus familias de forma aislada de invasores o ladrones beréberes), porque los árabes ya estaban a “otros temas” y aún después la población rumi ha dejado estelas funerarias cristianas hasta el siglo IX, (**Durliat, Jean**: *Les dedicaces d'ouvrages de défense dans l'Afrique Byzantin*, École Française de Rome, 1981, págs. 121-122).

siglos, la desidia y la fantasía oriental harían luego caer un injusto y férreo velo sobre ella, hasta el punto de querer negarla o robarla ante la historia. Pero se ha abierto camino y aunque sea la última vez que las armas de Roma alcanzaron el triunfo en el interior de África debe ser recordada como tal.

El periodo de Justiniano II (685-695)

11

La batalla de Mamma y la nueva base en Kairouan

La derrota de Ukba alertó a los supremos líderes en Damasco. Pero no hubo mucha capacidad para reaccionar. Seguirían seis años de absoluta inactividad en África, un periodo que resultó imprescindible para que los árabes pudieran recuperarse de tanto contratiempo.

El califa Abd-al-Malik (que asumió el poder entre abril y mayo del 685), tuvo muy claro que, de momento, la ruta directa hacia Constantinopla (por mar o tierra), quedaba fuera de toda consideración. Es más, su rival Justiniano II, un joven y flamante emperador bizantino que parecía querer honrar la memoria del homónimo llamado “el Grande”, imponía su voluntad en Anatolia. Tuvo que devolver algunos tributos y ceder sus bases en Chipre, incluso debió permitir a los cristianos libaneses y marraditas, que resistían en las montañas al norte de Palestina, que emigraran sin ser molestados a territorio bizantino y allí sirvieran como bravos soldados contra el Islam.

Tan bien marchaban las cosas, aparentemente, que el agosto se decidió a emprender “otra reconquista”, ésta vez en los Balcanes, infestados de eslavos que prosperaban a expensas de rumis, amén de un nuevo elemento invasor que asentaba sus reales al sur del Danubio: los búlgaros. Sería una tarea superior a las, en realidad, muy mermadas posibilidades de la romanía. Justiniano sólo consiguió perder preciosas huestes para apenas liberar Tesalónica y sus alrededores.

En el año 689, los árabes ya contaban con nuevas reservas humanas, entre los que no faltaban generaciones de nuevos conversos. No habría ensoñaciones con la “polis” Nueva Roma; la señal divina marcaba diáfana hacia África, una amplia costa desde donde era en extremo fácil llegar a Europa...

Un ejército impresionante, tal vez otros 50.000 guerreros al mando de Zuhayr Ibn Kays, se puso en marcha desde la base de El Kefir (la *Cirenaica* y *Tripolitania* seguían abandonadas como “tierra de nadie”) y en jornadas llegó de nuevo al precario limes oriental de *Byzacena*.

⁶⁹ El Liber Pontificalis del Papa Juan V, (685-686), señala: “*sed provincia África subjugata est Romano imperio atque restaurata...*”, (*Liber Pontificalis*, ed. Duchesne, t. I. Paris, 1955, pág. 366).

El general Ceciliano, que había sumado como auxiliares a ciertas tribus beréberes del Aurés, se encaró al enemigo en el punto estratégico sobre el que parece girar toda acción que se precie sobre *Byzacena* hacia *Proconsular*: el triangulo Hadrumetum (Soussa), Limisa (Ksar Lemsa), Mactar; allí donde Solomón se había batido un siglo y medio antes y poco después también el gran Troglita.

No parece haber sido una batalla fácil, pero la superioridad islámica y, tal vez, la defección de grupos nómadas, inclinaron la balanza hacia las banderas verdes. Los tagmas bizantinos sufrieron muchas bajas, entre ellas el propio Ceciliano, y el abandono subsiguiente de fortines próximos dio permiso para la reconstrucción, con inaudita rapidez, de la segunda Kairouan⁷⁰.

Los bizantinos llevaron a cabo un desembarco en *Tripolitania* (sin duda los navíos debían proceder de Cartago) para cortar la larga vía de suministros del ejército árabe; una operación sin duda muy habilidosa y digna de un gran estado mayor. Y que cosechó éxito: obligaría a Zuhayr a retroceder con el grueso de sus fuerzas para afrontar a los romanos en retaguardia, ocasionando una dispersión de sus fuerzas muy incómoda.

Seguramente este contraataque y el hecho de que, quizás, los árabes tampoco habían salido muy bien librados en la misma *Byzacena* sean la causa de una ausencia flagrante de continuidad en el avance o “aprovechamiento de la victoria”. De hecho, se suceden al menos otros tres años de lo que parece escasa actividad, aunque nos inclinamos a creer que se ocuparon en tareas para asegurar el recorrido desde Egipto, algo que se había visto como prioritario e imprescindible.

El periodo de Leoncio (695-698)

12

La primera caída de Cartago (695-696)

A finales del 695, triunfó en Constantinopla un golpe de Estado. En los últimos años Justiniano II se había hecho impopular. La guerra, con la que incluso quiso

⁷⁰ Los soldados bizantinos en todas las guerras contra los árabes sobre suelo de África nunca se mostraron reacios al combate o traidores a sus jefes, como había ocurrido a menudo en el periodo inmediato a la reconquista. Es evidente que esto se debe al hecho de que ahora eran hombres de la región, africanos que se batían a la vista de los suyos. A menudo morían hasta el último hombre junto a sus jefes, como fue el caso de Gregorio o Ceciliano, todos los que nos han llegado, aunque seguramente hubo más que no tuvieron el triste consuelo de dejarnos memoria.

El profesor Haldon señala y explica que, tanto en Italia como en África, de manera gradual, los milites acantonados llegarían a ser reclutados casi enteramente desde el medio local. Si los expedicionarios de Belisario y Solomon eran sobre todo tracios, ilirios o armenios; tras una o dos generaciones, los matrimonios mixtos y la obtención de tierras o propiedades, sumado a las habituales medidas de fomento, exenciones y mayor consideración social, hicieron muy atractiva la carrera de las armas para muchos africanos de clase media (Haldon, J. F.: *Byzantium in the Seventh Century*, 1990. pág. 249).

Respecto a la reconstrucción de Kairouan es un hecho notable que no refleja más que la idoneidad del terreno y la urgencia. No tuvieron ánimos de “desertizar” otra zona así que aprovecharon la “laguna humana ya fabricada”.

recuperar la iniciativa/ofensiva, consumió ingentes cuotas del Tesoro público, que con trabajo eran repuestas por el desagradable fisco a base de estrujar a los ciudadanos con desagradables extorsiones. Asumió el poder un general llamado Leoncio, no demasiado dotado, que tardaría un tiempo en asumir de verdad todos los resortes de tan vasto Imperio. Y que, por mor de ser más popular reducirá gastos y presión fiscal; algo muy poco apropiado para el esfuerzo militar.

Los árabes, como de costumbre, estaban bien informados. Decidieron entonces lanzar la gran campaña que se había demorado ya un tanto. Ese mismo año o a principios del siguiente llegó a Kairouan el mayor ejército islámico visto hasta entonces en África; dispuesto a conquistarla, sin detenerse ante nada. El comandante en jefe se llamaba Hassân ibn el-Noman el-Ghassani y, probablemente, dirigía un cuerpo completo con un número de combatientes no inferior a 80.000 hombres

Es muy importante para poder seguir el hilo de la conquista, entender la nueva situación geo-estratégica y geo-táctica a la que se había llegado ya muy próximo al final de aquel “bélico” siglo VII. Los árabes tenían ahora el empeño de avanzar hacia Cartago-Italia y, pese a la jornada de Mamma y la momentánea dislocación del poder en Constantinopla, la tarea prometía no ser fácil. Hacia el Norte-Oeste se situaban los romanos, correosos y de los que cabía esperar una resistencia técnica y “estática”, basada en las ciudades. Exigiría dotarse de medios de asedio. Al Sur-Oeste una tierra inhóspita donde pululaban tribus beréberes, algunas atraídas al socaire precisamente de la incertidumbre que provocaba la contienda, fáciles de vencer pero mucho más escurridizas y que, en caso de tener oportunidad, podrían causar mermas en los trenes “de asalto” (carros, catapultas, torres, etc.), por fuerza lentos, que habría que trasladar a cada etapa. Serían fuerza amiga tras la toma de cada villa y fortín, para participar en el saqueo, pero enemiga si el asunto se prolongaba y caían en la tentación de esquilmar un tanto a los musulmanes que “vivaquearan” o no marcharan ágiles.

Con todo, los árabes no parecieron haber tenido nunca una gran predisposición a la poliorcética. Sin despreciarla, preferían la movilidad, el daño a las infraestructuras y estimular el combate libre en el llano. Aquella doctrina había funcionado muy bien hasta entonces y en África tendría su colofón⁷¹.

Tal vez, Hassan prefirió actuar con suma prudencia. Dividiendo a su ejército en dos secciones, una marcharía raudo y sin detenerse en plazas menores contra la capital, Cartago; mientras la otra se movería en el área central y meridional para mantener a las guarniciones sin posibilidad de salir y concentrarse, amén de infundir respeto entre los beréberes del Aurés, aliados ágiles de Bizancio por mor de su cristianismo y deseo de conservar la tierra en la que ya llevaban sedentarizados, al menos, un siglo.

⁷¹ El sistema aún funcionará en el sur de Hispania donde se sumará la dicotomía rumi-hispano versus visigodo; excepto en el extremo septentrional donde las montañas y el clima lluvioso hacen imposible causar daños de ese tipo y permiten fácil esquivar las razias. Aún más, la respuesta de los astures cristianos será aplicar dolorosa posología con la misma medicina: Alfonso I el Batallador, un líder inteligente y resuelto, se dedicará durante todo su reinado a devastar el agro en la meseta norte. Con ello conseguirá que los árabes se desplacen al sur, al no dejarles nada sobre lo que asentarse y extraer beneficio, y los cristianos emigrarán hacia el reino de Asturias, donde engrosarán las huestes y pondrán en funcionamiento nuevas tierras de cultivo en los valles de Galicia a Santander, semillero de futuros súbditos, soldados y monjes.

No tenemos, por desgracia, ningún dato, por mínimo que sea, para saber qué ocurrió esos días (ni siquiera estamos seguros si era 696 o 697), en la meritoria urbe reina de África durante siete siglos. Tal vez se vieron sorprendidos: el exarca (del que ni siquiera sabemos su nombre) intentaría salirles al paso, y al ser rechazado, en medio del pánico, la mayor parte de la población decidió subir a los barcos en el puerto y abandonar la ciudad. Seguramente buscaron refugio en la región próxima de Bizerta y tras las murallas de Vaga o aún más hacia *Numidia* y *Cesariana*⁷².

El caso es que, cumpliendo órdenes, Cartago y sus instalaciones apenas sufrieron daños aunque el jeque ordenó de inmediato demoler las murallas. Interesaba el puerto pero no que el enemigo pudiera volver a atrincherarse allí. Luego descendió hacia el Sur, para converger con la otra sección y buscar al grueso de las fuerzas bizantinas que restaban, concentradas y a cobijo en la plaza fuerte de Iustiniana Capsa (Gafsa)⁷³.

Éste relato, que sólo es una hipótesis, explicaría que aún acontecieran combates muy duros, precisamente sobre la línea más fortificada desde antiguo (el vetusto limes sur) durante algunos años. Sabemos que todavía en el 698, ya tomada la capital, la ofensiva estaba anclada en el entorno de la línea que va desde Iustiniana Capsa a Cuicul, en Numidia meridional⁷⁴. Seguramente los bizantinos se sostenían con la energía y furor que da la mayor de las congojas. Y el hilo de una esperanza: la flota con ayuda desde Sicilia.

13

Contraofensiva bizantina y último esfuerzo árabe. La guerra total

En el periodo 695-700, el frente de Anatolia permaneció muy estable y ello pese a que no faltaron rebeldías, incluso laxitud en Armenia; señal inequívoca del vuelco árabe hacia la sufrida África⁷⁵.

Leoncio, asentado ya en el trono, envió al fin una flota importante que incluía a los mejores marinos (aquellos del tema de los ciberriotas), para recuperar *Proconsular* y converger-apoyar a las tropas casi aisladas que se batían en el sur de *Numidia*. Los destacamentos de *Tingitana* (cuya fuerza era sobre todo naval) permanecerían a la

⁷² Así lo supone **Diehl**, *L'Afrique byzantine*, t. II, pág. 583

⁷³ No parece descabellado pensar que, pese a todo, las guarniciones de *Numidia* y *Cesariana* pudieran sumarse a las de *Byzacena* y *Proconsular* (de éstas últimas, las escasas que lograran huir de Cartago), para sostener mejor la batalla. Eso significaba desguarnecer las provincias más occidentales pero debían saber que su suerte estaría echada si no intentaban una resistencia común. En cualquier caso ciertas ciudades se defenderían sólo con los civiles tras los muros.

⁷⁴ Para la arquitectura defensiva en ese entorno puede consultarse el artículo de **Morizo, Pierre**, *A propos des limites meridionales de la Numidie byzantine*, *Antiquites Africaines*, t. 35, 1999, págs: 151-168.

⁷⁵ La política de traslado forzoso de poblaciones desde los Balcanes (que se daban por perdidos) hacia los “desiertos” creados por los árabes en el Éste también parece que estaba dando sus frutos. Eran gente pobre que recibía tierras para cultivar. Precisamente de allí brotarían los futuros soldados, generales y emperadores llamados “sirios” o “iconoclastas”.

expectativa, máxime cuando el otro enemigo secular, el reino visigodo, estaba muy atento a la partida que se jugaba no lejos ya de su casa. El mando de tan señalada expedición recayó en el patricio Juan⁷⁶.

En principio hubo éxito, sin duda el desembarco no tuvo problemas y los estandartes bizantinos volvieron a ondear en el viejo puerto cartaginés. Después tocó el turno de la liberación de las ciudades rodeadas o acosadas. Los destacamentos en torno a Iustinana Capsa, que estaban apoyados con gran efectividad por beréberes cristianos desde el Mons Auriensis (el sempiterno macizo del Aurés), establecieron contacto y la iniciativa cambió de bando⁷⁷.

En pocos meses, las fuerzas de Juan hicieron que Hassan debiera replegarse con prisa hacia Kairouan. Y no fue “la Kahena” la responsable, seguro resultó ser ese tribuno “hábil”; como con jugosa precisión nos informa Teófanos: *“Llegando a Cartago, este hombre rompió con la fuerza de sus brazos la cadena del puerto que allí se ubicaba y aplastó y expulsó al enemigo, liberó todos los fuertes de África y después de estacionar sus propias guarniciones envió noticias de todas estas cuestiones al emperador; y allí pasó el invierno aguardando las órdenes del emperador”* (Teófanos, *Crhon. ed. Mango*, 370. pág. 516).

El califa no quiso de ninguna manera renunciar a ese ahora imprescindible (por mor de la base necesaria para el salto a Sicilia y por razones de prestigio incluso), avance hacia el Oeste en África. Tardó otro año en preparar una nueva fuerza, seguramente la mayor jamás hasta entonces enviada a tales lares. Y además ahora sumaría una flota, el grueso de la nueva marina árabe que resurgía desde los astilleros egipcios. Sabían que sin el dominio del mar, Cartago se les iba a resistir⁷⁸.

⁷⁶ Los cronistas reflejan la importancia del contingente enviado: *“En este año (697/8) los árabes envían una expedición contra África, la cual ocuparon y guarnicionaron con su propio ejército. Cuando Leoncio hubo sido informado de ello, despachó al patricio Juan, un hombre hábil, al frente de la flota romana entera”* (Teófanos, *Cron. ed. Mango*, pág. 516). A remarcar el dato de “entera” aplicado al de “flota”.

⁷⁷ No cabe duda de que en esos momentos lo que parece haber sido una firme coalición beréberes del “interior”- rumis en ese extremo sur que flanqueaba la fortaleza bizantina que hoy llaman Gafsa, debió cobrar más esperanza y brío. Como en crónicas y, sobre todo, en novelas y fantásticos “noticiones”, ha tenido gran predicamento una dudosa anécdota de éste sector (menor en cualquier caso). Merecerá la pena pararse unos párrafos en ella.

Producto de la incipiente asimilación o romanización de los antiguos nómadas que iniciaban sus segundas o terceras generaciones cristianizadas por completo, al parecer una mujer dirigía cierta confederación del Aurés (Mons Aurasius), la legendaria “Kahina”, contando con el apoyo de algunos destacamentos rumi (¿limitanei?), para luchar con mayor eficiencia. Las salidas de defensores bizantinos en ciudades como Telepto, Tebeste, Mascula, Tamugadi o Lambaesis y las cargas, bien coordinadas, de jinetes beréberes que descendían de improviso desde Chelia, Checher o Barbar, pudieron haber puesto las cosas muy difíciles a Hassan y sus árabes en Numidia meridional; una etapa incierta que encuentra sobresaliente eco en esos cronistas tardíos que, de forma comprensible dada su mentalidad y circunstancias, cargan tintas contra una “mujer” y unos “bárbaros” (ahora, cuando se escribían los textos, “hermanos en la fe”, que convierten en los “principales protagonistas”): ella como figura mito heroína/anti-heroína de un verdadero relato de las mil y una noches trufado del simbolismo de Eva opuesta a la salvación de su hombre/pueblo.

Con todo, no conviene confundir los términos. El combate principal es al Norte y los romanos, como es comprensible dado su mayor número, potencia y técnica, llevan el principal peso.

⁷⁸ El envío de una flota que aparenta ser aún más fuerte que la bizantina, de la que sabemos su volumen, obliga a suponer que la respuesta árabe debió echar también “toda la carne en el asador”: un ataque simultáneo por dos vías, naval y terrestre.

Hassan se dirigió de nuevo directo contra Cartago (año 698/699), y veloz como el rayo enfrentó la ciudad a la vez por mar y tierra. Juan no había tenido tiempo de reparar bien las murallas y, habiendo distribuido demasiado sus fuerzas por el interior del país (o en el área más próxima a Kairouan) fue incapaz de resistir el embate. Con la escuadra abandonó por segunda vez la ciudad (en la que pocos habitantes debían quedar ya) y se refugió en la isla de Malta o Creta⁷⁹.

No parece haber sido una derrota total, sólo un repliegue táctico para recuperar fuerzas, reunir refuerzos y replantearse un nuevo lugar de contraataque o simplemente ampliar el camino hasta Septem, (Ceuta), o Cesarea en vías a una cobertura sobre las ciudades aún libres en *Numidia* y *Cesariana* o aún *Tingitana*.

Nunca lo sabremos porque no hubo lugar: un motín (un “*plan diabólico*” lo denomina Teófanos), dirigido por el *drongario* (almirante), Apsimar (un ciberriota ambicioso que asesinó al general en jefe Juan), frustró toda la delicada misión. Ordenó poner rumbo a Constantinopla habiéndose proclamado emperador. Sabía que sus oportunidades eran muchas. Controlaba la mayor y más poderosa fuerza naval de Bizancio. Para superior desgracia en la capital se vivían días horribles; una epidemia de peste bubónica estaba en curso. Aguardó algunos meses en el exterior pero, al fin, alguien abrió las puertas y obtuvo el poder en la Nueva Roma. Aquello, seguramente, sentenció el futuro del África.

El periodo de Apsimar Tiberio II (698-705)

14

África en llamas. La aniquilación de la resistencia latina en el exarcado africano

¿Cual fue el destino inmediato de *Proconsular*, *Numidia* y *Byzacena*; mientras Apsimar recogía el producto de su felonía?

Todo apunta a un desastre de grandes proporciones. Los cronistas árabes, curiosamente, coinciden en señalar un periodo de “ciudades destruidas, árboles cortados, cultivos incendiados”, un país que “desde Trípolis hasta Tánger no era más que un único paisaje desolado” (citado por **Diehl**, *L'Afrique byzantine*, t.II, pág. 585).

⁷⁹ Por fortuna, Teófanos también explica con detalle el suceso. “*Pero cuando el califa escuchó todo eso envió otra vez un numeroso y aún más poderoso ejército y flota, entró en fuerza a la rada de Cartago y aún tomó una de las torres, obligando al susodicho Juan a salir con sus barcos. El dicho Juan recaló en territorio seguro, intentando reunir una fuerza mayor...*” (Teófanos, *Cron. ed. Mango*, 370, pág. 516). En cuanto a ese “territorio seguro” parece tratarse de una isla mediterránea próxima, mejor que Creta (como a menudo se señala) sería Malta, que por entonces también era una base bizantina importante y mejor situada respecto a Cartago.

Esto quizás fue una (no la mejor) prueba de una desesperada, numantina resistencia de los africanos romanos. Siglos después, las destrucciones se achacarían a una orden precisa de esa Kahena fantástica, la misma que moriría gloriosamente en batalla, su castillo habría sido el anfiteatro de El Djem y las Termas de Cululis el escondite de su fabuloso tesoro...

Todo lo opuesto, hay pruebas sobradas de que los beréberes fueron los principales beneficiados del hundimiento bizantino en África. Si algunas tribus en *foedos*, ya sedentarizadas y agrícolas como aquellas del Aurés, lucharon hasta el final con los rumis; otras muchas, máxime las extralimes más “nomadistas”, se sumaron encantadas a la razia permanente que parece haber desencadenado Hassan durante uno, dos o incluso más años para terminar con cualquier atisbo de resistencia.

La población romana no podía ser partidaria de ninguna “desertización”, evidentemente, puesto que era su patria y su forma de vida de ocho siglos. Los árabes tampoco querían tanta destrucción, a no ser que no vieran otro modo de dominar a los cristianos. Pero los que en cualquier circunstancia estaban interesados en un cambio drástico en las condiciones socio-demográfico--agrarias del país eran los beréberes, que tiempo llevaban queriendo aprovechar la riqueza y las tierras de clima suave para sus ganados. Una pugna sedentarismo-nomadismo que parece haber sido secular⁸⁰.

La huida en masa de la población costera hacia Sicilia y las Baleares está perfectamente atestiguada en fuentes escritas y restos arqueológicos. Las capas de ceniza en las ciudades del interior que marcan esa fecha, explican bien cual fue el destino de otros⁸¹.

Por lo que respecta a la tantas veces loada en la literatura latina y secular riqueza agrícola del África, lo más se marchitará muy rápido. Los campesinos romanos, asesinados o esclavizados primero, arrinconados después en contados lares, se hicieron minoría ya a principios del siglo VIII. La transhumancia se convirtió en lo predominante. Los grandes nómadas camelleros, los Zenatas, iniciaron un avance imparable hacia el noroeste y encontraron en el Hodna y las altiplanicies condiciones inmejorables para ellos y sus familias. Así, en el mismo cuadro geográfico de un África latina próspera, surge un nuevo país “chaouia” que, aún a mediados del siglo XX, estaba bien a la vista. Se perdieron no sólo vidas y cultivos, también obras del intelecto y crónicas que, a buen seguro, existieron entre los anónimos eruditos

⁸⁰ Las tribus beréberes no solo ocuparon el terreno despoblado, también se sumaron alegres a los vencedores (algo muy tradicional) y pronto, apenas con un barniz de doctrina islámica, se prestaron para colaborar con los árabes en nuevas conquistas.

⁸¹ Apsimar-Tiberio sólo tomó alguna medida administrativa en este orden. La población en Sicilia, Baleares y Córcega parece haber aumentado de manera muy importante en esas fechas. Las flotillas y demás barcos de comercio y transporte jugaron un papel trascendental en el éxodo. El emperador "ciberriota" hubo de crear por ello dos nuevos exarcados. Por un lado Sicilia, con Malta y otras islas menores, separándola de Italia; y por otro Córcega con las Baleares. *Tingitana* sería ya denominada “Tema Septensiano” (por Ceuta/Septem) y sería una región de poder naval porque su nombre se liga al de los Ciberriotas. Se fechan en el año 700 (**Treadgold, Warren: Byzantium and Its Army**, 284-1081. pág. 26).

africanos⁸². Pero las piedras quedaron allí, con la enorme ventaja de no ser reutilizadas de forma masiva ni soportar por encima nuevas construcciones. Ellas son un impresionante legado y una “fuente”, la “gran voz” con la que la romanía africana nos habla desde los siglos.

Respecto a Apsimar-Tiberio, el emperador pareció haberse olvidado del África. Era un cilicio y, tal vez, pensaba más en la seguridad de su mar y en aprovechar la coyuntura para avanzar en Anatolia. De hecho, en el 699 o inicios del 700, invadió Siria y consiguió destruir la mayor parte de los acuartelamientos fijos árabes en el país, tomando un número de prisioneros que Teófanos se encarga de exagerar (habla de 200.000 árabes tomados cautivos tras la victoria. **Teófanos**, *Cron. ed. Mango*, 371, pág. 518).

Poco después, en el 701/2, también limpió de sarracenos las costas de Cilicia y las islas próximas; a la par que incitaba a una rebelión de los armenios contra sus amos musulmanes. Las campañas en su propia tierra de origen parecen haber sido enérgicas y exitosas; repetidas al menos en dos años seguidos.

A lo mejor, su deslealtad en Malta o Creta sólo tenía un último motivo: proteger antes a los suyos. Gracias a él, los árabes perdieron todas las bases ganadas por Muawiya, lo que permitió a los pescadores/mercaderes ciberriotas vivir más libres y seguros durante otro lapso de tiempo. La duda es si fue un cambio imprescindible y/o necesario. El tiempo desmentiría la oportunidad de ser “egoísta” en estas cuestiones de defensa porque, liquidada la cuestión africana, los enemigos volverían por sus fueros, al hilo de una creciente debilidad bizantina en el corazón del Imperio.



Imagen del epitafio del obispo Pablo, primado de Mauritania, procedente de la iglesia descubierta en Sidi Abiche.

⁸² Algunos de los últimos sabios africanos emigraron muy lejos. Tal parece que no se conformaron con saltar a Italia, ya que deseaban aún poner mucha tierra de por medio. Uno de los ejemplos más notables es el de aquel abad Adriano que desde su África natal y tras recalar en Italia poco tiempo, se trasladó a Inglaterra con monjes y códices para fundar el monasterio de San Agustín de Canterbury, no podía dedicarlo a ningún otro santo más oportuno (**T.J. Brown**, *Introducción histórica al uso de autores clásicos latinos en las Islas Británicas del siglo V al XI*, Settimane, XXII, (1975), pág. 299-302).

Respecto a las fuentes perdidas, el profesor R. Collins afirma: “*La desaparición del cristianismo y la eliminación del latín como la lengua de sus habitantes acarrió inevitablemente, con el paso del tiempo, la pérdida de un enorme número de manuscritos y, es de imaginar, también de obras enteras cuya transmisión había sido exclusivamente africana*” (**Collins, R.** *La conquista árabe*, 710-797, pág. 25).

El periodo de Justiniano II (705-711)

15

Septem (Ceuta): última fortaleza de la romanización africana

...Tánger depende probablemente de Ceuta-Septem, que se convierte en la avenida de la romanidad...

René Rebuffat, *Ciudades antiguas del Mediterráneo*, pág. 339

Justiniano II había enloquecido por el rencor y su segundo mandato estaría demasiado marcado por la venganza y el despotismo. Sería un desastre total que llevaría de nuevo la nación al borde cierto del abismo. La desconfianza hacia muchos de los cargos militares y obispos causó estragos. Si en los Balcanes hubo relativa tranquilidad gracias a la excelente relación con el rey Tervel, el resto de territorios se vieron sobrepasados de dificultades.

En el 709, los árabes tomaron la ciudad-llave de Tiana, no por el ímpetu puesto en ello sino por estar el área muy mal defendida. Cilicia volvió a sufrir sus golpes y en el 711 los jinetes aparecieron ya en las estribaciones de Crisópolis.

Y es que el augusto estaba empeñado en la venganza ciega. Con tropas acantonadas en Sicilia (que servían para impedir el desembarco árabe y apoyar los restos de la romanía en Baleares y Tingitana) intentó castigar a la ciudad de Ravena, que no le había sido afectada. La flota de Oriente, entretanto, fue empleada para atacar otra parte de su propio Imperio, aquella Querson donde el *rinotmetos* había estado exiliado⁸³.

¿Qué ocurrió en *Tingitana* entre el 698/9, caída de Cartago, y el 711, inicio de la conquista del reino visigodo de Hispania?

Si los acontecimientos en África han permanecido en la oscuridad y hoy poco a poco se abren a la luz, aquellos relativos a *Tingitana* y el fin de la presencia imperial en África, por desgracia, permanecen aún bajo exasperante sombra. A ello contribuye sobre todo la exigüidad de las exploraciones arqueológicas *in situ*. Si los franceses e italianos, aprovechando el periodo colonial, llevaron a cabo campañas muy extensas que han dado pie a que modernas naciones como la República de Túnez, Argelia o Libia, mantuvieran un excelente nivel de investigación científica, muy profesional y libre de prejuicios, en el actual reino “alauita” de Marruecos la actividad científica es mucho más limitada y padece de fuertes condicionantes. Parece haberse heredado una

⁸³ El profesor G. Ostrogorsky exponía el cuadro en los siguientes términos:

“En esta segunda etapa de gobierno, Justiniano se merece plenamente la fama de tirano sangriento atribuida a su persona por sus contemporáneos y sucesores. Poseído por una furia vengativa insaciable, olvidó en su ceguera sus deberes más urgentes para con el Estado, desatendió la guerra con los enemigos del Imperio y consumió todas sus fuerzas en la pugna agotadora con sus enemigos internos. Los árabes se beneficiaron de esta situación” (G. Ostrogorsky, *Historia del Estado Bizantino*, pág. 153).

lamentable inercia de los gobiernos españoles, quienes jamás se preocuparon en exceso de cuidar esta labor en su antiguo protectorado; la desidia más esterilizante a este respecto fue la tónica. Salvo algunas campañas al sur, con Volúbilis como punto de atracción (que ya pertenecía al “territorio francés”), apenas nada cabe resaltar.

Con todo, tenemos algunos datos para dar una sucinta crónica de acontecimientos.

Todo apunta a que entre el 700 y el 705/6, los árabes aún estaban entretenidos terminando con los focos de resistencia en *Proconsular* y *Numidia*; y que después, hasta el 711, se verían inmersos en fuertes combates en torno a la *Tingitana*, con Septem como centro clave. Dada la debilidad bizantina, la única explicación razonable para la aparente falta de avance significativo islámico en esos casi 11 años (700-711) (excepto el episodio de Tiana, no se conquista apenas nada en Anatolia) sería la dificultad importante sufrida en el sector más al poniente, a la par que el esfuerzo de construir nuevas bases en la costa proconsular que apuntaban a Sicilia. Por así decir, el “teatro Oeste” es el más activo.

Septem-Ceuta seguía siendo la capital de la provincia *Tingitana* (ahora Tema Septensiano), tal vez incluso de manera oficial ejerciendo como cabeza del conjunto que también incluía la otra ribera del Estrecho, las Islas Baleares y Córcega. A buen seguro, un puerto poderoso donde tenía su base la flota bizantina del Mediterráneo occidental⁸⁴.

Lo más probable es que el avance hacia Occidente fue lento y que las tropas árabes, cada vez con más ayuda bereber, estuvieran muy ocupadas en someter, una tras otra, ciudades del interior y algunas de la costa con ayuda de la flota. Cabe pensar en escaramuzas navales entre dromones septensianos y califales. Tal cosa explicaría que los árabes tuvieran por difícil y peligroso rehabilitar el puerto de Cartago. Y de esa

⁸⁴ Recordamos la carta de Justiniano II al papa Juan, que se fecha hacia el 687, en la que el augusto hace referencia explícita a los dos Temas o regiones militares bizantinas de marcado carácter marítimo. Uno es el ya conocido de los Carabisianos, en Anatolia; pero la otra es aquella denominada Septensiana que apenas deja otra opción más que pensar en Septem/Ceuta. (Carta al Papa Juan V, *Epistolae*, PL. 96, 247, año 687)

“Exemplar Divinae Jussionis Justiniani Augusti Directae ad Joannem papam urbis Romae, in confirmationem sextae synodi Constantinopolitanae.

...Insper etiam quosdam de Christo dilectis exercitibus, tam ab a Deo conservando imperiali obsequio, quanque ab orientali Thraciano, similiter et ab Armeniano, etiam ab exercitu Italiae, deinde ex Cabarisiiani et Septensiani, seu de Sardinia atque de Africano exercitu, qui ad nostram pietatem ingressi sunt, et jussimus praefatas synodalium gestorum chartas in medium adduci, et coram supredictis omnibus lectionem eorum fieri...”

Un poco antes, hacia el 683, conocemos el nombre del gobernador en la misma ciudad, un tal Simplicius, considerado *Gloriosus uir*. Ello gracias a la misiva que le dirige el Papa León II para comunicarle las conclusiones del III Concilio Ecuménico de Constantinopla y así las haga llegar a los obispos y sacerdotes de su demarcación tingitana, “... uestras Christianissimas regiones...” (*Carta del Papa León II, Epistolae*, PL. XCVI, 416-48, año 678-683, VI).

Pocas dudas pueden caber acerca de la importancia militar de Ceuta y del deseo de resistir en la *Tingitana*, donde se atisba un refuerzo final en los albores del siglo VIII; no en balde puesto llave, en cierto modo, de la geo-estrategia que marcaba entonces la defensa de Córcega y aún Sicilia, una cuña necesaria que flanqueaba el África aún en disputa o muy inestable.

La especialista Margarita Vallejo Girvés sintetiza la cuestión en la amplia y documentadísima monografía que ha dedicado a la Hispania bizantina:

“En definitiva, la aparición de exercitus septensianus en un documento de la cancillería imperial junto a otras zonas cuya defensa era vital para el Imperio nos está hablando, al contrario de lo que se ha admitido, del claro interés de las jerarquías del Imperio por mantener esta posesión en el extremo occidente.” (Vallejo Girvés, M., *Bizancio y la España Tardoantigua*, (SS. V-VIII): Un capítulo de historia mediterránea. pág. 330)

etapa surgiría la obligación de elegir un lugar nuevo, mucho más abrigado al interior, para levantar otra ciudad y arsenal marítimo: Túnez. Ello sumado a que la mayor parte de los navíos árabes debieron retornar pronto al Este, donde no era razonable desguarnecer mucho tiempo el frente, un tanto amenazado por esta vía debido a las derrotas en Cilicia poco tiempo antes, a voluntad de Apsimar-Tiberio II.

Si esas fueran las circunstancias, entenderíamos la sorprendente noticia que transcribe el anónimo autor de la *Continuatio Hispana* (Crónica Mozárabe del 754), sobre un ataque de naves bizantinas a la región controlada por el dux godo Teodomiro, hacia el 701/2 y en plena costa levantina-murciana de la Hispania. Los dromones de Septem ya no tendrían rival en el área y a falta de recursos de infantería para desembarcar podrían haberse dedicado al asalto breve y dañino sobre diversos puntos ribereños, tanto árabes como visigodos, ambos enemigos del Imperio en igual grado⁸⁵.

Hassan, sin duda ya envejecido y cansado, vino a ser substituido por otro general, Musa ibn Noseir, hacia el año 704/5. Probablemente fue el momento en el que la conquista de *Byzacena*, *Proconsular*, *Numidia* y *Cesariana* se dio ya por completada. A la postre había llevado mucho tiempo, demasiado, y el Califa con sus ayudantes de Estado Mayor pensaban cada vez más en volver a la “vía directa” rumbo a Constantinopla⁸⁶.



Interior de la basílica de la Teótocos en Leptis, con los magníficos pilares de teodosianos capiteles (época de Justiniano I el Grande).

⁸⁵ La idea es desarrollada con gran rigor y convicción por el profesor Luis A. García Moreno en su artículo Ceuta y el Estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía (Siglos V-VIII), Actas del I Congreso sobre el Estrecho, Vol. I, pág. 1111.

⁸⁶ En cuanto a la evolución general de la guerra, contemplando todo el teatro de operaciones mediterráneo, la incertidumbre se va a mantener unos 30 años más, momento en el que termina la impresionante expansión militar islámica. Hacia el año 700 el empuje hacia Hispania, por evidente etapa que nos pueda parecer a posteriori, no era a fortiori la más importante para los árabes. Sicilia-Italia tenía precedencia. En tal dirección se dirige por entonces, de hecho, el mayor esfuerzo en Occidente. Las razias árabes en esa isla se inician por entonces. Sólo el hundimiento del centro rector político de Bizancio, por vía de la anarquía relativa que conlleva el caótico final del sanguinario segundo régimen de Justiniano II, (año 711), incita al segundo gran asalto contra Constantinopla. Tal tendrá lugar entre 716-718; y será la última ocasión: el califato y su enorme potencial se verá ya quebrantado para siempre iniciando otra etapa, la consolidación y aún después la fragmentación. El emperador que toma las riendas en medio del pánico y la desesperanza, es León III y sabrá resistir para después derrotar en batalla abierta y decisiva a los árabes (la jornada histórica de Akroinon...), con un nuevo régimen de Estado fuerte y un ejército “moderno” de soldados estratiotas de “cupó” y “nacionalistas”. A partir de entonces se mantendrá el equilibrio y algo más tarde la “reconquista” bizantina, con la dinastía macedonia; lo que el erudito francés Gustav Schlumberger denominó (como título para su impresionante trilogía), “la epopeya bizantina”.

16

Primeros asaltos a Sicilia y Córcega. Guerra en Tingitana. Musa contra Julián

Hacia el año 705, el frente occidental se mantenía “caliente”. La defensa bizantina estaba planteada en un arco que, desde *Tingitana*, se abría hacia las Baleares, Córcega y Sicilia. Su principal baza, era la flota de Septem. Frente a ello, el general Musa contaba con efectivos importantes en tierra, pero parecía estar en relativa inferioridad naval.

Pese a ello, considerando el ancho y venturoso mar, el líder árabe estaba dispuesto a sortear los dromones imperiales y lanzar sus primeros asaltos serios o “en profundidad” contra las islas. De tener éxito, Tingitana caería como fruta madura, porque quedaría como territorio aislado y sin defensa posible.

Entre el 700 y el 703 ya Hassan había enviado pequeños grupos de barcos y dado comienzo a una actividad que tendría grande y largo futuro: la piratería que luego se llamará “berberisca”, por mor de su lugar de origen en la costa norteafricana. Llegarían algunos sobresaltos a pequeñas villas costeras de Córcega y Sicilia (atestiguadas) y seguramente también a Baleares. El primer año se capturó Pantelaria, y Malta fue objeto de combates intermitentes que convirtieron la vida común en casi un imposible.

Fue en 705/6, cuando comenzaron las operaciones de mayor envergadura. En esta ocasión los golpes fueron más calculados y codiciosos; y el resultado estuvo dado por botín, esclavos y sobre todo miedo entre los lugareños. Los pueblos comenzaron a trasladarse hacia el interior, en las alturas, y los enormes y prósperos monasterios “griegos” se rodearon de altos y gruesos muros para acoger a los campesinos en los días de terror. Se han consignado más de una veintena de tales raids, entre el 706 y el 711⁸⁷.

En cuanto al avance por tierra, Musa en persona dirigió las huestes. Precavido, la aproximación principal desde la antigua Cesarea (Cherchel), pareció haber seguido la línea en paralelo al limes, luchando sólo con algunos beréberes hasta llegar (ahora sí de forma histórica) por vez primera al Atlántico, al sur de Sala⁸⁸.

⁸⁷ Las incursiones árabes han quedado recogidas en las anotaciones de monjes y las cartas que los higüenos trasladaron a obispos y autoridades. Para estas consideraciones se puede consultar el trabajo de **Rizzitano, V.** *Gli Arabi in Italia, L'Occidente e l'Islam nell'Alto Medioevo*, vol. I, Spoleto, 1965, págs. 93-114. Las ofensivas en torno al 715 ya revestían gran peligro y ningún entorno de Cerdeña estaba seguro; por esa fecha fue necesario trasladar las reliquias de San Agustín desde Cagliari hasta Pavía, con la anuencia del rey Lombardo Liutprando.

La ulterior historia de avances y retrocesos, cuyos polos fueron Italia y el Magreb musulmán es el tema específico de la obra a cargo de **Jehel, Georges**, *L'Italie et le Magreb au Moyen Age, Conflits et échanges du VIIe au XVe Siècle*, PUF, 2001. Podemos señalar que hacia el 727 Bishr Ibn Safwan fue protagonista de una campaña durísima contra Sicilia que apenas la flota bizantina logró rechazar. Retornó a Túnez con los barcos a rebosar de cautivos. No tardaría ya la invasión en regla aunque en esta oportunidad no iba a ser un plan tan ambicioso como en tiempos de la conquista de África.

⁸⁸ La mítica “cabalgada de Ukba” es un anacronismo histórico flagrante. De hecho, todo el relato demuestra ser una reproducción y síntesis de diversas leyendas y tradiciones anteriores cristianas y musulmanas de la misma índole. La

El exarca bizantino con sede en Septem, un personaje que ha dado motivos para el destilar y lucir de mucha imaginación y gasto de tinta a lo largo de siglos, parece haberse llamado Iulianus (Julian o Juliano), y aunque puedan ser objeto de discusión muchas de sus facetas (incluso la exactitud de su denominación), resaltó como una figura histórica nítida y bien definida.

Tal vez las imaginativas fuentes árabes quieren recordar el momento en el que Musa intentaba los primeros avances sobre territorio imperial, comprobando que no sería un paseo triunfal como hasta entonces en el trayecto extralimes. El Abjar Machmua, en contraste con otros aún más hermosos y poéticos, refleja los duros combates entre Musa y Julián, con triunfo defensivo del latino ya que, “*contaba con gente tan numerosa, fuerte y aguerrida como hasta entonces no había visto*” (citado por **Hita Ruiz y Villada Paredes** en *De Septem Frates a Sabta*, Actas II Congreso la Ciudad en Al-Andalus y el Magreb, pág. 489). Y también cabe deducir que una alianza tácita se establecería entre godos y bizantinos frente a beréberes y árabes. Víveres y refuerzos enviados por el rey hispano-godo Witiza serían el soporte logístico de esa resistencia enconada que bloqueaba el paso a los invasores⁸⁹.

Pese a todo, los árabes seguramente avanzaron desde el suroeste, próximos a la costa atlántica, tomando Sala, Lixus y hacia el 706 la vieja ciudad y anterior capital de Tingi. Pero ahí, de nuevo, se detuvo su camino; seguro que debido a las fortificaciones bizantinas, la cobertura naval y el apoyo transfretano a Juliano y sus hombres, que se mostraban “maestros en la defensa”⁹⁰.

Pero, ¿cuales eran los elementos internos que configuraban el vigor “septensiano”?

El potencial defensivo natural de la semi-isla de Septem/Ceuta es algo muy conocido y notorio. Habría que sumar la fortificación, que debió ser particularmente importante, como lo prueba en texto el que sobre un sinfín de obras, de las que hoy

refutación más reciente y documentada (entre muchas otras anteriores) se puede consultar en el artículo de **E. Gonzalbes Gravioto**, “*La Septem bizantina en el año 682: la entrevista que no tuvo lugar*”, *Transfretana*, 6. 1994, págs: 111-123.

En cuanto al territorio de la Tingitana bizantina, aunque se debate su extensión en aquel final, debía incluir la franja de territorio norteño, desde Sala en el Atlántico (muy cerca de Rabat), hasta Rusadir, (la actual ciudad española de Melilla), con un limes muy impreciso uniendo ambos puntos a la altura de Volúbilis y Bu Gelú (seguramente en la línea natural geográfica que en la actualidad sigue la carretera entre aquella capital y Oujda, a la frontera argelina). No faltaban oppidum robustos y ciudades de tamaño medio, destacando Lixus (Larache), Tingi (Tánger) y, por supuesto, Septem (Ceuta).

⁸⁹ Chalmeta P. así lo señala evocando diversas fuentes árabes (**P. Chalmeta**, *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de Al-Andalus*, 1994, pág. 116). Sin embargo más definitiva y segura es la aportación arqueológica. Signos de intensa presencia visigoda en ese tiempo se atestiguan en la *Septensiana*; en base sobre todo a lo que demuestran haber sido partes de pertrechos y vituallas (hebillas, monedas, ánforas y cerámica variada), tal y como se recoge en el monumental trabajo de Noe Villaverde, que el autor viene a resumir (sumando todo el catálogo de piezas) en un párrafo:

“*Al igual que en Tingi, los restos arqueológicos de Septem permiten atestiguar entre el siglo VII e inicios del VIII la relación de la plaza con el medio visigodo, pues de allí proceden elementos de indumentación y monedas*” (**Noe Villaverde Vega**, *Tingitana en la antigüedad tardía*, (Siglos III-VII), pág. 368).

⁹⁰ Esta alternativa táctica de progresión es la más razonable. Tendría el flanco izquierdo siempre a cubierto de ataques y afrontaría las villas más significativas. Desde el levante, aproximarse a Ceuta y la costa implicaba atravesar el difícil macizo del Rif y la también plaza muy fuerte de Rusadir, (Melilla). Que Tánger y Larache cayeron antes está bien sentado y ello se suma a las razones anteriores.

vemos restos impactantes, aparece resaltada como sobresaliente en el De Aedificis de Procopio⁹¹.

Y aún más, la población latina en *Septensiana* no era precisamente pobre. Restos de todo orden en los yacimientos demuestran una actividad industrial y comercial más que notable en los siglos VI- VII (los árabes en tiempos de Al-Bekri todavía se maravillan de las obras dejadas por los cristianos, como señalaremos más adelante). Los funcionarios y soldados bizantinos serían también, sobre todo, de extracción local. Por ende ningún deseo de abandonar estaría presente. La voluntad de encajar y aguantar, así como la peculiar autonomía en las decisiones, algo que está fuera de duda en todo lo referido a “Julian”, implican un deseo vivo de supervivencia sin considerar lealtades o alianzas temporales.

La imbricación táctica (exitosa) entre visigodos y bizantinos parece haber llegado hasta el 710. Todo se revolucionó por entonces, justo cuando fallecía Witiza y el dux de la Bética, Rodrigo, se hacía con el poder en la corte de Toledo. El “bético” da la impresión de haber tenido una perspectiva muy diferente en torno a lo que se jugaba en aquella compleja situación.

17

El último armisticio. El pacto de Julián (710-711)

"Ceuta, ciudad antiquísima, conserva muchos monumentos del pueblo antiguo que la había tenido por hogar, entre otros las ruinas de algunas iglesias y baños. Un acueducto que parte del río Aouîat y que contornea la orilla del mar meridional hasta la catedral que es ahora la Mezquita Aljama, lleva a la ciudad toda el agua que necesita. Fue Ilîan, señor de esta plaza, quien le dió a Tarec Ibn Ziad los medios para pasar a Hispania con sus compañeros"

ABOU-OBEÏD-EL-BEKRI

Descripción del África Septentrional, año 1067-8 aprox.

La relativa soledad y amplia autonomía con la que actuaban los septensianos en los inicios del siglo VIII puede hacer cuestionarnos acerca de si aún cabe hablar de Bizancio en África. Si Constantinopla tenía todavía algún tipo de autoridad nominal, no es menos cierto que el Tribuno o Exarca estaba obligado a lidiar muy por libre. Sea como fuere, los bizantinos o “rumis” seguían habitando y defendiendo su tierra y

⁹¹ “En una vertiente de los Pilares de Heracles, a la derecha del estrecho, existía en tiempos una fortaleza sobre la costa llamada Septum, la cual fue edificada por los romanos en los primeros tiempos, pero siendo dañada por los vándalos permanecía postrada desde hacía algún tiempo. Nuestro emperador Justiniano la fortificó por medio de un muro y la puso en seguridad por medio de una guarnición. Pronto consagró a la Madre de Dios una muy notable iglesia, dedicando a ella el umbral de entrada al Imperio, y convirtiendo ésta fortaleza en inexpugnable para todas las razas del género humano” (Procopio de Cesarea, *De Aedificis*, VI. Vii. 16. <Pág. 393. Trad. Dewing>).

forma de vida (y aún lo harían por muchas décadas más) por lo que cabe seguir desarrollando los acontecimientos finales⁹².

Parece ser que el rey Rodrigo cosechó muy pronto la enemistad de los ceutíes y ello sólo se nos ocurre posible como respuesta a terrible contrariedad: un cese drástico en los apoyos. Tal vez debido a la conjunción de varios factores: una animadversión arraigada en la persistente competencia del “*fretum*” sobre los intereses de los duces béticos⁹³, una juvenil inconsciencia y el típico giro copernicano que un oponente suele hacer respecto a la política de su predecesor.

¿En el marco de una nueva “política fuerte”? Es difícil de valorar; pero no cabe duda de que la sensación de “blandura” que dejaba Witiza entre la facción más energética y centralista de la élite goda podía ser algo bien comprensible⁹⁴.

No cabe duda de que tal planteamiento sólo dejaba a Julián una alternativa: pactar con los árabes. Que accederían de buen grado; tal vez porque veían una ocasión ideal para hacer trampolín sobre un reino en absoluta quiebra, más que maduro para una nueva aventura; como era el visigodo del que sólo las huestes julianas se interponían. Un pacto “a lo Teodomiro”, la hipótesis más verosímil, encuentra referencias muy tardías, pero con todos los visos de no ser inventadas. En virtud del tratado (siguiendo el paralelo de Murcia), los árabes se comprometerían a respetar la autonomía total de Septem y su comarca, no pudiendo entrar en la ciudad. A cambio, los ceutíes deberían aportar, caso de conflicto, soldados y/o guías auxiliares a los escuadrones islámicos. Nada nuevo en los anales, desde tiempos lejanos.

Y es que, casi a la vez, la oportunidad de extraer beneficio musulmán de ello se presentaba: la facción witizana solicitaba apoyo para derrocar al advenedizo Rodrigo. Algunos escuadrones, no muchos, se trasladarían a la península, al amparo de los puertos y navíos de Julián⁹⁵.

⁹² La hipótesis que a veces se defiende sobre un dominio directo visigodo o una aceptación como “vasallo” de Julián respecto al rey Witiza y sus inmediatos antecesores y después Rodrigo, adolece de graves defectos. El principal es que, si ello se hubiera dado, alguna fuente habría reflejado seguramente tal información (como la *historiae Wambae* de San Julian, el *Ordo gentis Gothorum*, las actas del Concilio del 694 o aún la *Continuatio Hispana*) en consonancia con “tamaño” éxito visigodo (reino que siempre había tenido aspiraciones sobre *Tingitana*, parte histórica de la diócesis *hispaniarum*. Los “ecos” árabes siempre distinguen a los rumis africanos de los súbditos rumis bajo los visigodos.

⁹³ Así lo considera Noe Villaverde: “cabe plantear que la circunscripción juliana, originada con los restos de los dominios bizantinos del Estrecho, persistían en competencia con los intereses de los duces béticos” (Noe Villaverde, *Tingitana en la Antigüedad Tardía*, pág. 369). También Pedro Chalmeta, quien pone de relieve el relato Ajbar Machmua que de forma inequívoca explica el desacuerdo Julian-Rodrigo por el cese de esos apoyos.

⁹⁴ Witiza había cedido excesivas parcelas de poder a ciertos grupos de nobles, devolviendo propiedades confiscadas y reduciéndoles pagos o impuestos; lo cual había generado una engañosa sensación de paz “intragótica” pero a la vez una animadversión entre los más firmes y, en cualquier caso, una merma peligrosa de ingresos para la corona. La moneda se depreció tanto que el oro prácticamente no se acuñó más. La falta de presupuesto habría propiciado el debilitamiento del núcleo real del ejército y la insurrección social (esclavos y siervos abocados a la más absoluta de las desesperaciones, hasta entonces brutalmente reprimidos) alcanzaría cotas más que alarmantes (para un análisis pormenorizado de estos aspectos, se puede consultar el texto específico de Luis A. García Moreno, *El fin del Reino Visigodo de Toledo*, 1975). Rodrigo tenía fama de hombre aguerrido y duro, el ideal para remontar la situación, aparentemente.

⁹⁵ A la espera de tener estudios arqueológicos más precisos en el área de Medina Sidonia-Algeciras- Estepota, la duda sobre el dominio o no de las dos partes del Estrecho por parte de los septensianos persistirá. Assido, (Medina Sidonia) había

Pronto Musa debió advertir que el sostén a una disputa por el trono podía ir mucho más allá. Decidió sumar más efectivos y no es de extrañarse que los septensianos les incitaran a ello. Tan bárbaros les parecerían unos como otros que mejor era “reenviar” a los árabes más al Norte que tenerlos concentrados a la puerta⁹⁶.

Parece que la campaña de Musa/Tariq sorprendió a Rodrigo. Estaba muy ocupado en el Norte, sofocando la rebeldía de los duces de *Septimania* y *Tarraconense*, quienes no reconocían su ascenso. Volvió raudo para sufrir flagrante derrota en la controvertida batalla del Guadalete. Si allí perecieron los mejores hombres del séquito real no debe resultar extraño que la oposición al avance musulmán no fuera verdaderamente firme. Tingitana/Ceuta resistirían dos veces más tiempo del que lo haría casi la totalidad del mucho más extenso reino goda. Dos comunidades bien distintas en cuanto a cohesión social y valor militar, evidentemente.

Periodos subsiguientes

18

Penúltimas noticias de Septem (Ceuta)

En torno al año 740 se produjo un levantamiento general de tribus beréberes en Hispania y la parte más occidental del norte de África. Tuvo notable éxito y nuevos efectos devastadores sobre una vida urbana que apenas remontaba; porque los árabes estaban faltos de efectivos (de hecho los mismo auxiliares de orden nómada “amazig” serían mayoría en las guarniciones de todos esos territorios) y los rumi, ya en precaria situación, arrinconados y desarmados salvo en los lugares “con pacto”, tenían pocas oportunidades. En suma, apenas nadie fue capaz de oponerse y los ejércitos califales que serían enviados, con premura, tendrían graves dificultades a uno y otro lado del Estrecho (de esta época derivan, seguramente, algunas leyendas de duros enfrentamientos entre árabes y beréberes que luego se han confundido con los habidos

albergado el cuartel de una guarnición goda muy significativa, tanto que era cabeza de un territorium y ceca, centro emisor periférico de moneda que siempre existían para pagar a importantes concentraciones de efectivos. Sin embargo, en Iulia Transducta (Algeciras), no ocurre nada similar a inicios del siglo VIII (**García Moreno: Ceuta y el Estrecho de Gibraltar en la Antigüedad Tardía, siglos V-VIII**, Actas. I. pág. 1112). Otro apoyo, siempre con precaución, lo constituyen los escritos de Ibn Adari, ámbos afirmando que el Comes Julián dominaba ambas márgenes.

Por nuestra parte, la naturaleza geográfica táctica del Estrecho nos empuja, sin sombra de duda, hacia la misma conclusión: ningún barco puede cruzar sin ser bien visto en uno y otro sentido. Si los visigodos hubieran tenido en sus manos el área de Algeciras es incuestionable de que allí se habrían fijado torres vigías para dar señales de alarma ante los primeros desembarcos, por más modestos que fueran. A día de hoy el planteamiento sigue siendo el mismo.

⁹⁶ Existen bastantes indicios literarios sobre la participación de los tingitanos rumi en la primera campaña árabe contra Hispania, como auxiliares y guías. Es bien significativo que en la toma de Carmona “*los árabes sólo pudieron entrar al fingirse las gentes de Ilian fugitivos y abrir las puertas de la ciudad a los musulmanes*” (**Gonzalbes Busto, G. De la Ceuta bizantina a la Ceuta Islámica**, pág. 22; el autor se basa en los relatos de Al-Maaqari, Ajbar Machmua y Ibn Al Atir). La misma Crónica del 752 nos dicta otro ejemplo definitivo con aquel Urbano, cristiano del África, que acompaña y asesora a los invasores.

un siglo antes entre Bizancio y el Califato; en este segundo conflicto los “romanos”, en efecto, ya tuvieron un papel más secundario)⁹⁷.

El desarrollo de esta importante revolución, en el caso concreto de la *Tingitana*, puede ser seguido con cierto detalle. Muchas pruebas apuntan a que el “pacto tipo Teodomiro” que habían sabido arreglar los ceutíes se mantenía y que el general sirio omeya Balyi Ibn Bashir buscó apoyo en aquella población cristiana que estaba a resguardo de las fortalezas. El Ajbar Machmua aún recuerda que por entonces Ceuta “era una ciudad bien fortificada, de bastante población y abundantes recursos en sus alrededores”, (Ajbar Machmua, pág. 35 de la ed. y 46 de la Trad.), prueba indirecta de que la capital rumi estaba intacta.

Los jariyíes obtuvieron la victoria en la famosa batalla de al-Asraf y los jinetes árabes se cobijaron tras los muros que Justiniano había levantado hacia dos siglos. Tal vez aquella fue la primera vez que gentes musulmanas pisaron sus calles. Durante casi año y medio, rumis y sirios soportaron el asedio sin recibir ayuda de ningún lado, porque los soldados beréberes de las comarcas más al sur de la Bética (entonces ya empezando a ser ese Al-Andalus que tanto se nombrará) colaboraron activamente con sus correligionarios “africanos”. De hecho, todo apunta a que se trataba de un verdadero intento de asentamiento libre, por parte de los “moros”, en el África e Hispania por igual, nuevas tierras para ellos de promisión. La Crónica Mozárabe del 754, un texto prácticamente contemporáneo de los hechos, lo explica con detalle. Según el relato, los beréberes asentados en la península se dividían en tres grupos. Uno de ellos bajó con destino a Ceuta y, aunque no la tomó, consiguió controlar el Estrecho durante algún tiempo para “ayudar a sus amigos a que pasasen también a fin de sumarse a la tarea de asentarse en la península”⁹⁸.

En Ceuta asediada se cobijaría una masa enorme de refugiados, afluyendo desde Tánger y aún más lejos. Los que pudieron escaparon en navíos rumi; de los que sabemos algunos por lo menos surcaron el Mediterráneo en busca de tierras más tranquilas en el corazón de Bizancio⁹⁹.

⁹⁷ Los grupos humanos implicados en la rebelión no debían llevar mucho tiempo en el área norteafricana y desde luego tampoco en la peninsular, porque aún predominaban los politeístas y recién islamizados que profesaban una forma muy simple de culto: el “kharijismo”, originada en Oriente y difundida entre los menos “civilizados”, aquéllos que desconocían la vida urbana y toda su compleja organización de clases y división del trabajo. Algunos de los “Zenata” y “Branes” más rezagados que habían seguido el “rebufo” de la invasión árabe, traían con ellos la herejía que les servía también como supraestructura ideológica para mantener su diferenciación. Pronto, los que supieron crear dominios en áreas extensas, perderían su “comunismo” inicial y articularían nuevos poderes de orden más “tradicional”.

⁹⁸ “los moros residentes en Hispania se reúnen en plan de guerra, deseando someter a Abdelmelic para pasar al otro lado después de conquistar su reino y ofrecer así a sus amigos de allende el mar un paso por él. Divididos pues en tres secciones, destinan una a Toledo para destruir la fuerte muralla de la ciudad. Otra la envían a asesinar a Abdelmelic en su residencia de Córdoba. La tercera la mandan al puerto de Ceuta para vigilar la llegada de aquellos que según hemos dicho, habían escapado de la guerra contra los moros” (Crónica Mozárabe del 754, ed. Pereira, 85. pág. 111).

⁹⁹ Una prueba de ello es que por entonces se procedió al traslado de las reliquias de San Casiano, patrón de la ciudad de Tingi/Tánger y algunas otras del obispo San Epifanio, hasta Chipre primero y poco después a Constantinopla, lugar donde se guardarían durante siglos, tal vez hasta la IV Cruzada (1204). Para el cristianismo antiguo en la ciudad de Tingi-Tánger puede consultarse el artículo de **Villaverde Vega y Zan López**, *Cristianización y propaganda episcopal durante el bajo Imperio Romano en Tingi, Tánger, Marruecos*. Acta Antiqua Complutensia, 3. págs. 391-401.

Sólo la abundancia de recursos y la excepcional defensa pétreo explican el tiempo en el que aguantaron. Los autores árabes hablan de los repetidos asaltos y de que “los moros asolaron el país en varias leguas a la redonda”. Y al final (tal vez corría Octubre del 741), los soldados árabes pactaron su salida de la ciudad rumbo a la península. Entonces Septem-Ceuta, con los últimos rumi dejados a su suerte sucumbió. Al-Bakri nos asegura que la urbe fue arrasada y todos sus ciudadanos asesinados o esclavizados, quedando despoblada. Parece claro que aquellos beréberes no eran locales ni pretendieron después quedarse allí. Se empeñaron en destruir una tierra que, de ser la suya o quererla aguantar en sus manos, jamás habrían castigado así. El urbanismo les era extraño y ajeno¹⁰⁰.

¿Es éste el final de un post-bizantinismo en Tingitana? No, todavía hay una larga agonía a desarrollar. De hecho, como el resto de los “mozárabes”, aunque en minoría, los africanos (no sólo tingitanos, como veremos más adelante) persistirían el mismo tiempo que aquellos otros similares de Al-Andalus, hasta el siglo XII, seguramente firmando un definitivo punto y final la invasión almohade. Así lo defiende una autoridad en el mundo antiguo del Maghreb como Don Gabriel Camps¹⁰¹.

19

Perspectiva bizantina del África convertida en Magreb

Como muchas veces hicieron (casi siempre), los bizantinos se empeñarían en guardar buena memoria de la Historia, máxime de aquella África que fue parte íntima y notable de la Romanía.

En los siglos que van del IX al XII (y aún en el XIII, aunque ya por entonces se aceptaban nuevos términos), los escritores y mercaderes de Bizancio distinguían nítidamente entre “africanos” (que eran rumis) y los invasores, bien árabes o “moros”, todos ellos “sarracenos”. Inclusive cuando se enfrentaban a tales en muy nuevas situaciones y lugares, nunca los denominaban de otra forma que no fuera la segunda, consignando para ellos un carácter de “invasores impenitentes” que, primero usurpadores de tierras (el África), después lo intentaban en otros lares (Creta, Sicilia o Grecia), rompiendo siempre la paz y el orden del ecumene.

Podría decirse que los bizantinos jamás “naturalizaron” a moros y árabes como “originarios o titulares” de la antigua diócesis; mantuvieron una tajante diferenciación; y en palabras de la profesora Nikè-Catherine Koutrakou “mantuvieron del África una

¹⁰⁰ “Los árabes hicieron con los habitantes de la ciudad un pacto de amistad y obtuvieron permiso para establecerse en ella. Fueron expulsados algún tiempo después por los beréberes desde Tánger; y Ceuta quedó abandonada y en ruinas, sin otros habitantes que los animales salvajes” (Al-Bekri, ed. Slane, pág. 204).

“Esclavizaron a los habitantes de la ciudad y la devastaron hasta el punto de quedar desierta” (Ibn Jaldun, ed. Slane, 2º ed. II, pág. 137).

¹⁰¹ G. Camps, “Comment la Berbérie est devenue le Maghreb arabe”. Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée, 35, (1983), pág. 14.

percepción que tendría más de pasado que de presente... remarcando que, incluso en los textos populares, estos *aphroi* formaban parte por siempre” de la romanía hermana occidental (**Koutrakou**, *Entre fiction et réalité: la Méditerranée et l'Afrique a'après les sources hagiographiques méso-byzantines*, VIIe-XIe siècles, Mésogeios, 7 -2000-, pág. 83).

En efecto, en aquellos “best sellers” de tan amplia difusión como eran las hagiografías, tenemos una de las mejores pruebas de todo ello; amén de que en muchos casos dan una información inestimable sobre muchos acontecimientos posteriores a la conquista de los que, en otro modo, estaríamos ignorantes.

Por ejemplo, la Vida de Santa Atanasia de Egina menciona a los moros que “después de haber aniquilado a los africanos” habían devastado la isla, a principios del siglo IX, momento en el que el marido de la santa encontró la muerte a manos de los mismos. Otro lo encontramos en la llamada Vida de San Gregorio el Decapolita (en el que incluso se describe a un espía árabe recogiendo información en el puerto bizantino de Otranto) y que señala aquellos navíos sarracenos (no los llama nunca africanos) que desde la “pobre África” perseguían a los mercantes romanos (uno de los “milagros” del santo consiste en lograr que el barco con el que viaja atravesase el Mediterráneo occidental sin ser abordado por ellos). Por último, tal vez éste sea el mejor “informante”, recordamos la famosa Vida de San Elías el Joven, escrita en el siglo X relatando acontecimientos del IX. Según afirma, Elías había nacido en Enna (Sicilia), caído cautivo y hecho esclavo por sarracenos terminaría en el mercado de Kairouan. Allí, “un cristiano africano rico” puede comprarlo y asiste a un oficio nocturno en una iglesia de la ciudad, donde da gracias a Dios y recibe la eucaristía de manos de un obispo llamado Pantoleón. Aún después ejercerá como médico entre los “moros” que aún son “extraños y un tanto errantes” antes de retornar a territorio bizantino (donde por cierto sus propios compatriotas le encarcelan acusándolo de espionaje)¹⁰².

En fin, una perspectiva histórica que difiere mucho de la que es ordinaria (¡casi incuestionable, sin caer en la ofensa!) en nuestro mundo de hoy.

20

Últimas noticias del África bizantina

Pasada la feroz etapa de la invasión árabe, la aún más terrible oleada bereber subsiguiente y la postrera penitencia de la revolución jariyí, los romanos supervivientes que no pudieron o quisieron optar por la diáspora, de cierto diezmados, tuvieron la oportunidad de continuar una difícil existencia, muy oscura hasta el día de

¹⁰² **Lydia Carras**: “*The Life of ST. Athanasia de Aegina, (A critical edition with introduction)*”, en MAISTOR, Classical, Byzantine and Renaissance Studies for R. Browning, Camberra, 1984, págs: 199-224.

Fr. Dvornik, (ed.). *La Vie de Saint Gregoire le Decapolite et les Slaves macédoines au IXe siècle*, Paris, 1926

G. Rossi-Taibbi, (ed.). *Vita di Sant'Elia il Giovane*, Palerme, 1962

hoy cuando, muy poco a poco y con suma dificultad, se empieza a escrutar cierta luz sobre ello¹⁰³.

En lo que habían sido las áreas más desarrolladas del África, no hay duda de que la población rumi resistió durante mucho tiempo y en mejores condiciones. La urbanidad nunca volvió a ser nada parecido a lo que el mundo clásico había creado, pero puntuales “medinas” musulmanas habrían de permitir asentamientos y pálidos reflejos en los que cabía la vida de “hábito civilizado estándar”. Allí parecen haber confluído, y resulta lógico, una buena parte de las comunidades cristianas más dinámicas que, en paralelo a *Hispania* podemos dar en llamar “mozárabes africanos”.

No obstante, este “mozarabismo” no fue un fenómeno exclusivamente “ciudadano”, en modo alguno. Muchas pequeñas localidades rurales se mantuvieron vivas (no pocas constituidas sólo por rumis) y, de hecho, durante siglos casi en cualquier rincón tales conformaban al menos, una minoría muy importante.

Se entiende entonces que, hacia el 880, el geógrafo árabe al-Yaqubi¹⁰⁴, hombre observador que viajaba por el flamante “Magreb”, nos describa una población bien heterogénea; donde árabes y beréberes convivían con los Adjam al-balad (“no árabes oriundos del país”), denominándolos ora Rum (romanos) cuando Afariqa (africanos), dos términos equiparables en tanto señalan “nación” (Roma) y provincia (África) y que reproducen los mismos usados desde tiempos alto-imperiales. Parece bien lógica la situación, a poco más de un siglo vista de las invasiones y teniendo en cuenta los altos niveles iniciales de rumis en todo el área “histórica” de la Romanía norteafricana, la misma que después sería la rectora en sociedad y vida.

Más sorprendente, en cambio, es que a la postre tengamos también seguras referencias de supervivencia en las áreas más castigadas y expuestas, en teoría, como fue el limes sur de *Byzacena*, *Numidia* o la *Cesariana*. Resulta que ciertos núcleos supieron defenderse y mantener también parcelas donde vivir durante periodos que nos parecían a priori imposibles. Merece la pena detenerse algunos párrafos para desglosar ciertas noticias de este “post-bizantinismo africano”, que se extendía desde *Cirenaica* a *Tingitana*.

Rumis en las ciudades del Magreb

¹⁰³ La salida de africanos en la primera mitad del siglo VIII debió ser un fenómeno casi “masivo”. No sólo afectó a las élites ciudadanas y cultivadas, muchos plebei que tuvieron oportunidad antes de que la navegación civil en el espacio siciliano-africano se tornara imposible, se trasladaron a Sicilia e Italia, tan próximas en geografía, lengua y cultura (Anne-Marie Edde, *Communautés chrétiennes en Pays d'Islam, du début de VIIe Siècle au Milieu du XIIe Siècle*, SEDES, pág. 41). Hacia el 720 se trataba de una verdadera “invasión” humana que preocupó a las autoridades en las tierras receptoras; una vez más, el capítulo del que nos ha llegado más información es el relativo a los problemas para encuadrar al clero que arribaba. En el 729, el Papa Gregorio II enviaba una carta a San Bonifacio, obispo de Turinga, advirtiéndole de revisar las ordenaciones de sacerdotes africanos entre los exiliados, por mor de controlar de forma cabal tales nombramientos que debían sumarse al organigrama local, lo cual no siempre era fácil. (Migne, *Patrología latina*. vol. 89, col. 502).

¹⁰⁴ Al-Yaqubi, *Kitab al-Buldan*, ed. De Goeje, Leyde, 1892, Págs. 342 y subsiguientes.

Sabemos que pequeñas comunidades, tras el primer momento de pánico y huída a cuevas o montañas, retornaron a los alrededores de ciudades destruidas, para cultivar pequeños huertos y llevar una vida casi “autárquica”. En el medio rural pudo ocurrir también algo similar sobre aldeas y viejos “fundos”, pero de igual manera se trataría de círculos muy pequeños de habitabilidad. El ambiente hostil generado por nómadas haría imposible, en breve plazo, la vida rumi en gran densidad.

Lo más significativo es que desde los campos o las ciudades en baja, parece que muchos africanos se desplazaron a las nacientes “medinas”, lugares donde más posibilidades se generaban; de modo que, incluso en la capital (de origen árabe) que era la antigua base de Kairouan llegarían a conformar un sector más que notable. El cronista Al-Raqiq (muerto en 1027), nos ha dejado un relato muy ilustrativo al respecto. Afirma que cuando en el 793 el nuevo gobernador Al-Fadl Ibn Rawh llegó a ella, fue recibido de manera muy calurosa por los “romanos”. Qustas (es decir, Constantino), jefe de la comunidad rumi, se había preocupado de adornar toda la calle principal con ramos de flores, una banderola en la que se podía leer una inscripción coránica y justo delante del palacio una peculiar cuba de vidrio en la que nadaban algunos peces, un discreto símbolo del cristianismo, sin duda. El jefe árabe quedó tan encantado que convocó a Qustas para darle las gracias y, rompiendo todas las normas del derecho musulmán, autorizándole a construir una iglesia; el relator (hijo de su época) no se reprime para añadir “si así fue, al-Fadl cometió verdaderamente algo impío”¹⁰⁵.

A la centuria siguiente tenemos también algunos datos fiables. Así por ejemplo, gracias a un documento menor -entre los escasos de toda índole que se han conservado- sabemos que hacia el año 850, el gran cadí Sahnun de la misma ciudad convocó a los jefes rumis (al-ru'asa) para darles férreas instrucciones frente al próximo Ramadán. Prueba de que su número era importante y que su comportamiento era objeto de prevención.

Un siglo después y durante todo el periodo de los Ziridas (972-1148), hay también signos de su existencia en relativa calma. En el 990, una fatwa de Ibn Abi Zayd menciona la existencia de un poderoso gremio de rumis vendiendo telas y cita las localidades, muchas, del reino en donde los cristianos aún eran mayoría (**R. Idris**, *La berberie orientale sous les Zirides*, II, pág. 757). Lápidas funerarias latinas de un cementerio en la capital se han encontrado con fechas varias de tal época; la última del año 1046 (**A. Mahkoubi**, “*Nouveau témoignage épigraphique sur la communauté chrétienne de Kairouan au XI e siècle*”, *Afrique*, 1, 1966, págs: 85-96). En ellas ya se observan rasgos de “aculturación” porque, al lado de la datación cristiana se añade la era musulmana, señalando un *annus infedelium* correspondiente.

Todo apunta a que los sacerdotes y obispos quedaron muy reducidos, en mucha mayor proporción que los fieles y por ende, en medio de tanta dificultad, se entiende

¹⁰⁵ No debe extrañar la “amistad” rumi-árabe, ambos representaban entonces la urbanidad frente al mundo bereber; las alianzas habían mudado desde la invasión de finales del siglo VII. Los primeros “civiles” en poblar Kairouan fueron sin duda rumis.

un empobrecimiento drástico de la antaño rica y conflictiva vida eclesiástica. No obstante, es seguro que un cierto número de obispos se mantuvieron en sus sedes. Por desgracia nada sabemos de ellos y cómo fue su decadencia, apenas que en 1053 sólo restaban ya cinco preladados en toda África¹⁰⁶.

La última referencia segura sobre jerarquías data de 1076, cuando Gregorio VII mantuvo correspondencia con el obispo Ciriaco de África; el único que, según se lamentaban, restaba por entonces. De hecho le conminaba a nombrar otro compañero él mismo, lo cual no era canónico pero sí necesario *in extremis*, para poder asegurar la continuidad de la histórica saga.

Tampoco, no obstante, aquel fue un final *strictu sensu*. Los cristianos autóctonos, aislados y dispersos, despreciados como una minoría rancia desprovista de valor material y peligro, siguieron conservando religión (más dudoso es el caso de la lengua) aunque sin encuadramiento pastoral ni relación con Roma, al menos dos siglos más. Así, en 1148 cuando los normandos conquistan Mahdiyya descubren, con sorpresa infinita, que allí residen cristianos en número respetable y hacen uso de varias iglesias (**H. Bresc** “*Le Royaume Normand d’Afrique et l’archevêché de Mahdiyya*”, en *Le Partage du Monde*, Ballard y Ducellier). Se dice que los últimos del África serían un puñado de familias rumi perdidas en la isla de Yerba, que aún les da tiempo a conocer los conquistadores españoles en el siglo XIV, aunque desaparecen casi a renglón seguido.

Rumis en el sur, la supervivencia más inesperada

Resulta que también, y contra todo pronóstico, en pleno medio aparentemente copado por los beréberes, en las estribaciones del Aurés y al sur de todas las provincias; ciertos núcleos supieron sobrevivir. Y no fueron casos aislados, muchos datos apuntan a un contingente humano más que significativo.

En Tahert, al sudoeste de Argelia, bajo el mismo Ibadismo (una de las ramas del Kharidjismo) que dominó siglo y medio (del 761 al 908), unos celosos rumis, campesinos y guerreros terribles, formaban parte de los notables en la comarca. No podían ser “moros cristianizados” porque su lengua era el latín, la mayoría trabajaban con habilidad el agro y habitaban en moradas fortificadas; de tal modo que nos recuerdan vivamente a los limitanei y sus fortines del limes. Al parecer, su

¹⁰⁶ La verdad es que la evolución “hacia menos” no es tan espectacular como puede parecer (recordemos que en el 534 se habían reunido en Cartago casi 300 obispos); sigue de hecho el mismo patrón que otros territorios de similar orden. Por ejemplo en Sicilia, de 16 obispados en el siglo IX (los últimos días cristianos) pasó a tan sólo uno a inicio del siglo XI, aquel de Palermo, tras el dominio de los aglábidas musulmanes. En Hispania, en el siglo IX, las listas conciliares muestran cada vez más ausencias, de forma acelerada (una de las sedes que resisten corresponde precisamente a Tánger). La reconquista Normanda y de los reinos cristianos hispánicos dará el cambio de timón en sentido contrario también en breve tiempo. Las religiones se nutren del ambiente, eso está meridianamente claro.

También se conserva una carta del Papa León IX con fecha 17 de Diciembre del 1053 dirigida a Tomás, obispo de Cartago, residente en Túnez. Se trata de una información muy relevante porque intenta mediar en la disputa por la primacía que mantenía el cartaginés con otro titular afincado en Gummi (es decir Mahdiyya), ciudad que se había visto elevada a capital después de la destrucción de Kairouan por los hilalianos. Se citan otros tres más pero sin precisar los lugares donde ejercían.

“cohabitación” con los ibadíes fue tan fructífera y duradera que cuando los fatimíes atacaron a los primeros, unieron su suerte a la de ellos. Tomada la medina de Tahert, también los rumi huyeron con los restos de rustamidas (de Ibn Rustam, cabeza de las tribus ibadies), hacia el oasis de Ouargla donde se pierde su rastro¹⁰⁷.

La verdad es que hay otros ejemplos de rumis del antiguo limes que se agarraron a su arcano terruño. Las piedras comienzan a hablar, cuando se realizan las primeras campañas arqueológicas en las alejadas regiones. Y la literatura (analizada con más minuciosidad) también desgrana informaciones preciosas. Tan al sur como Tlemcen, Al-Bakri en pleno siglo XI todavía nos dice que allí “se encuentran las ruinas de muchos monumentos antiguos y los restos de una población cristiana que se han conservado hasta nuestros días; y hay también una iglesia abierta muy frecuentada por ellos...” (Al-Bekri, *Description de l'Afrique septentrional*, pág. 111).

En suma, las señales abundan y merecerían sin duda un análisis más profundo que aún espera su momento entre los historiadores.

21

Septem-Ceuta y los rumis cristianos (mozárabes), ¿una larga historia?

La arqueología y un buen número de datos literarios demuestran que la ciudad de Ceuta y su entorno (territorio que habría que ampliar en bastantes kilómetros) permaneció habitada por población rumi cristiana desde la debacle jariyí hasta la llegada, en el año 931, de las huestes de Al-Nasir, que convertiría ahora Septem en Septa como ciudad del reino omeya de Hispania (Al-Andalus). Sólo entonces se construye una verdadera medina musulmana, se nombra un cadí y se abre una mezquita que reutiliza (aplicando sólo los cambios necesarios para el nuevo culto) la antigua catedral de Justiniano.

Cuando Ceuta devino ya en el siglo XI siguiente, una ciudad predominantemente (pero no “exclusivamente”) islámica, rica y culta, se fraguaron leyendas que pugnaban en buscar un arcano origen más acorde con la fe y cultura imperantes por entonces. Todas ellas (la del jefe “Maykas” incluido, un supuesto líder “gumarí” que a la vez que refunda la ciudad hacia el 750, se hace fiel musulmán -¡le habría enseñado otro “ceutí” misterioso anterior!-), son topos literarios muy burdos y fáciles de refutar; por su belleza literaria y el lamentable uso “como cierto” que hacen algunos autores marroquíes “alauitas” empeñados en sostener mitos y equívocos “nacionalistas”, las consideraremos en un apéndice final. Este es, desde luego, un fenómeno muy común y basta recordar los textos turcos del siglo XVI y XVII (por citar un ejemplo “extremo” y tardío) que aseguran la fundación de Constantinopla a cargo de un tal Yanko Ibn Madyan mil años antes de Cristo (“Ayasofia” incluida) y su islamización “parcial” ya con Abu Eyyub Ansari; para tener clara perspectiva de la pertinacia de esta tradición

¹⁰⁷ Todos estos datos se saben gracias a la Crónica de los Rustamidas, elaborada a principios del siglo X por Ibn al-Sagir.

en todo el mundo del Islam (véase el texto de **Stephane Yerasimos**; *La fondation de Constantinople et de Sainte-Sophie dans les traditions turques*, Institut Français d'Etudes Anatoliennes, 1990). En cuanto a los Idrisis, su dominio, que comenzaría hacia el 880, es a todas luces puramente nominal; no teniendo especial interés en refundar o repoblar la derruida ciudad, de modo que cuando llegan las huestes andalusíes no encuentran soldados allí y los pocos habitantes, cuya naturaleza no se especifica, acogen con muy buen talante a los nuevos dueños¹⁰⁸.

La arqueología, una vez más, se erige en la prueba más terca y clave: en las murallas se observa la íntima superposición de obra romana a la árabe califal hispana o cordobesa (ya del año 931); de modo que, si hubo ocupación intermedia como mucho se trató de algo muy precario. Y, aún más importante, en ningún caso de carácter musulmán porque el ajuar no corresponde en ningún caso a una comunidad islamizada. No debe extrañar en absoluto; tal fue algo común a casi todos los lugares que habían sostenido una ciudad romano-bizantina importante y donde los antiguos habitantes lograron aferrarse a ruinas y medios de vida inveterados. Los omeyas cordobeses no pudieron asumir ninguna mezquita previa, hubieron de transformar la vieja catedral y construir otras nuevas en años sucesivos. Los vestigios romanos están a la vista por todos lados, y aún mucho tiempo después, como atestigua entre otros el citado Al-Bekri.

Pero no sólo es lo material, también existen ciertas referencias escritas de esa continuidad; y entre ellas (todas poco sospechosas de interés alguno en arrimar “razones” a poderes del momento) podemos destacar un párrafo de Ibn Jurdadith, autor entre los clásicos de la geografía árabe. Inserto entre datos reales y a los que tenía acceso directo por corresponder a su misma época, señala una “*villa de Ceuta que se encuentra al lado de al-Khadra* (¿Algeciras o Tánger?) y su soberano es Ilyan” (**Hadj Sadok**, *Description du Maghreb et de l'Europe au III/IX siècle*, Argel, 1949, pág. 8 del texto árabe y pág. 9 en la trad. francesa). Es evidente que éste no puede ser el mismo Julián de época bizantina; así que, o es un error o se trata de otro personaje homónimo y, en cualquier caso un rumi. Hecho éste último refrendado un poco más adelante cuando el mismo autor nos enumera las posesiones de los hijos de Idris Ibn Idris, véase los descendientes del jefe Idris II: coloca bajo su dominio a Tremecén, Tánger y Fez, entre otras, pero no incluye a esa Ceuta que quedaba a cargo o gobernada por ese Ilyan. En éste hilo, sin embargo, no deberíamos engañarnos: Ceuta sería apenas una sombra, precaria y pequeña comunidad rumi agrícola y/o comercial local; lo que explica que los más grandes autores árabes hasta el X-XI no se detengan a considerarla: así Al-Yaqübi ni tampoco Al-Istahri se dignan hacerlo. El mundo “cristiano-africano” es una rareza, un “fósil histórico” arrinconado aquí y allá, que observan sin comprender y al que no dan mayor importancia que lo anecdótico, pobre y anticuado.

Con todo, sabemos que, a despecho de su escaso valor político, ciertos estamentos cristianos de Occidente mantuvieron trato y recibieron información sobre

¹⁰⁸ Para un conocimiento mayor en torno a estos dos siglos oscuros de Ceuta y su entorno tenemos el trabajo de **Gonzalbes Busto, G.** *Dos siglos olvidados en la historia de Ceuta*, CAMC, 4, (1989), pág. 21-36.

esas comunidades. En el caso de *Proconsular-Numidia-Byzacena* sabemos de sobra que fueron muy significativos con Roma (como hemos desarrollado antes) pero también con Bizancio algo, aún cuando al límite, debió existir. Extremadamente importante al respecto, a pesar de un general desconocimiento de esta fuente, es la lista de obispados cristianos, llamada de León el Sabio y fechada en el año 883, en la que se cita expresamente incluso a un modesto titular de Septem¹⁰⁹.

Si ese prelado existió de cierto, debía pastorear sobre diversas comunidades distribuidas por toda *Tingitana*, oscuras y mudas, tanto o más que las del corazón en *Proconsular* o remotos rincones del sur bético, aparentemente “desaparecidas” pero que cobran vida al revisar la correspondencia del Papa con un obispo de Cartago en los siglos VIII al XI y otros documentos escritos que se sumarán a la más definitiva epigrafía/arqueología.

Poco más tarde, hacia 867-869, sabemos que ciertos andalusíes que emigraban de Kalsama (¿alrededores de Cádiz?), huyendo de pestes y sequías, no pudieron acceder al interior de la ciudad vieja ceutí, porque sus habitantes no cedieron las propiedades y debieron ocupar tierras en los alrededores pagando su seguridad “a unos beréberes nómadas” (diferenciados pues de los habitantes fijos de la urbe) de modo que, al crecer y acercarse poco a poco al istmo conformarán, más tarde, un primer arrabal extramuros. De este grupo se derivará una comunidad andalusí, engrosada de continuo, que pervivirá casi todo el periodo musulmán de la ciudad junto a los árabes y cristianos.

Porque en la Ceuta califal cordobesa (931-1031), los periodos intermedios, en el próspero principado independiente de Ceuta (que ocupa todo el siglo XIII), y por supuesto a la víspera de la toma por el capitán D. Pedro de Meneses en 1415, siempre existieron importantes minorías cristianas en “Septa”. De hecho, durante todo este tiempo la “perla del Estrecho” tenía una población bien estructurada, perfectamente conocida por muchas y variadas fuentes y que merece la pena desglosar con detalle.

Un grupo de origen y lengua árabe constituía la élite de la sociedad, ocupaba los cargos jurídicos, religiosos e intelectuales. Todo ciudadano que se preciara, trataba de enlazar su nombre con una “nisba” de éste tipo. Y dentro de ellos se distinguían los venerados “Chorfas Saqilliy” (se tenían por descendientes directos de Idris, y por ende del Profeta, aunque habían llegado desde la Sicilia musulmana (de ahí el Saqilliy o “sicilianos”) además de los “Azafis”, tal vez originados en sirios o iraquíes de las migraciones en etapas sucesivas.

Otro segmento, el más numeroso de todos con diferencia, lo conformaban los andalusíes, muy diversos y entre los que por supuesto predominaban conversos hispano-godos (¿y africanos conversos?) que hablaban un dialecto trufado de palabras árabes, latinas y de romance. De ellos surgieron los profesionales medios, trabajadores

¹⁰⁹ Podemos ver un análisis de éste texto y otros que hacen referencia a otras comunidades “mozárabes” africanas en el trabajo de Mesnaje, J., *L'Afrique Chrétienne. Evêches et ruines antiques*. Paris 1912. El documento bajo León VI se recoge en la página 512.

del cuero, joyeros, tejedores, juristas, incluso campesinos porque conocían las técnicas agrícolas (que aún los beréberes no aplicaban en grado alguno) y por ende los propietarios de tierras “no contrataban un moro mientras hubiera un andalusí disponible”¹¹⁰.

La minoría cristiana era la siguiente en importancia. Vivían en áreas y comunidades determinadas o “funduqs” que se distinguían a su vez entre ellos. Aquí radica un elemento muy interesante también en orden a la permanencia mozárabe ceutí. Varios textos nos hablan de siete distintos, según su procedencia y habla: castellano, catalano-aragonés, portugués, genovés, pisano, marsellés y un séptimo “autóctono”. ¿Quiénes podían ser esos “cristianos de origen local”? Pocas dudas pueden caber. Al margen de las aportaciones de otros mozárabes, como aquella atestiguada en 1126 de unos pocos millares de ellos llegados tras ser expulsados desde Almería, lo más nutrido parece haber sido africanos desde siempre. Y los más respetados (comunidad original que los musulmanes consideraban como “a cuidar” por ser los del libro que allí habitaban antes) hasta el punto de que eran a los únicos que se les permitía mostrar su culto y procesiones¹¹¹.

Estos cristianos tenían, al menos, un templo dedicado a Santa María de África y un sacerdote mayor que intentó mediar con las autoridades para salvar la vida de algunos prisioneros peninsulares (como aquel Domingo Bono de Palma) o del mismo San Daniel. No eran pocos y se dejaban ver, tanto que Abu-l-Abbas al-Azafi y su hijo Abu-l-Qasim intentaron contrarrestar el fasto y la importancia de las fiestas cristianas de la Navidad o “mawlid yannayr”, el “mahrayan” o “ansara” con la promoción de una fiesta nueva: el nacimiento del profeta, algo a lo que algunos puristas musulmanes se opusieron teniéndola por sospechosa de “culto a santo”. Ceuta en cualquier caso, celebró ese Mawlid “competitivo” antes que ninguna otra ciudad del Magreb y que Granada misma.

Tantos “mozárabes” tenían acomodo en torno al territorio Ceuta-Tánger que poco tiempo después se ha constatado la “emigración de cristianos” desde allí hasta la península. Un ejemplo tan sorprendente como indiscutible es el de aquellos caballeros farfanes, misteriosos cristianos que procedían de Marruecos y emigraron a Sevilla en el siglo XIII. Ellos mismos aseguraban que descendían de “godos” que habían luchado con Julián y sus rumis “*fincaron en tierra de Marruecos, que los envió allá Ulit Noramamolín por ruego del Conde Don Illán...*” (Sanchez Saus, “*Un linaje hispano-marroquí entre la leyenda y la Historia: los Farfán de los godos*”, Actas I Congreso

¹¹⁰ Cabe destacar que los beréberes no habitaban en grado perceptible dentro de la comarca de Ceuta y así lo reflejan todos los autores. La lengua “amazig” era desconocida en general y despreciada por su agrafía y sequía literaria entre los cultos árabes y los andalusíes. Los intercambios se realizaban en la “franca”, el árabe, que todos los que viajaban conocían, incluidos los moros más activos que hasta allí se acercaban a vender y comprar. No hay un solo elemento de cultura bereber que haya sido encontrado en el entorno arqueológico abierto en Ceuta.

¹¹¹ El proselitismo o la predicación cristiana fuera de los funduqs estaba rigurosamente prohibida, desde luego, pero esa permisividad con unos parece haber sido la causa de que San Daniel y sus compañeros se atrevieran a ir un poco más allá. Seguro que es por ello, que el gobernador almohade en 1227 les condena a muerte; razón por la cual pasa a ser considerado uno de los mártires patronos de la ciudad y festejado desde 1415 en su parroquia cada 10 de Octubre y hasta el día de hoy.

del Estrecho, págs 323-332). Difícil pero apasionante buscar explicación histórica para tales realidades tardías.

Aún más reciente, es una realidad incuestionable que los conquistadores portugueses y castellanos (desde Alfonso X) encontraron cristianos, no ya en la ciudad ceutí, sino en las montañas abruptas de los alrededores: hombres que no vestían chilaba, sino trajes similares a los aldeanos más remotos de su tierra (los gallegos), que celebraban como patrón a San Juan y hablaban un romance latino “ininteligible” (el confuso testigo, que no ha oído hablar jamás de bizantinos y romanos por esos lares; cree, lógicamente, que son descendientes de “godos” como los demás peninsulares de los que él se siente parte, aún cuando embrutecidos, y acierta a entender que los moros llaman a tales algo así como “gaitan” (clara referencia a “tingitan” o “tingitanos”) pero que a él le suena a “galegán” o “galegos” como lo único posible de entender en su mundo del siglo XIV):

“i es q¹cerca de Tetuán está una sierra llamada Benihassan³ Habítanla oi mas de diez mil familias de barbaros q¹conservan assí los hombres como las mujeres el traje de Galegos, q¹quedaron en aquella tierra de tiempo de los godos, i los mismos moros de Tetuen los llaman Galegos, porq¹dicen lo son, i el día del Precursor Baptista baxan alauarse al mar gran numero dellos, i festejan el nacimiento del Sancto con bailes³” (Mascareñas, *“Historia de la ciudad de Ceuta”*, Academia des Ciencias de Lisboa, pág. 125).

El resto del devenir de Septem-Ceuta ya excede nuestro interés post-bizantino en todos sus aspectos, porque se integra radicalmente, por mano de D. Pedro Meneses ese año de 1415, cuarenta años antes de la caída de Constantinopla, como parte muy honda de la hispanidad¹¹².

¹¹² La repoblación siguió los usos tradicionales, y sería especialmente rigurosa. De hecho, los primeros “moros” autorizados a entrar en la ciudad, desde esa época inicial, fueron los llamados “mogataces”, que procedían de Oran tras la retirada española de esa plaza en 1792 y que deseaban seguir sirviendo como soldados “españoles”. Hasta la llegada masiva de emigrantes ilegales en la década de 1980, los musulmanes “de origen marroquí” eran casi una anécdota en la urbe y apenas significativa en el extrarradio; incluso los mercenarios que al servicio del ejército franquista estuvieron allí acuartelados unos años, volvieron casi todos a sus hogares en otras provincias tras la constitución del reino de Marruecos, en verdad muy pocos permanecieron en la ciudad porque ninguno era oriundo de allí.

EPILOGO

ANEXO I:

Algunas consideraciones referentes a la cuantificación de efectivos en las guerras arabo-bizantinas del siglo VII

Desde luego resulta muy difícil determinar cifras en la valoración del tamaño de los ejércitos del siglo VII, árabes y bizantinos, en el caso que nos ocupa. Cierto es que ésta es siempre una tarea muy delicada. Incluso a día de hoy tampoco es fácil; basta ver la divergencia en los “informes oficiales” que se han puesto a la luz en un conflicto relativamente reciente como es el de Vietnam (finalizado el 30 de Abril de 1975), por no hablar de los presentes “partes de guerra” en el sufriente Irak de hoy mismo o las discrepancias en cuanto a los asistentes a las manifestaciones de orden político-social según el “sentir” de los diversos grupos mediáticos, para tener clara conciencia de ello.

Desde luego ceñirse a las fuentes para esbozar “cuestiones de número” es ocioso placebo, un callejón sin salida o más bien un palmario modo de confundirse y caer en el absurdo. El camino más seguro (tal vez la única vía) a nuestro humilde entender, es considerar *in situ* las cuestiones y plantearse respuestas tras el análisis geo-táctico de las batallas cuyo escenario es conocido.

En este planteamiento nos atrevemos a ofrecer los siguientes párrafos, referidos a dos entornos precisos y trascendentales en la larga y dura guerra arabo-bizantina del siglo VII: Constantinopla y Cartago.

a- Los ejércitos enfrentados en Constantinopla

Aunque ya tiempo antes la presión sobre los estrechos se había hecho muy angustiosa, Constantinopla se mantuvo asediada de firme entre la primavera del 674 y finales del 677. A juzgar por relatos y el sentido lógico del combate, los árabes intentaron en una primera etapa el bloqueo total de la urbe, conseguido por tierra con facilidad pero que no resultó completo durante el tiempo suficiente en el mar, debido a la efectividad de los nuevos dromones ligeros con fuego griego que hábilmente manejaron los bizantinos.

Sabemos que los árabes construyeron una empalizada continua y con base en el Hebdomón lanzaron sucesivas intenciones en los veranos, mientras durante el invierno se esmeraban en impedir todo acceso de viandas o pertrechos.

Si alguien visita la Estambul actual y recorre los casi 7 Km. del muro de Teodosio y el perímetro de las murallas marítimas, el Kadikoy (Hebdomón) y Uskudar (Calcedonia), en el lado opuesto del Bósforo, se dará perfecta cuenta que ese entorno amplísimo, hoy, ayer y siempre, no se “ciñe” y controla con menos de 70.000-80.000 hombres y eso siendo muy optimista y manteniendo brechas del orden del 75% “a controlar por caballería o partidas móviles”. Este cuerpo de ejército tuvo que hacer frente (como todos en cualquier época de la humana actividad guerrera), a una continua reposición con “refrescos” que debían ser, como poco, una cantidad muy próxima al 50% de la inicial (hablamos de un total de 100.000-120.000 combatientes

árabes participando en la campaña, de modo sucesivo a los largo de 5 años, para mantener un “activo” en torno a esas 8 decenas de millar). Insistimos, se juzgan cifras “mínimas”.

Para cubrir las defensas del lado terrestre en ningún caso menos de 5.000 a 7.000 combatientes son necesarios (y aquí no caben espacios “vacíos”). Los contrincantes, para poder “incidir” y hacer ofensiva puntual en lugar tan fuerte necesitarían del orden de cuatro veces más (hablamos de unos 20.000-30.000 efectivos “terrestres” sólo desde el frente “tracio”). Si consideramos casi 4-5 años de guerra y el goteo de bajas, (en verano iniciativas álgidas pero en invierno también frecuentes acechanzas), no es descabellado pensar en un 30% antes de tirar la toalla y sopesar una retirada sarracena, (hablamos de unos 7.000-10.000, a los que debemos sumar los marinos y aquellos del “frente del estrecho”, como poco algunos otros millares, ¿25.000 en subtotal?). Aún habría que añadir las pérdidas en la retirada que se señalan tanto o más numerosas (los manuales de táctica suelen presentar “medias” que a lo largo de la Historia militar se tienen por “referencias”: así otro 25% de caídos se consideraría una derrota seria, si alcanza el 50% del restante llegaría a ser “descalabro” y una superior implicaría que no hubo “retirada” sino desbandada; aunque ese no parece ser el caso en Constantinopla). Hablamos pues de entre 40.000 (mínimo), y 100.000 (máximo), con una media plausible de 60.000 - 80.000 muertos/heridos islámicos en el primer gran asedio de Constantinopla¹¹³.

Asumiendo todo ésto, no queda otro remedio que aceptar un montante de otro tanto para los efectivos disponibles en totalidad por parte del califato (por cada combatiente al menos dos de apoyo), de modo que hablamos en torno a los 150.000 - 200.000 hombres (minimum), para las fuerzas árabes del periodo. Una pérdida de 60.000 - 80.000 en ese lustro, explica las dificultades para sofocar las rebeliones en Palestina y la falta de disposición en el frente de África. Tardarían algunos años en recuperarse y se inicia cierto punto de inflexión (todavía serán la fracción militar más importante durante otros 30 o 40 años) pero ya en línea meseta-descendente. De ahí la calificación que algunos estudiosos de la estrategia han dado de “*Stalingrado del siglo VII*” a aquella terrible prueba y ocasión: la batalla de Constantinopla I.

b- La destrucción de Cartago y sus “cifras”

A principios del siglo V, la ciudad de Cartago cubría unas 321 hectáreas; densamente pobladas según atestigua un área cementerial que forma una franja sin

¹¹³ A lo que habría que considerar la “calidad” de esas fuerzas. A día de hoy, casi no hay rincón o torre de Estambul que no recuerde a un “hazreti” o “mártir” árabe caído en el combate y los turcos han elevado una mezquita en honor de cada uno, con su correspondiente catafalco en torno al que los fieles musulmanes dan en orar (por supuesto los cuerpos de los “héroes” venerables “se encontraron” (en paralelo a la conocida “invención” cristiana de reliquias) sin que cupiera albergar sombra de duda cuando 700 años después de los hechos la ciudad cayó en manos otomanas). El famoso Abu Eyub servirá para el gran templo donde acuden los turistas al socaire de las romanzas decimonónicas de Pierre Loti, sin atisbar siquiera su significado real, en la mayor parte de los casos.

Para mayor abundamiento en la importancia del contingente árabe frente a Constantinopla se pueden recordar las ingentes cantidades de “cipos” o estelas funerarias que en el área del Hebdomón (base o cuartel principal de los generales de Moawiya en esos años), se hallan a menudo en cuantas ocasiones hay para revisar el espacio arqueológico; muchas se almacenan y exponen ahora en el museo local.

solución de continuidad a todo lo largo del perímetro con una anchura media de 1 km., mucho mayor aún en el lado sudoeste.

En el siglo IV todavía no tenía muralla; fue en el 425 con Teodosio II (igual que en el caso de Constantinopla), cuando se dotó de una notable defensa cuyas características se conocen bastante bien después de los estudios suscitados por la Campaña Internacional de la UNESCO para la salvaguarda de Cartago en la década de 1980-90.

La muralla, excavada en su mayor parte, tenía una longitud de casi 8 km. y estaba bien mantenida en el periodo de la invasión árabe. Sobre la capa de cenizas (típica de incendio-saqueo), se destacan abundantes señales de lucha, en casi todos los entornos (escombros, esqueletos e indumentaria militar, desde espadas a broches, correspondientes a la época). Implica ello un “frente” que no podría ocupar menos de 8.000 hombres a la defensa y 4 veces más al ataque, unos 30.000 sarracenos (máxime cuando todo lo material apunta a un asalto simultáneo y masivo, con un no despreciable “tren de poliorcética”). Es indudable que las tropas atacantes no serían una “totalidad”; en Kairouan restarían efectivos amén de otros contingentes que deberían haber hecho frente a las guarniciones de plazas fuertes para “fijarlas” o impedir la convergencia (incluidos los “auxiliares beréberes del Aurés). Sumamos (sigue siendo “un mínimum”) unos 40.000 - 80.000 efectivos sarracenos en la campaña de Hassan¹¹⁴.

ANEXO II:

Santa Salsa; reliquias, iglesia y la ciudad de Tipasa.

Crónica de un destino perdido al borde del Mediterráneo

Las ruinas de la ciudad de Tipasa se hallan no muy lejos de Cherchel (la antigua Cesarea), en Argelia; pero sobre el camino de la *Tingitana*. Un lugar evocador sin medida, que Albert Camus ha sabido cantar, a la vera de un Mediterráneo de inmenso color, con la cresta del macizo incidiendo sobre sus aguas casi siempre calmas, envuelta en el olor de las mil flores, protegida por guardianes de raíces firmes, acebuches y pinos. Con una historia que está por contar y un destino que se desvaneció en el tiempo, y en el silencio.

Según nos relata con detalle la Vita Sancta Salsa, habitaba en esa urbe portuaria, hacia el periodo de Constantino el Grande, una adolescente llamada Salsa; de padres

¹¹⁴ La arqueología también ha puesto en evidencia la demolición intencionada de grandes sectores, amén de las instalaciones portuarias lo que implica la decisión ya por entonces de construir Túnez, prueba indirecta de la poca confianza que los musulmanes albergaban sobre la “docilidad” de los habitantes civiles en la antigua capital, tal y como señalaban las fuentes. Sin duda, representa la voluntad del general árabe una vez tomada la ciudad por segunda vez; una dura faena que no pueden llevar a cabo unos “pocos albañiles”, desde luego. Es posible que se emplearan prisioneros y/o esclavos pero vigilar esa masa y controlar el entorno del Cabo Bon implicaba utilizar varios miles (¿5.000?) de guerreros que no tendrían ocasión de participar durante meses en ninguna otra actividad, que sin embargo sabemos que tampoco fueron pocas ni menores (asedio a Iustiniana Capsa y toma al asalto de las ciudades en las que restan también señales de lucha y destrucción, sin posterior vuelta a utilizar de los hábitat).

paganos pero que ya muy precoz profesaba la religión cristiana y estaba empeñada en servir al Altísimo y morir virgen. Parece que tuvo ocasión de que su deseo se cumpliera de forma cabal.

Dice que cuando llegaron las báquicas, festejos en honor del dios Baco (típicas del inicio otoñal, cuando la recolección de la uva), fue obligada a presenciar las libaciones, cantos y ofrendas en el viejo templo donde se guardaba un horripilante ídolo... jornadas que terminaban en voluptuosa vorágine, impía de ebriedad y hasta desenfreno sensual.

Asegura que, sin poder reprimirse, a la noche cuando todos dormían, Salsa volvió al lugar y con un mazo, asistida de fuerzas no humanas, arrancó la cabeza de la estatua de bronce para después arrojarla al fondo de una sima. Cuando se descubrió, los estupefactos paganos no daban crédito, incapaces además de saber quien había sido. Fue restituida, pero a poco la joven lo intentó de nuevo. Esta vez los guardias estaban al quite y prendieron a la sacrílega. Condenada, se la golpeó con piedras hasta la muerte y metida dentro de un saco se arrojó su cuerpo al mar; afán inútil de castigar a quien estaba por encima del hierro.

Al cabo de pocos días, un barco mercante cuyo capitán se llamaba Saturnino, arribaba a la bocana del puerto cuando topó con el cadáver, al que no hizo el menor caso. Justo entonces se desencadenó un terrible temporal que impedía entrar al navío a refugio. Una y otra vez los marinos se veían rechazados hasta llegar al nivel donde flotaba la incomprendida Salsa. Saturnino captó el mensaje, izó a bordo el incorrupto cuerpo del que emanaba un olor sublime y pudo entrar sano y salvo en la ciudad. La santa recibió sepultura en un pequeño “*martirium*” extramuros.

El relato hagiográfico que resumimos, tan hermoso como la mayoría y más verosímil que la media, era conocido en los círculos piadosos y académicos muy especializados, que lo fechaban en el siglo IV. Durante más de un milenio y algunas centurias, apenas nada más se sabía sobre el fundamento y devenir de todo aquello.

Por fortuna y para disfrute de los amantes de las historias muy vetustas y poco fomentadas, como aquella de Bizancio en África; a principios del siglo XX, el profesor M. Gsell pudo interrogar a las piedras de Tipasa... y ellas respondieron con loable precisión.

La ciudad romano-bizantina se extendía sobre un conjunto de pequeñas colinas y en la más hacia el Este se encontró el cementerio pagano. A la búsqueda del periodo alto-imperial, siempre el preferido, se analizó a conciencia dicho estrato dejando para ulteriores campañas las demás etapas.

Sin embargo, entre muchas, una lápida llamó la atención; el epitafio latino decía: *“Consagrado a los dioses Manes. A Fabia Celsa, madre muy santa, muy única, incomparable, muerta a la edad de 63 años, 2 meses, 27 días y 9 horas, como*

recuerdo de sus deudos, sus hijos, sus hijas, sus nietos, han elevado este monumento a aquella que les honra y quien consolidó su fortuna”.

Son palabras paganas, la tradicional religión de Roma, pero resulta que sobre ella se elevaba un martirium paleo-cristiano justo para albergar tal enterramiento en su seno; obra tan “inserta” en la anterior que no hubo modo de dejar para más tarde su análisis.

Con delicadeza, se pudo distinguir que tiempo después la inscripción se había disimulado con una fina capa de cementum... ¿La tumba original de Salsa, enterrada en el mismo hueco que su madre, al modo pagano, y años después honrada por los cristianos?

La arqueología siguió respondiendo. Al excavar en los alrededores se pudo ver que el arcano monumento martirial, hacia el siglo V, se había visto englobado dentro de una enorme basílica con un brillante suelo de mosaico provisto de la hermosura acostumbrada. Entre la previa tumba y el ábside, en una prominente y rica losa rectangular apareció esta otra inscripción:

“Estos presentes que tu ves y que realzan la brillantes de los santos altares son la obra y la ofrenda de Potentius, satisfecho de poder cumplimentar con lo mejor la tarea que le ha sido confiada. Aquí está la mártir Salsa, más dulce que el néctar; ella ha merecido vivir para siempre en el cielo, en medio de los bienaventurados; ella se regocija de acordar al santo Potentius favores recíprocos y dará testimonio de sus méritos en el reino celeste”.

Potentius resultaba ser el obispo de la ciudad de Tipasa, conocido por otras vías y coetáneo del Papa San León. Evidentemente había tenido a bien adornarlo todo con esmero.

El intervalo vándalo se pasaría con dificultades, tal vez, pero a la vuelta de Bizancio-Nueva Roma supimos que resurgió la iglesia. En el estrato correspondiente, los investigadores ponen a la luz los basamentos de un nuevo diseño que dobla la longitud del templo previo, ampliando 20 metros hacia delante el muro de la fachada, elevando tribunas y, lo más llamativo, ubicando en medio del coro un sólido pedestal que habría estado recubierto de vistoso mármol, enmarcado por una verja o cancela. Tal obra soportaba un gran sarcófago con escenas pías... el que yacía volcado sobre una de sus caras. No hay duda de que allí se alojó entonces la carne mortal pero intacta de la santa.

¿Y después?

Una penúltima capa mostraba las trazas siniestras de un incendio; es el final del siglo VII y sabemos que Hassan o Musa cabalgaban en aquel entorno.

Pero no fue el final. Si la basílica quedó destruida y desierta tras el expolio, no lejos de allí se encontraron los vestigios de otra capilla; ésta humilde hasta el extremo, conformada por materiales varios reutilizados a expensas de la anterior y de otros edificios próximos también abandonados. Una pequeña comunidad rumi continuó perseverante, enterrándose en las proximidades de su patrona durante dos siglos más: los últimos grabados cristianos latinos se fechan a inicios del siglo X.

De las reliquias de Santa Salsa nada más se encontró. Tipasa duerme, un sueño de piedra y guarda aún, seguro, muchos misterios...

ANEXO III:

CEUTA, EL ESTRECHO Y TINGITANA

(Citas del autor extraídas de la lista “Mundo Medieval”)

Consideraciones históricas en torno a Ceuta y el estrecho de Gibraltar (a propósito de Geografía, civilización, cultura, religión y estados en el área: mutabilidades y permanencia)

“Un océano rodea en círculo la tierra o en su totalidad o la mayor parte (pues a este respecto no tenemos todavía un conocimiento exacto) pero está dividida en dos continentes por una especie de canal que, penetrando por la parte occidental, forma este mar nuestro, que comienza en Gadir (Cádiz) y se extiende hasta el lago Meotis (Mar de Azov). De estos dos continentes, el que queda a la derecha, según se penetra en nuestro mar y que llega hasta el lago Meotis, comenzando en Gadir y la más meridional de las Columnas de Heracles (Monte Abila), recibe el nombre de Asia¹¹⁵. A la fortaleza que allí se alza, los nativos la llaman Septo, por las siete colinas que pueden verse en ese lugar, ya que Septem significa “siete” en lengua latina. Todo el continente que queda frente a éste recibió el nombre de Europa. Y el estrecho que se encuentra en ese punto separa los dos continentes en más de ochenta y cuatro estadios”. Procopio, Libro III (Guerra Vándala I), 1, 5-6¹¹⁶.

Los mosaicos de Cartago, en el África Proconsular o los de Volúbilis en la Tingitana, por poner sólo dos de los numerosos ejemplos visibles en museos, nos permiten desvelar una sociedad rica, dinámica; donde al arte, el urbanismo y la cultura eran la norma. Cuando visitamos las ruinas de Volubilis, en el actual reino de Marruecos, nos preguntamos: ¿quienes eran aquellos seres (millares de personas) que

¹¹⁵ En aquella época, los cronistas y geógrafos tenían divergencia en cuanto a qué considerar, ¿Asia o África?, el área al sur del Mediterráneo, el “mar latino” o “mar nuestro” de los romanos. Para los hombres de los siglos I al VIII, África no era un continente, era una provincia y el Mediterráneo, ambas riberas, su hogar y civilización, la greco-romana; limitada al Norte por los impenetrables bosques de Germania, al Sur por el inhumano desierto, al Oeste por el tenebroso Atlántico y al Este por la vieja Persia, el único rival digno de ser considerado otra “civilización”.

¹¹⁶ **Procopio de Cesarea**, *Historia de las Guerras*, Libros III-IV. Guerra Vándala. Introducción, Traducción y Notas de José Antonio Flores Rubio (Col. Biblioteca Clásica Gredos, nº 282. Madrid: Gredos, 2000. ISBN: 84-249-2276-X).

vivían entre aquellas piedras, con acueductos, regadíos, cisternas, cloacas, servicios públicos, circos, hipódromos, termas y bibliotecas?

Premisa Nº 1.

El territorio que hoy denominamos Magreb (a partir de la denominación que aplicarían los conquistadores árabes de “Djezirat el Maghreb”, la isla de poniente), en su franja costera (desde el mar hasta el desierto sahariano) y que ahora ocupan fundamentalmente los estados modernos de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia, fue, en el periodo que oscila desde el siglo I al VI, un territorio habitado mayoritariamente por población de lengua latina, en el marco de una civilización romana que siguió la evolución propia de ese imperio-nación y cultura. Un limes (frontera fortificada), se extendía, fluctuante según momentos, en la vertiente sur, un paso por delante de las granjas y huertos, que se consolidaban con complejos sistemas de regadío. El proceso de la llamada “romanización” tendría características similares a las que se dieron en las áreas vecinas, más conocidas en nuestro país, la romana “Hispania”¹¹⁷.

La *Tingitana*, una de sus divisiones, conformaba los territorios más al Oeste, abarcando el norte del actual reino de Marruecos y las plazas de soberanía bajo titularidad del Estado español (Ceuta, Melilla, los peñones de Vélez de la Gomera y de Alhucemas, las Islas Chafarinas y algunos otros islotes)¹¹⁸. La “urbanidad” de la *Tingitana* ya era una arcana realidad y tradición al inicio del Imperio, remontándose al tiempo fenicio-griego-cartaginés. La población indígena greco-púnica y mauri¹¹⁹ más evolucionada asumió la romanidad a todos los niveles (político-administrativo, institucionales, económicos, sociales, religiosos, artísticos, urbanístico-arquitectónico) del mismo modo que el resto de territorios adyacentes: aculturación (fácil por la similitud en casi todos los órdenes), integración en la administración y el ejército, amén de ciudadanía plena. Se sumará una emigración itálica y de otras regiones imperiales, muchos campanienses e hispanos, en una cifra sin duda muy importante. En conjunto conformarán los “roums” de los cronistas árabes y los “romanos” para sí mismos y después según los historiadores bizantinos (ellos a su vez también roums) o de la “esfera bárbara”, visigodos, etc.).

Septem-Ceuta, bien precisada y citada a menudo en las fuentes, se desarrolló como una ciudad media dentro de la muy “cívica” y próspera provincia de *Mauritania Tingitana* que, durante la mayor parte del tiempo, dependería orgánica y

¹¹⁷ Plinio y El Itinerario de Antonio y la Notitia Dignitatum sirven para reconocer el dibujo geográfico-político de primera y posterior épocas romanas en esta zona.

En general: **Picard, Ch.** “*La civilisation de l'Afrique Romaine*”, 1959, y **Pflaum, H.G.** “*La romanisation de l'Afrique*”, *Africa Romaine*, 1978). Muy interesante el artículo de **Thebert, Y.**, “*Romanisation et déromanisation de l'Afrique: Histoire decolonisée o Histoire inversée*”, también en *África Romaine*, donde da buena cuenta de los intentos “ideológicos” actuales neo-nacionalistas o neo-islamistas para ocultar la realidad de un mundo romano en África, tanto la vertiente clásica politeísta como la fase final, cristiana y bizantina.

¹¹⁸ **López Pardo, F.** “*Mauritania Tingitana, de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*”, 1987.

¹¹⁹ Los entonces llamados “mauri” (no integrados) se mantendrán al sur como poblaciones seminómadas, y las relaciones romano-mauri serán similares a las establecidas con los germanos y galos no integrados en el limes del Norte).

Gascou: “*La politique municipale de Rome en Afrique du Nord. I. De la mort d'Auguste au début du III siècle*”, ANRW, II, 10,2, 1982, págs: 321-398. Un ejemplo en **Thebert, Y.**: “*La romanisation d'une cité indigène d'Afrique: Bulla Regia*”, MEF.

económicamente de la península ibérica; por razones obvias de simplicidad y facilidad de comunicaciones hacia el centro, en Roma, y también por la existencia de cierta tradición previa, desde el periodo cartaginés. Así, en el primer tiempo, los viejos emporios púnicos y griegos crecieron junto a las nuevas ciudades-colonias costeras (como Rusadir, Igilgili, Saldae, Rusazus, Rusguniae, Gunugu, Cartennae, Zulilla) o interiores (véase Tubusuctu, Aquae Calidae, Zucchabar, Babba o Banasa), dependientes en la práctica de la Región Bética. El área iba a crecer sin cesar, en particular en la época del emperador Claudio I (fundación de Lixus, Cesarea, Oppidum Novum, Volúbilis, Rusucurru, Tipasa y Sala, Icosium, Choba, Auzium), al punto que Septimio Severo -los severos, precisamente fueron originarios de África- debió bajar el limes al suroeste de Rapidum, entrando la provincia dentro del tamaño común en el conjunto del Imperio. En el siglo III, el “cinturón defensivo de castella” se instaló al sur de Sétif. No obstante continuaría con la relación “más en dirección al Norte que hacia el Oriente”, y no debe sorprender la división establecida por Diocleciano: la Diócesis Hispaniarum -capital en Emérita (Mérida) o Hispalis, (Sevilla)- incluía siete provincias: *Cartaginense*, *Gallaecia*, *Bética*, *Lusitania*, *Insulae Balearum* y *Mauritania* (capitales respectivas en Cartago, Braga, Córdoba, Braga, Palma y Tánger).

Más al Oriente, la provincia de África alcanza ya en época de Marco Aurelio, una de las plazas más prominentes en el conjunto del imperio, con Leptis Magna, Cartago y Hadrumetum entre las urbes más ricas y pobladas.

Algunas citas textuales:

“Si uno de los rasgos más acusados de la romanización es su carácter cívico, África debía ser una de las provincias del Imperio más romanizadas a juzgar por la extensión de su red urbana”, “la Mauritania conoció una urbanización costera importante por obra de los fenicios que irradiaba hacia el interior tanto desde la costa mediterránea como la atlántica”. Gil Egea, África antes de la llegada de los Vándalos, pág. 7.

“Más allá de las Columnae Herculis estuvieron los oppida de Lissa y Cottae; hoy está Tingi, antigua fundación de Antaeus, llamada luego Traducta Iulia por el Caesar Claudius cuando la convirtió en colonia; se halla a 30.000 pasos de Baelo, el oppidum más próximo de la Bética.

A 25.000 pasos de Tingi, en la costa oceánica, está la colonia de Augustus Iulia Constantia Zulil, que fue sustraída a la jurisdicción y atribuida a la Bética.

A 35.000 pasos de ésta se halla Lixus. Convertida en colonia por el Caesar Claudius y de la cual han dicho los antiguos cosas quizá en extremo fabulosas: allí se alzó el palacio de Antaeus, tuvo lugar su combate con Hércules y estuvieron los Horti Hesperidum.

Hay también una malva arbórea en Mauretania, en el oppidum de Lixus, sito sobre un estero, lugar donde antes estuvieron, según se cuenta, los huertos de las

hespérides, a 200 pasos del Oceanus, junto al templo de Hércules, que dicen es más antiguo que el gaditano.

Agrippa [dice que] Lixus [rio] dista del Fretum Gaditanum 112.000 pasos.

Mas allá de esta montaña [el Ater, la negra] están los desiertos y la célebre Garama, cabeza de los garamantes”¹²⁰. Plinius, Libro V, 2-4.

Premisa N° 2.

En los dos últimos siglos del Imperio, la “unidad económico-social” entre las tierras peninsulares, las islas Baleares y *Tingitana* fue muy sólida. El “fretum gaditanum” era un permeable y concurrido puente a rebosar de actividad y libre tránsito, un eje de desarrollo como lo era también (y aún hoy así se muestra), el Bósforo entre *Tracia* y *Anatolia*, con dinámicas ciudades a uno y otro lado. Aceite, grano, oro, marfil, fieras, mármol, telas, esclavos y sal corrían en una y otra dirección, según circuitos que tenían sus propios puertos y comerciantes de raigambre; abundaban los “collegia navicularum”. La reforma de Diocleciano fue la plasmación en el orden administrativo de una realidad que asumieron los restos en arte, religión, economía y sociedad.

El cristianismo constituyó también un nuevo nexo, y no menor, entre África, la *Tingitana* y *Bética* o el resto de la *Hispania*. De hecho, el origen del cristianismo peninsular parece estar en la propia África (o será, cuanto menos algo “mixto”), como atestiguan los restos arqueológicos, la profunda impronta de San Cipriano de Cartago o los cánones del Concilio de Elvira. Los obispos tingitanos participarán de costumbre en los concilios peninsulares y las herejías de origen africano salpicarán casi siempre a sus colegas de los otro lado del estrecho (véase por ej. la controversia donatista).

Citas escogidas:

“El siglo IV d. de C. fue para la Península Ibérica (y para su apéndice territorial africano, la Mauritania Tingitana) un siglo de paz y prosperidad”. Arce, “El último siglo de la Hispania Romana”, (284-409), pág. 17).

Premisa N° 3

La invasión vándala no significó un cambio profundo en la sociedad africana ni tingitana. Muchos de los elementos del periodo previo se mantuvieron, no obstante, con graves quebrantos. La más notable de las transformaciones fue la rotura parcial y/o debilitamiento general del limes con la irrupción, cada vez más al Norte de las tribus beréberes que con anterioridad nunca se habían instalado de manera permanente en el territorio tingitano. Aunque a veces se ha señalado “el abandono de territorios interiores por parte de los romanos” parece más un fenómeno progresivo que “brusco”

¹²⁰ Tingi responde, como es bien sabido, a Tánger, Lixus es la actual Larache, por desgracia las ruinas de la ciudad púnica y después romana-bizantina esperan una merecida campaña arqueológica que a nadie parece interesar llevar a efecto. El río Lixus es el Lucus, que desemboca junto a Larache. Es notorio que las referencias que da Plinio sobre la región van siempre hacia el Fretum Gaditanum. La familia de los Balbus, originarios de Gades, serán durante los últimos tiempos de la república y primeros del imperio figuras locales que alcanzan cargos muy importantes (cónsules) y que dedicarán esfuerzo a dominar la región de los garamantes y asegurar así la Cirenaica.

y los continuos hallazgos arqueológicos a menudo sorprenden por la “prolongación” que demuestran en la existencia “room”, incluso al interior del territorio (**López Pardo**: “*Los problemas militares y la inclusión de la Mauritania Tingitana en la Diocesis Hispaniarum*”, Colloque sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord, 1988). (**Poncich, M**: *Recherches arqueologiques a Tanger et sa région*, 1970).

La *Notitia dignitatum* señala las guarniciones y castella, al norte del río Lucus, casi en paralelo a la costa atlántica, con las siguientes cohortes y localizaciones: Tamuco, Duga (Cohorte secundae Hispaniorum), Auculus, Castrabariensi, Pacatiana, (Not. Dig. occ.XVI)

Importante precisión:

No es difícil observar una tendencia a “calcar” las antiguas divisiones diocesanas o provinciales romanas para los nuevos “reinos” bárbaros. En el caso de la *Tingitana* (y en la *Baleárica* también) esta es bien notoria. En determinado momento llegaría a ser objeto de pugna entre los visigodos (titulares de la *Hispania* y por ende inclinados a sentirse “protectores” de la *Tingitana*) y los vándalos que dueños ahora del África proconsular pero antes amos de la *Bética* (¿Vandalucía?), entienden necesaria la posesión de los puertos tingitanos y las islas Baleares. Los historiadores, a día de hoy, suponen una “alternancia” en la posesión efectiva de plazas y regiones (Baleares, virtud al manejo de la flota vándala pertenecerá a ese reino norteafricano mientras la *Tingitana*, más menudo responderá al poder visigodo).

Datos importantes:

Isidoro de Sevilla nombra a la *Tingitana* como la sexta provincia de *Hispania* (Breviarium, ch. 5). Y no deja de recordar, con orgullo y justificada por su “hispanidad”, la toma visigoda de Septem por Sisebuto (*Historia Gothorum*, XI, pars 2, ed. Mommsen., 291, 26). (Según Paul Goubert “la *Tingitana*, perdida definitivamente por los visigodos después de la corta y parcial reconquista de Teudis, se consideraba, en cualquier caso, una provincia de Hispania” -**Goubert**, *La Espagne byzantine*, pág. 78).

La provincia de *Bética* visigoda tenía por metropolita al obispo de Hispalis, (Sevilla) y contaba con diez sedes sufragáneas: Abdera, Asidonia, Astigi, Cordoba, Egabro, Elipla, Iliberri, Italica, Malaga, Tucci y TINGI, (Tánger). (“Lista Oventense”, Florez, España Sagrada t. X y XI).

Premisa N° 4

Los bizantinos supusieron una “reconquista” que la población romana del África y de la *Tingitana* acogería con alivio (Bizancio intentó en el siglo V “restablecer la comunidad mediterránea”, **Suarez Fernández**, pág. 59). Parece ser que la mayor parte de los habitantes seguían considerándose miembros de una “nación romana” y habitando una región del Imperio. Los visigodos se cuidarían durante mucho tiempo

de mantener dicha ficción. La llegada de los bizantinos (romanos significa una amenaza tremenda, Leovigildo se hace llamar Flavio y los “intelectuales” del reino aluden a un nuevo patriotismo: el “hispano” en aras a pretéritos antecedentes más o menos amañados -véase San Isidoro, San Fulgencio y San Leandro-) (Comentarios de **Diehl**, *l'Afrique byzantine*, págs 415-421).

Los bizantinos heredaron el grave problema de los beréberes, que empujaban con mayor énfasis hacia el Norte y llegarían a ocupar áreas cada vez más próximas a los grandes centros urbanos y ejes económico-agrícolas. Gran parte del esfuerzo militar neo-romano se encaminó, pues, a evitar ésta invasión desde el sur (un trabajo sobre las fortificaciones bizantinas en este orden es el de **Jean Durliat**, *Les dedicases d'Ouvrages de défense dans l'Afrique byzantine*, 1981).

La recuperación de Septem-Ceuta (año 533) y el resto de la *Tingitana* se hizo a la par que las islas Baleares y, al sentir de la mayoría de los especialistas, apuntaba claramente al siguiente paso de reconquistar Hispania, partes de la cual se venían a considerar. En ésta tesitura se entienden los importantes combates que tienen lugar en torno a Ceuta, entre ellos la celebrada incursión de Teudis.

La administración bizantina asumió en su ordenación del territorio la arcana unidad Tingitana-peninsular. Se delimitaron en ese sentido dos provincias:

a.- *África*, con capital en Cartago y que incluía la vieja *Proconsular*, la *Byzacena* y *Tripolitania*.

b.- *Spania*, que engloba los territorios que consiguieron dominar en el sur peninsular (la franja desde Valencia al moderno Algarbe), la *Tingitana* y las islas Baleares.

El territorio bizantino de *Spania* fue considerado como la verdadera “Hispania romana”, por ende el obispo de Cartagena, principal ciudad bajo control del emperador de Constantinopla, rivalizaría con el de Toledo por la “primacía” (En el Concilio de Tarragona del 510 el obispo Héctor firmó como *Episcopus Carthaginensis Metropolitanus*. En el III de Toledo, el obispo de Cartagena no asistió -perteneía a la *Spania* bizantina- y el obispo Eufemio de Toledo aprovechó para titularse *Metropolitano* de la provincia de “*Carpetania*”, nombre antiguo exhumado para desbancar y a la par incluir las tierras cartaginesas) (**Goubert**, *Les diócesis de l'Espagne byzantine*, pág. 110).

El sur de la vieja *Tingitana* no fue posible mantener el limes y en el siglo VI vemos un caudillo Masuna, “rey de mauri y romanos”, gobernando el territorio de la llanura entre Tafna y Chélif (**Diehl**, *L'Afrique byzantine*, pág. 307). No obstante toda la franja norte continuó habitada en su mayor parte por rumi y bajo control bizantino (salvo el Atlas).

El “*frates Gaditanum*” siguió funcionando en los siglos bizantino-visigodos. Se mantuvieron los negociadores transmarini y desde el reino visigodo pasaron a

Tingitana y Cartago, oro, cereales, aceite y miel, que llegarían en algunos casos hasta Constantinopla. Desde territorio bizantino, seda, púrpura, joyas, incienso y papiro, productos más costosos, como corresponde a una gran potencia frente a un estado menor.

Citas escogidas:

“En nuestra opinión Justiniano ya tenía in mente intentar ocupar Hispania, de ahí que ordenara tomar posesión de Septem, lugar privilegiado para obtener información sobre ella y cabeza de puente ideal desde donde iniciar la conquista” (Vallejo Girvés, *Bizancio y la España Tardoantigua*, págs. 59-60)

Importante puntualización sobre Septem-Ceuta y la labor de Justiniano:

Justiniano puso especial énfasis en la consolidación de Septem-Bizancio como ciudad (Oppidum), romana y cristiana. Sorprende el hecho de que se cite específicamente en una de sus Novellas (Nov. Iust. 30, 11, 2) y que Procopio hiciera referencia en su libro de las Guerras (Bello Ván. IV, v, 6) y también el De Aedificis, (De Aed. VI, VII, 14).

El emperador ordenó construir una gran fortaleza, base militar y una basílica notable en la que se albergó una “agia”, imagen de la Virgen, la llamada Nuestra Señora de África (la misma que en el sentir del pueblo ceutí se venera aún en la iglesia que le ha sucedido).

“En una vertiente de los Pilares de Heracles, a la derecha del estrecho, existía en tiempos una fortaleza sobre la costa llamada Septum, la cual fue edificada por los romanos en los primeros tiempos, pero siendo dañada por los vándalos permanecía postrada desde hacía algún tiempo. Nuestro emperador Justiniano la fortificó por medio de un muro y la puso en seguridad por medio de una guarnición. Pronto consagró a la Madre de Dios una muy notable iglesia, dedicando a ella el umbral de entrada al Imperio, y convirtiendo ésta fortaleza en inexpugnable para todas las razas del género humano” (Procopio de Cesarea, *De Aedificis*, VI. Vii. 16, Pág. 393. Trad. Dewing).

Premisa N° 5

En vísperas de la conquista árabe de la *Tingitana*, los bizantino-romanos se refugiaron en torno a Septem-Ceuta, que por ese entonces conformaba un “exarcado” semi-independiente, de difícil sostenimiento entre los “barbari” visigodos al norte y los “barbari” sarracenos al sur-este, aunque dotándose de un poderoso “exercitus septensianus”, del que un tal Simplicius era Tribuno en la década de los ochenta del siglo VI (Vallejo Girvés, *Bizancio y la España Tardoantigua*, pág.370).

En principio los “rumi” se aliaron con el poder visigodo, también cristiano al fin y al cabo, declarándose, probablemente, vasallos del rey Witiza (así podría entenderse

que Ibn Adhari y otros cronistas musulmanes señalaran a Ceuta como una dependencia del rey visigodo. Y no sería tampoco extraño entender una ayuda de Iulian, junto a los árabes, para restaurar a los witizanos y luchar contra el nuevo rey godo Rodrigo). Una segunda etapa, habitual en el primer periodo de conquista árabe (véase el archifamoso caso del conde Teodomiro) sería declararse tributario o súbdito nominal del poder califal. De una u otra manera se explica bien la colaboración de las naves ceutíes en la tarea de transportar las tropas musulmanas al otro lado del estrecho.

Datos importantes:

Limitándonos al entorno de Ceuta y Tánger, sabemos que en pleno siglo VII ciudades como Melilla (Rusadir) y Lixus mantenían una población íntegramente rumi (roums) y cristiana -El obispo de Lixus se cita expresamente- (Comptes rendus de l'Acad. Des inscr, 1891, pág. 347).

JORGE DE CHIPRE señala a Septem en su crónica como la capital de la Tingitana (Georg. Cypr. Pág. 34, citado por Diehl, *L'Afrique byzantine*, pág. 264) Obras bizantinas tardías (primeros años del VII) amén de muchas construcciones del siglo V y VI se han encontrado en ciudades tales como Agadir, Volúbilis y, desde luego, en Tánger (Tingi) (Diehl, *L'Afrique byzantine*, págs 266-267)

Sobre las causas de la relativamente fácil y rápida conquista del resto de Hispania (al conquistar la *Tingitana* los musulmanes ya podían sentirse dueños de una parte de Hispania, según la tradición expuesta) no entraremos. Pero nos aventuramos a señalar, de nuevo, la a menudo soslayada teoría de una falta de integración germano-romana, amén de divisiones internas godas. Asturias resistirá porque los nobles godos consiguen la alianza de la población astur. Los mozárabes de baja extracción serán "rumi", es decir romanos en el sentir de los musulmanes durante bastante tiempo después de la conquista (la gens gótica formará parte de la propaganda "imperial" del reino Astur).

Citas:

"En realidad los ejércitos musulmanes encontraron en este país una situación agitada que debe relacionarse con una crisis profunda del orden sociopolítico de tradición romana que existía tanto en el África bizantina como en la mayor parte de España. Las luchas entre visigodos y bizantinos hasta principios del siglo VII pudieron contribuir a esta decadencia (Cartagena fue destruida por los soberanos de Toledo)" (Robert Dossier, La Edad Media, T.I. Del Modelo Hegirio al Reino árabe, pág. 199).

ANEXO IV:

Oración del general Juan Troglita en vísperas de la batalla de Hadrumetum

Los romanos se lamentarían de la destrucción de África a manos de los moros en aquel siglo VI. Tanta tribulación y pesar quedaron reflejados en forma harto hermosa en poesías y crónicas.

Remito las que creo son unas sentidas y preciosas palabras, en la pluma de Coripo, por la pérdida de vidas y riquezas, en un mundo (la latinidad africana) que desaparecía en la marea “mora” y que poco tiempo después terminaría barrida por la irremediable ola árabe procedente de Oriente. El escenario es la batalla en los alrededores de Hadrumetum, cuando el tribuno Juan acude para expulsar a los moros que acaban de saquear la ciudad y su comarca. Uno de los supervivientes, Liberato, durante la noche narra el horror de los días anteriores y los soldados romano-bizantinos que le escuchan “manchan sus mejillas, palidecen, enrojecen y no ocultan la rabia en sus rostros. Ya ansían que surja el día vacilante y el lento amanecer, quejándose ante la larga noche” tras la cual vendría la esperada batalla para liberar y vengar a la agonizante vieja urbe.

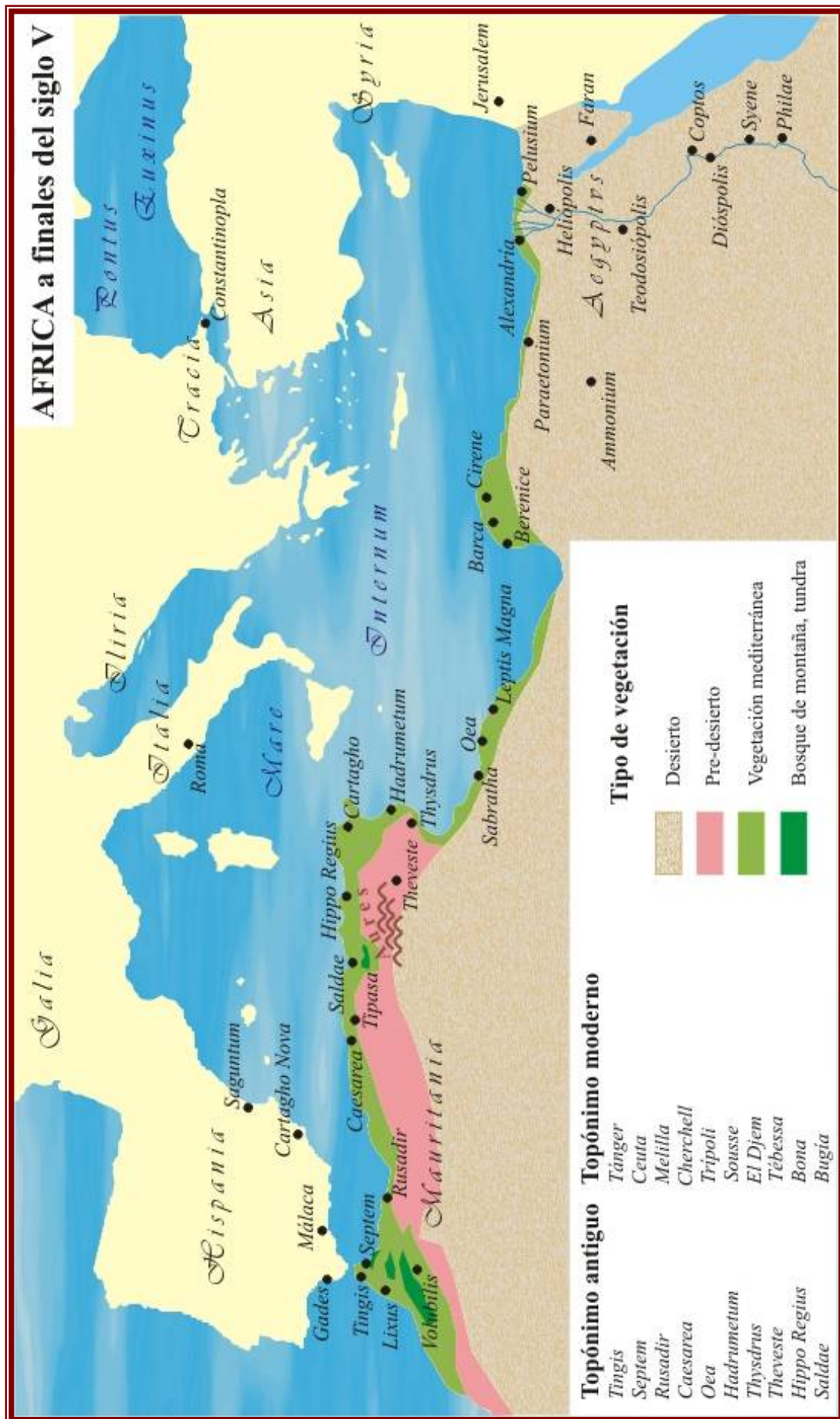
(Preparativos para el combate y plegaria de Juan).

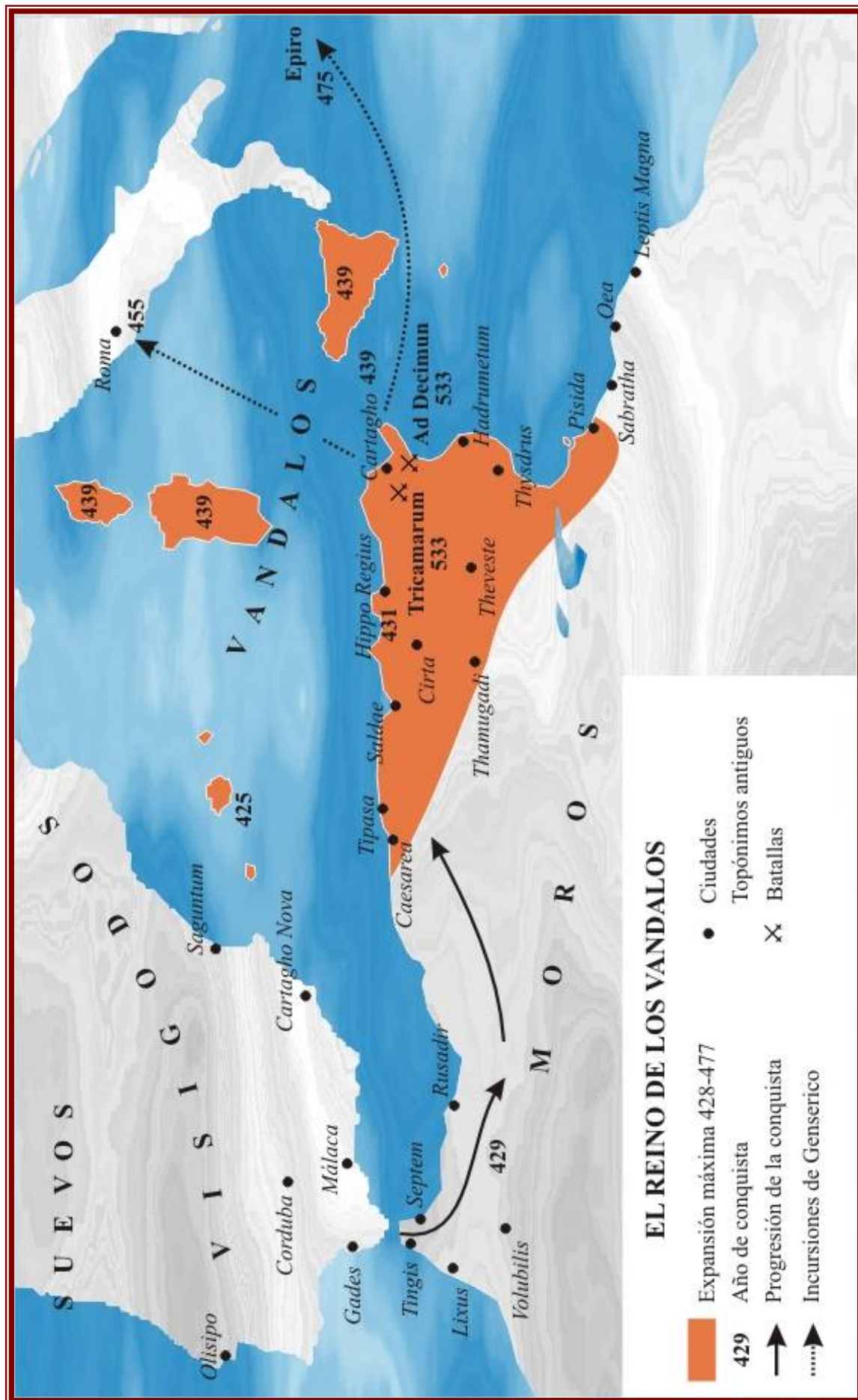
Nacía el día gratísimo a los infelices africanos. Y ya los jefes animando al escuadrón con diversas palabras apremiaban a los valerosos soldados y a los ilustres tribunos, exhortando y dirigiendo cada uno a los suyos: les ordenan levantar el campamento y preparar las armas o esperar las órdenes de sus superiores. Los soldados cogen los estandartes, se preparan y se alegran al ver la brisa favorable que juguetea golpeando las banderas. Mas el noble Juan entristecido, levantándose se arrodilla con piadoso corazón y elevando sus manos y sus ojos, suplicante, pronuncia estas palabras, haciendo resonar su voz:

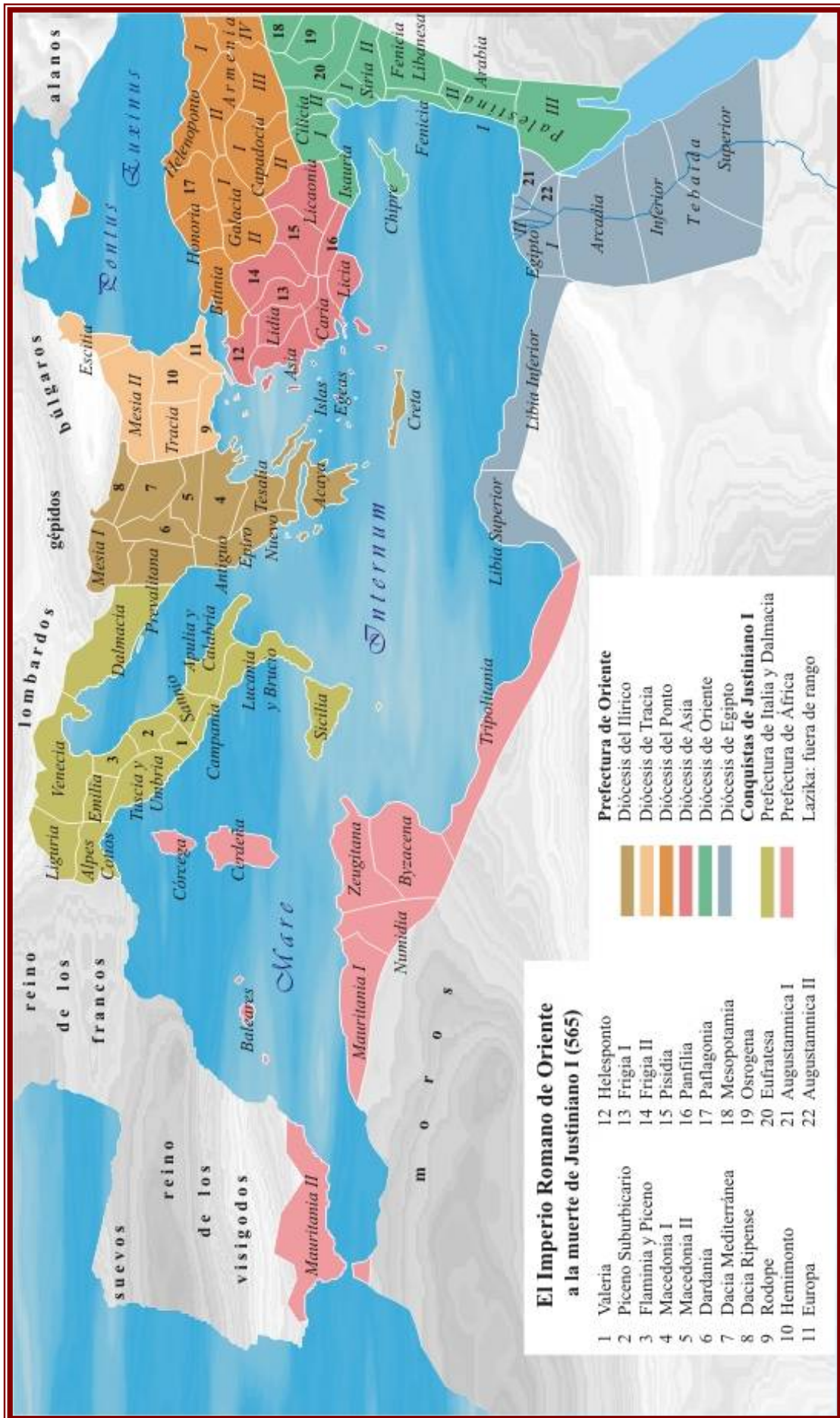
“A ti, Cristo, padre poderoso, con razón te glorifican las lenguas de los hombres y mi corazón sin mancha; con gusto te alabo y doy gracias. No pretendo ensalzar a nadie más. Tú creador del universo, Tú vences pueblos y batallas, Tú aplastas las armas impías. Tú acostumbras acudir en nuestra ayuda. Mira las ciudades incendiadas por los pueblos salvajes, Todopoderoso, mira los campos. Ya ningún labrador cultiva sus tierras, ya ningún sacerdote es capaz de llorar en el templo por su pueblo; pues en las montañas todos, con las manos atadas a la espalda, soportan pesadas cadenas. Míranos, Padre santo, y que no cesen tus rayos. Esparce las bandas de moros bajo nuestros pies; libera a los cautivos africanos de los pueblos despiadados y compadeciéndote, según tu costumbre, contempla, benévolo, a tus hijos romanos y convierte, propicio, nuestro llanto en alegría” Coripo, Juanide, IV, 260-285.

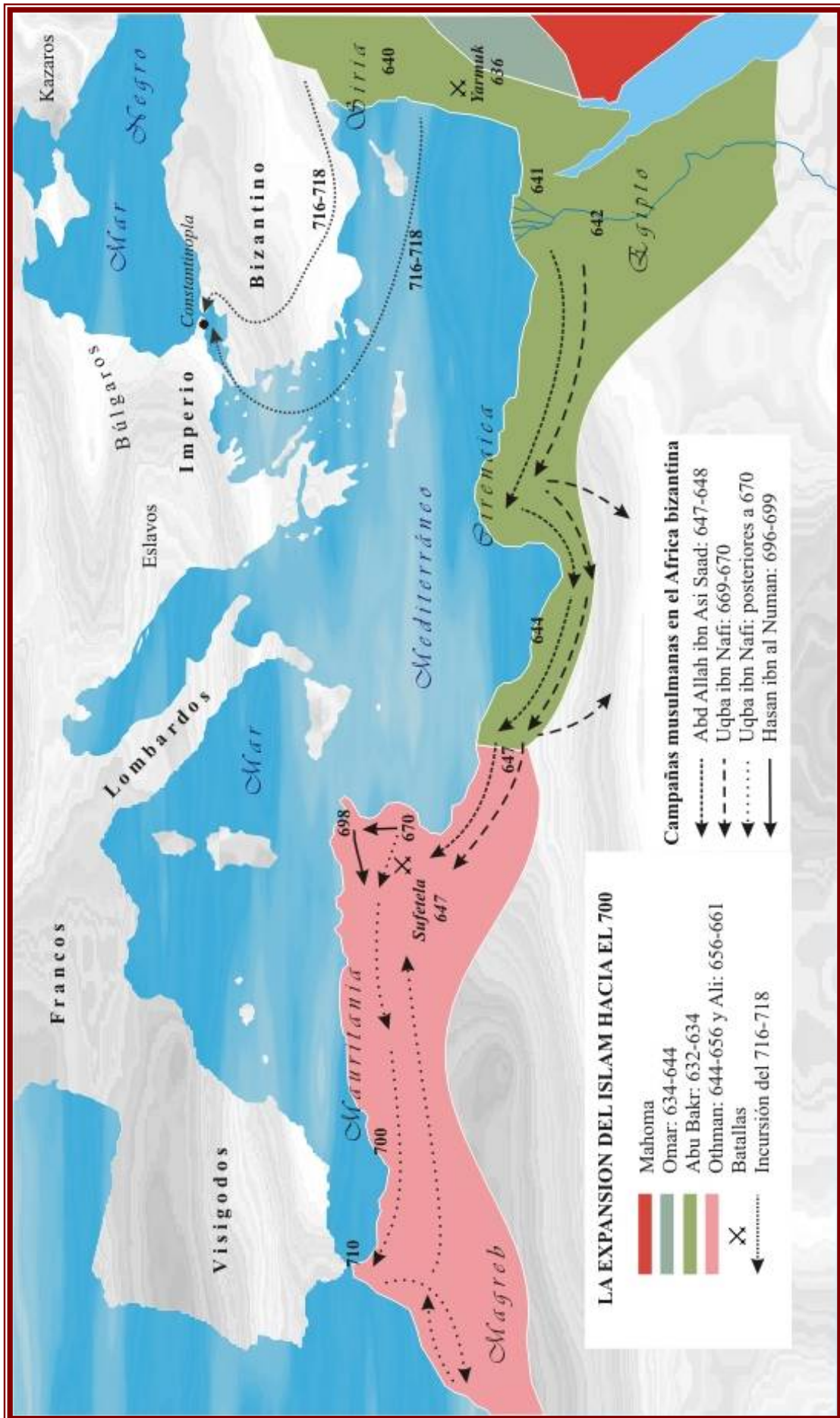
ANEXO V

MAPAS (PDF: colocar zoom en 100% y utilizar herramienta “rotate clockwise”)









AUTORIA Y COLABORACIONES

La presente edición electrónica de *El África bizantina: reconquista y ocaso*, se distribuye en forma gratuita desde la web **Bizancio** (<http://www.imperio bizantino.com>) de Rolando Castillo, solo para fines didácticos. Es por ello que queda prohibida su venta ya sea en formato impreso o electrónico.

Del mismo modo queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, salvo que medie consentimiento por escrito de los titulares del *COPYRIGHT*.

España, Enero de 2005.

Autor de la obra: **Francisco Aguado Blázquez**

Edición y formato: **Guilhem de Encausse**

Colaboradores de edición y formato: **Patricia López** e **Hilario Gómez Saafigueroa**

Portada: selección a cargo de **Rolando Castillo**

Mapas: los mismos son de propiedad de **Francisco Aguado Blázquez** y **Guilhem de Encausse**, y fueron confeccionados teniendo en cuenta las siguientes fuentes:

1. *Historia Universal*, **Anesa, Noguer, Rizzoli y Larousse**, America Norildis Editores SA, Buenos Aires, Argentina, 1974. ISBN (obra) 84-279-6643-1
2. *Atlas Histórico Mundial*, **Georges Duby**, Editorial Debate, Madrid, España, 1987. ISBN 84-7444-586-8